

DIARIOS DE AVIVAMIENTOS

el cristiano de rodillas

"NUNCA SOMOS TAN ALTOS COMO CUANDO ESTAMOS DE RODILLAS"

queremos insistir ante los lectores que consideren segura esta verdad: la oración verdadera nunca queda sin respuesta

Un libro basado en las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, no contaminado por la metafísica ni la confesión positiva.
Un clásico de la literatura cristiana, un gran aliento para los que buscan orar con sabiduría y efectividad.

INDICE


mientos.blogspot.com.es
vé por los caminos y por los vallados, y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa

PREFACIO DEL AUTOR

Un viajero en China visitó un templo pagano en un día en que se celebraba un gran festival. Había innumerables personas que se acercaban a un ídolo raro, enmarcado en el altar sagrado, para adorarlo. El visitante notó que muchos de los devotos llevaban consigo tiras de papel, en las cuales había escritas oraciones, a mano o impresas. Estos devotos envolvían las tiras en bolitas de barro endurecido y las lanzaban al ídolo. El viajero preguntó cuál era el significado de este extraño proceder, y se le dijo que si las oraciones se quedaban pegadas al ídolo, las oraciones habían sido escuchadas; pero que si la bolita se caía, las oraciones eran rechazadas. Es posible que nos sonriamos ante esta curiosa prueba respecto a la aceptabilidad de una oración. Pero no deja de ser un hecho que la mayoría de los cristianos tienen ideas muy vagas, cuando adoran y oran al Dios vivo, respecto a cuáles son las condiciones que hacen su oración prevalecer ante El. Y, a pesar de ello, la oración es la llave que abre la puerta de la sala del Tesoro de Dios.

No es exagerado decir que todo crecimiento verdadero en la vida espiritual -toda victoria sobre la tentación, toda confianza y paz en presencia de dificultades y peligros, todo sosiego del espíritu en épocas de contrariedades y pérdidas, toda la comunión cotidiana con Dios, todo ello depende de la práctica de la oración privada.

Este libro fue escrito porque me lo pidieron, y sólo llego la tinta al papel después de haber sido vencidas muchas dudas. Una vez escrito, es ofrecido con mucha oración.

Que el que dijo: «Os es necesario orar y no desmayar» «nos enseñe a orar».

autor anónimo



1.

LA GRAN NECESIDAD DE DIOS

«Y se maravilló Dios.» Estas palabras son realmente sorprendentes. Lo atrevido de la idea es suficiente para dejar pasmado al cristiano, y forzarle la atención sobre el asunto, si es sincero, sea hombre, mujer o niño.

¡Un Dios que está maravillado! Qué extraordinario es esto. ¡Cuán atónitos vamos a quedar en el momento que descubramos el por qué Dios se está maravillando!, nos decimos. Sin embargo, cuando lo sabemos, al parecer, no nos causa mucha impresión. De todas formas, si lo consideramos con cuidado, nos daremos cuenta de que es una cosa de la mayor importancia para todo creyente en el Señor Jesús. No hay nada más, en realidad, que sea tan vital, de tanta trascendencia, para nuestro bienestar espiritual.

En aquella ocasión Dios «Se maravilló de que no hubiera quien intercediese» (Isaías 59: 16) o que «Se interpusiese», que «se pusiera en la brecha» como dicen otras traducciones. Pero esto era en los días de antaño, antes de la venida de nuestro señor Jesucristo «lleno de gracia y de verdad»; antes del derramamiento del Espíritu Santo, lleno de gracia y de poder, para «ayudar a nuestras flaquezas», para «interceder el mismo por nosotros». (Romanos 8:26.) Sí, y este maravillar se de Dios ocurrió antes de las asombrosas promesas de nuestro Señor respecto a la oración; antes de que los hombres supieran mucho sobre la oración, en los días en que los sacrificios por sus pecados eran mucho más importantes en sus ojos que la súplica por los pecadores.

Por tanto, ¿cuánto más maravillado debe sentirse Dios hoy? Porque, ¡cuán pocos son los que saben qué es realmente la oración que prevalece! ¿Cuántos de los que decimos que creemos en la oración, creemos realmente en el poder de la oración?

Antes de dar un paso más adelante, el autor quiere suplicar al que lee este libro que no lo haga apresuradamente, un capítulo tras otro. No es ésta la manera de leer y sacar provecho de este libro. Mucho, muchísimo, depende del caso que haga el lector del contenido del libro. Porque todo depende de la oración.

¿Por qué los cristianos nos consideramos derrotados con tanta frecuencia? La respuesta es: Porque oramos tan poco. ¿Por qué los miembros de las iglesias que somos activos nos hallamos desalentados, alicaídos? Porque oramos tan poco.

¿Por qué vemos a tan pocos que son traídos «de las tinieblas .a la luz» por nuestro ministerio? Porque oramos tan poco.

¿Por qué nuestras iglesias no «están ardiendo» por el Señor? Porque oramos de verdad, con tan poca frecuencia.

El Señor Jesús tiene el mismo poder hoy que antes y que siempre. El Señor Jesús está deseoso de que los hombres sean salvos, hoy y siempre. Su brazo no se ha acortado para salvar; pero Él no puede alargar este brazo a menos que nosotros oremos, oremos más de verdad.

Podemos estar seguros de esto: el secreto de todos nuestros fracasos es el fallo de la oración privada.
Si Dios «Se maravillaba» en los días de Isaías, no tenemos de qué sorprendernos de que en los días en que estaba sobre la tierra, nuestro Señor se «maravillara » también de la incredulidad de algunos, la cual le impedía hacer prodigios y milagros en sus ciudades (Marcos 6:6).
Pero hemos de recordar que aquellos que eran culpables de esta incredulidad no veían belleza en El para que le desearan y creyeran en El, como dice Isaías.
¡Cuánto más, pues, debe «maravillarse» hoy, cuando ve entre nosotros, que de veras le amamos y le adoramos, tan pocos que «invoquen su nombre, que se despierten para apoyarse en Dios» (Isaías 64: 7). Sin duda, la existencia de un cristiano que prácticamente no ore es algo asombroso. Estos son días de extraños sucesos y presagios ominosos. De hecho, hay muchas evidencias de que se trata de «los últimos tiempos», en que Dios prometió derramar su Espíritu -el Espíritu suplica- sobre toda carne (Joel 2:28). Con todo, la inmensa mayoría de cristianos apenas tienen idea de lo que «suplicación» significa: y muchas de nuestras iglesias no sólo no celebran reuniones de oración, sino que sin sonrojarse consideran que no hay necesidad de tales reuniones y aún parecen tener lástima del que desea celebrarlas.
La Iglesia Anglicana reconoce la importancia del culto de oración, y espera que sus ministros lean las plegarias de la Iglesia cada mañana y cada noche.
Pero, cuando esto se hace, ¿no está con frecuencia vacía la iglesia? Y ¿no son leídas las oraciones a una velocidad que impide la verdadera adoración? Por la expresión «oración común» se entiende no oración que afecta a todos, sino otro significado: oración vaga e indefinida.
Y ¿qué diremos de aquellas iglesias en que se celebran aún las reuniones de oración semanales que· se consideran ya pasadas de moda? ¿No podríamos decir también que son «débiles» estas reuniones? Recordemos que C. H. Spurgeon tenía el gozo de poder decir que cada lunes por la noche dirigía una reunión de oración «a la que asistían entre mil y mil doscientas personas de un modo regular».
Hermanos, ¿hemos dejado de creer en la oración? Si en su iglesia aún se reúnen semanalmente para la oración, ¿no es un hecho que la gran mayoría de los miembros de la iglesia nunca se asoman a la reunión? Sí, ni aún piensan en ir. ¿Por qué? ¿Quién tiene la culpa? « ¡Sólo es una reunión de oración!», hemos oído decir muchas veces. ¿Cuántos de los que leen ahora estas líneas han asistido y disfrutado en una reunión de oración? ¿Se trataba de gozo o simplemente de un deber?
Por favor, que se me perdone por hacer tantas preguntas y por señalar lo que me parece a mí son debilidades peligrosas y una deficiencia lamentable en nuestras iglesias. No estoy tratando de criticar, ni mucho menos condenar. Esto lo puede hacer todo el mundo. Mi anhelo es despertar en los cristianos el «deseo de apoyarse en Dios», como nunca antes. Lo que deseo es animar, estimular, elevar.
Nunca somos tan altos como cuando estamos de rodillas.
¿Criticar? Quién puede atreverse a criticar a otro. Cuando miramos en nuestro propio pasado y vemos cuántos períodos de la propia vida se han deslizado sin oración, las palabras de crítica se desvanecen antes de llegar a los labios. Pero creemos que ha llegado la hora de dar un toque de trompeta a los individuos y a la iglesia, llamándolos
... a la oración!
Ahora bien. ¿Vamos a atrevernos a afrontar este asunto de la oración? Parece una cuestión insensata, porque, ¿no es la oración una parte integrante de todas las religiones? Creo que debo pedir a los lectores a que consideren este asunto con imparcialidad y franqueza. ¿Creemos realmente en el poder de la oración? ¿Es la

oración, realmente «hacer mover la mano que hace mover al mundo»? ¿Me afectan de veras las órdenes respecto a la oración que dio Dios? ¿Son válidas todavía las promesas de Dios respecto a la oración? Todos hemos ido musitando: ¡Sí, sí, sí! mientras leíamos estas preguntas. ¿Nos atreveríamos a decir que no a alguna de ellas?, lo dudo, ¡pero, sin embargo...!

¿Se le ha ocurrido alguna vez que Dios no dio nunca ninguna orden innecesaria o una orden cuyo cumplimiento fuera dejado a nuestra opción? ¿Creemos realmente que Dios no hizo nunca una promesa que no pudiera o no estuviera dispuesto a cumplir? Nuestro Señor dio tres grandes órdenes de acción específica:

Orad…

Id…

Haced...

¿Las obedecemos? ¡Cuántas veces su orden «Haced » es repetida por los predicadores de hoy! Parece como si hubiera sido la única orden que dio. ¡Cuán pocas veces se nos recuerdan en cambio «Orad» e «Id»! Y a pesar de todo, sin obediencia al «Orad» no sirve de mucho ni «Haced» ni «Id».

De hecho se puede mostrar fácilmente que toda falta de éxito, o sea, todo fracaso en la vida espiritual y en la obra cristiana es debido a la falta de oración, se trate de la calidad o la cantidad. A menos que oremos rectamente no podemos vivir o servir bien. Esto puede parecer una exageración a primera vista, pero, cuanto más pensamos en ello, a la luz de las Escrituras, más nos convencemos que se trata de una afirmación correcta.

Ahora bien, cuando empecemos a ver lo que la Biblia tiene que decir sobre este tema tan maravilloso y lleno de misterio, nos esforzaremos por leer algunas de las promesas del Señor, como si nunca las hubiéramos leído antes. ¿Cuál será el resultado? Hace unos veinte años el autor (de este libro) estaba estudiando en un Seminario Teológico. Una mañana, temprano, un compañero de estudios -que hoy es uno de los misioneros más destacados de Inglaterra-, irrumpió en mi habitación llevando en alto una Biblia en la mano. Y aunque se preparaba para el ministerio, era en aquel entonces un convertido a Cristo reciente. Este joven había ido a la Universidad diciendo que «no le importaban nada estas cosas». Era muy popular, listo, le gustaban los deportes, se había destacado entre sus compañeros de curso en su «college», cuando Cristo le llamó. Aceptó a Cristo Jesús como su Salvador personal, y se hizo un fiel seguidor del Maestro. La Biblia era un libro comparativamente nuevo para él, y al leerla hacía constantemente «descubrimientos» en ella. En aquel día memorable, en que invadió la calma de mi habitación, estaba gritando excitado, con la cara radiante de gozo y asombro; « ¿Crees esto? ¿Es realmente verdad?» « ¿Qué es lo que debo creer?», le pregunté, dando una mirada a la Biblia que tenía abierta, con no poca sorpresa. «Pues, esto... », me dijo, y leyó con emoción en San Mateo 21:21, 22: Si tenéis fe y no dudáis, no sólo haréis esto... sino que todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis. ¿Crees esto? ¿Es verdad? «Sí», le contesté con mucha sorpresa por su entusiasmo, «naturalmente es verdad; por lo menos yo lo creo». ¡Pero, por mi mente cruzaron toda clase de ideas! «Bueno», dijo él. «Esto es una promesa magnífica. Me parece a mí que no tiene límites. ¿Por qué no oramos más?» Y se marchó, dejándome sumido en pensamientos profundos. Nunca había considerado estos versículos de esta manera. Cerrada la puerta, cuando el ávido seguidor del Maestro ya se había ido, tuve una visión de mi Salvador y de su amor y poder como no la había tenido antes. Tuve una visión de una vida de oración -sí-, y poder ilimitado, que vi que dependían sólo de dos cosas, de la fe y la oración. En aquel momento estaba emocionado. Caí de rodillas e incliné la cabeza ante mi Señor. ¡Qué de pensamientos surgieron en mi mente, qué de esperanzas y aspiraciones inundaron mi alma Dios me estaba hablando de una manera extraordinaria. Era un gran llamamiento a

la oración. Pero -me avergüenzo de decirlo- no hice caso a la llamada. ¿En qué fallé? Es verdad que oré un poco más que antes, pero no pareció ocurrir nada nuevo. ¿Por qué? ¿Fue porque no me di cuenta de las elevadas exigencias que el Salvador hace en su vida interior a aquellos que oran de modo triunfante? ¿Fue porque fracasé en estar a la altura en mi vida del criterio del «amor perfecto» que se describe de un modo tan hermoso en el capítulo trece de la primera Epístola a los Corintios?

Porque, después de todo, la oración no es simplemente poner en acción una gran resolución «a orar». Como David, tenemos que clamar: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio» (Salmo 51), antes de que podamos empezar a orar bien. Y las inspiradas palabras del Apóstol del amor deben ser tenidas en cuenta hoy como antes: «Amados, si nuestro corazón no nos reprocha algo, tenemos confianza ante Dios; y lo que le pedimos lo recibimos de él». (1ª Juan, 3:21,22).

«Esto es verdadero, lo creo.» Sí, ciertamente, es una promesa ilimitada, y, sin embargo, ¡cuán poco la ponemos en acción, cuán poco reclamamos de Cristo. Y nuestro Señor se «maravilla» de nuestra incredulidad. Pero, si por arte de magia pudiéramos leer los Evangelios por primera vez; ¡qué asombrosos los encontraríamos! ¿No nos «maravillaríamos»? Así que hoy, paso este gran llamamiento al lector. ¿Quiere usted hacer caso de él? ¿Quiere sacar provecho de él? O ¿caerá en oídos sordos y se quedará sin oración?

¡Hermanos, despertémonos! El diablo nos ha puesto una venda sobre los ojos. Se está esforzando ahora mismo para que no nos encaremos en serio con esta cuestión de la oración. Estas páginas presentes han sido escritas porque se me hizo una petición especial. Pero, hace ya muchos meses de esta petición. Todos los esfuerzos que he hecho para empezar a escribir han sido frustrados hasta ahora, e incluso ahora el autor es consciente de una extraña reticencia y dificultad para hacerlo. Parece sentir un poder misterioso que le retiene la mano. ¿Se da cuenta el lector de que no hay nada que tema tanto el diablo como la oración? Lo que quiere es impedirnos que oremos. No le importa vemos «hasta la coronilla» trabajando en la obra, siempre y cuando no oremos. No tiene ningún temor incluso cuando nos ve estudiando la Biblia con diligencia (siempre y cuando dejemos de orar al hacerlo). Alguien ha dicho con sabiduría: «Satán se ríe de nuestros esfuerzos y se burla de nuestra prudencia, pero tiembla cuando oramos». Esto es sin duda familiar para usted…pero, ¿ora usted de verdad? Si no, el fracaso le está rondando, por más obvio que sea el éxito suyo de momento.

No olvidemos nunca que la mayor cosa que podemos hacer por Dios es orar. Porque podemos realizar mucho más con nuestras oraciones que con nuestras manos. La oración es omnipotente; ¡puede hacer nada menos que todo lo que puede hacer Dios! Cuando nosotros oramos, El obra. Todo rendimiento en el servicio es el resultado de la oración; de las oraciones del que obra o de aquellos que oran en favor suyo.

Todos creemos que sabemos orar, pero, quizá la mayoría deberíamos clamar, como los discípulos hicieron un día: «Señor, enséñanos a orar».

¡Señor, por quien a Dios nos allegamos,
eres la Vida, la Verdad y el Camino!
Enséñanos la vía que has andado incluso Tú.
¡Enséñanos a orar!

2

PROMESAS CASI INCREIBLES

«Cuando al fin con Cristo, allá en gloria,
Contemplemos, pasada, nuestra historia»

Lo que consideraremos la característica más extraordinaria de esta vida ya pasada, será la gran falta de oración en ella.

No lo podremos comprender, estaremos atónitos, nos quedaremos petrificados, al ver el poco tiempo que pasamos en la oración. Entonces seremos nosotros los que nos «maravillaremos».

En su último mensaje, el Señor les dijo a sus amados, antes de pronunciar la más conmovedora de todas las oraciones, empuñando virtualmente en su mano el cetro de oro de su majestad gloriosa: « ¿Qué es lo que deseáis? ¡Os será concedido, incluso mi reino entero!» ¿Creemos lo que dijo? Debemos creerlo si creemos la Biblia. ¿Por qué no leemos otra vez con calma y pensamos sobre una de las promesas del Señor, que repitió varias veces? Si no la hubiéramos leído antes, abriríamos los ojos asombrados, porque estas promesas parecen increíbles. Pero, es el Señor del cielo y tierra el que habla; y está hablando en el momento más solemne de su vida. En la víspera de su pasión y muerte.

Es un mensaje de despedida. Leámoslo:

«De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, las obras que yo hago, también él las hará; y aun hará mayores que éstas, porque yo voy al Padre. Y cualquier cosa que pidáis al Padre en mi nombre, la haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré» (Juan 14: 12·14).

¿Se podría decir algo de un modo más claro y simple? ¿Podría concebirse una promesa mayor? ¿Ha ofrecido alguien, en cualquier tiempo algo semejante? ¡Qué asombrados deberían quedarse los discípulos! Sin duda no podrían creer lo que estaban oyendo. Pero, esta promesa es válida también para usted y para mí. Y para que no haya ninguna equivocación por su parte -o por la nuestra- nuestro Señor se repite a sí mismo unos momentos después. Sí, y el Espíritu Santo le manda a San Juan que registre estas palabras otra vez: «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis, así, mis discípulos» (Juan 5:7,8).

Esas palabras son de suma importancia, y de tal trascendencia, que el Salvador del mundo no está contento incluso con pronunciarlas tres veces: Requiere a sus discípulos que obedezcan su orden de «pedir». En efecto, les dice que una señal de que son sus «amigos» será la obediencia a sus órdenes en todas las cosas (v.14). Y entonces, repite de nuevo sus deseos: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca, para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dé» (Juan 16: 15).

Se podría· pensar que nuestro Señor ha dejado ya bien claro que quiere que sus discípulos oren; que necesita sus oraciones, y que sin oración, no pueden realizar tampoco ellos mucho. Pero tenemos la sorpresa de que vuelve al mismo tema, diciendo más o menos las mismas palabras.
« ... De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora, nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo esté completo» (Juan 16:23,24).
Nunca había puesto el Señor tanto énfasis en una promesa o una orden, ¡nunca! Esta maravillosa promesa es repetida una y otra vez, siete veces, en un corto espacio en el Evangelio; nos manda que le pidamos lo que queramos. Esta es la mayor y la más maravillosa promesa que se ha hecho nunca al hombre. Y a pesar de ello, muchos hombres -cristianos- no le prestan prácticamente ninguna atención. ¿No es verdad?
La extraordinaria grandeza de la promesa nos abruma. Y sabemos que «es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que le pedimos o entendemos (Efesios, 3:20).
De manera que nuestro bendito Salvador da una exhortación final antes de ser prendido, atado y azotado, antes de que caiga el silencio sobre sus labios de Gracia en la cruz: «En aquel día pediréis en mi nombre... porque el mismo Padre os ama» (Juan 16:
26,27). Hemos pasado mucho tiempo, y con frecuencia, reflexionando sobre las siete últimas palabras de Jesús en la cruz, y hemos hecho bien. Pero ¿hemos pasado alguna vez una hora meditando sobre esta invitación del Salvador a orar que es repetida precisamente siete veces?
Hoy, Jesús, está sentado en su trono de Majestad en lo alto, y tiene en su mano el cetro de poder. ¿Nos acercaremos para tocarlo y decirle cuáles son nuestros deseos? Él nos manda que nos aprovechemos de sus tesoros. El desea concedernos «según las riquezas de su gloria», para que «seamos reforzados con poder por medio del Espíritu Santo en nuestro hombre interior».
Nos dice que nuestra fuerza y nuestra utilidad dependen de nuestras oraciones. Nos recuerda que nuestro mismo gozo depende de la oración contestada (Juan 16:24).
Y a pesar de ello le permitimos al diablo que nos convenza de descuidar la oración. El diablo nos hace creer que podemos hacer más por nuestros propios esfuerzos que por la oración, más por medio de nuestra relación con los hombres que con nuestra intercesión ante Dios. Es difícil comprender que hagamos tan poco caso de la invitación del Señor repetida siete veces, ¡invitación, mandato, promesa, como se quiera! ¿Cómo nos atrevemos a trabajar para Cristo sin pasar mucho tiempo de rodillas? Recientemente una mujer, un «obrero» cristiano -un miembro de iglesia, maestra de Escuela Dominical-, me dijo: « ¡No he tenido ninguna respuesta a la oración en toda mi vida!» Pero, ¿por qué? ¿Miente Dios? ¿No es Dios digno de confianza? ¿No cuentan sus promesas para nada? ¿No quiere Dios decir realmente aquello que dice? Y, no hay duda que hay muchos que leen estas palabras y que en sus corazones están diciendo lo mismo que esta señora cristiana.
Payson tiene razón –es decir está de acuerdo con las Escrituras- cuando dice: «Si queremos hacer mucho por Dios, tenemos que pedirle mucho: hemos de ser hombres de oración».
Si nuestras oraciones no son contestadas -es decir concedidas, porque contestadas lo son siempre- la falta está enteramente en nosotros, no en Dios. Dios se deleita en contestar la oración; y Él nos ha dado su palabra de que la contestará.
¡Obreros colaboradores en su viña!, es bien evidente que nuestro Maestro desea que pidamos y que pidamos mucho. Él nos dice que le glorificamos cuando pedimos.

No hay nada más allá del alcance de la oración, ya que éste es el alcance de su voluntad; y nosotros no deseamos hacer nada que no esté dentro de su voluntad.
No nos atreveríamos a decir que las palabras del Señor no son verdaderas. Sin embargo, de una manera u otra, los cristianos realmente parecen creerlo. ¿Qué es lo que nos retiene? ¿Qué es lo que sella nuestros labios? ¿Qué nos priva de orar mucho? ¿Dudamos de su amor? ¡Nunca! El dio su vida por nosotros y para nosotros. ¿Dudamos del amor del Padre? No. «El mismo Padre os ama», dice Cristo instigando a los discípulos a orar.
¿Dudamos de su poder? Ni por un solo instante. ¿No ha dicho «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto id... y he aquí estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo»? (Mateo 28: 18-20). ¿Dudamos de su sabiduría? ¿Dudamos de que nos haya elegido? Ni un momento. Y sin embargo son pocos sus seguidores que consideren que la oración valga la pena. Naturalmente, lo negarían, si alguien les acusara de ello, pero sus acciones hablan más claro que las palabras. ¿Tenemos miedo de poner a Dios a prueba? Él ha dicho que podemos hacerlo. «Traed todos los diezmos al alfolí... y probadme ahora en esto, dice Jehová de los Ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde» (Malaquías 3:10). Siempre que Dios hace una promesa, digamos de modo atrevido, como San Pablo: «Yo confío en Dios» (Hechos 27: 25) y no dudemos que cumplirá su palabra.
¿Vamos a empezar hoy a ser hombres de oración, si no lo hemos sido antes? No lo aplacemos hasta un momento más propicio. El Salvador quiere que ore. Necesita mis oraciones. Tanto que, en realidad, todo depende de la oración. ¿Cómo nos atrevemos a retraernos? Que cada uno se pregunte de rodillas: «Si nadie en la tierra pide por la salvación de los pecadores con más fervor y con más frecuencia que yo, ¿cuántos se convertirán a Dios por medio de la oración?»
¿Pasamos diez minutos cada día en oración? ¿Creemos que es bastante con este rato? ¿Diez minutos al día en oración? ¿Es ésta toda la importancia que concedemos al Reino de los Cielos? ¡Diez minutos al día en oración, cuando podemos conseguir el Reino de los Cielos con sólo pedirlo! Diez minutos parece que es una parte de nuestro tiempo insuficiente para «apoyarnos en Dios» (Isaías 64:7).
Y ¿oramos de veras cuando «decimos» nuestras oraciones, o simplemente repetimos diariamente unas pocas frases que ya se han vuelto prácticamente mecánicas, mientras que nuestros pensamientos vagan de acá para allá?
Si Dios decidiera contestar las «palabras» que hemos repetido esta mañana de rodillas, ¿recordaríamos nosotros cuáles habían sido? ¿Reconoceríamos la respuesta? ¿Recordamos en realidad lo que dijimos? Él contesta. Nos ha dado su palabra de hacerlo. Él siempre contesta toda plegaria de fe verdadera. Pero, ya veremos lo que la Biblia tiene que decir sobre este tema en otro capítulo. Ahora estamos pensando en el tiempo que pasamos orando. « ¿Con qué frecuencia ora?», fue la pregunta que se hizo a una señora cristiana. «Tres veces al día, y además el resto del día», fue la respuesta rápida. Pero, ¿cuántos hay así? ¿Es la oración para mí un deber, o se trata de un privilegio, un placer, un *gozo*, una necesidad?
Obtengamos una visión renovada de Cristo y de su gloria, demos una nueva mirada a todas las «riquezas de su gloria» que El coloca a nuestra disposición, y todo el inmenso poder que se halla bajo Jesús. Entonces, procuremos conseguir una nueva idea del mundo y de sus necesidades (y el mundo nunca estuvo en más necesidad que en el momento presente).
Porque lo extraordinario no es que oremos tan poco sino que podamos levantarnos cuando estamos de rodillas, si de veras nos damos cuenta de nuestra necesidad: las necesidades de nuestro hogar y los que amamos; las necesidades de nuestro pastor y la

iglesia; las necesidades de nuestro país, de los paganos, de los mahometanos. Todas estas necesidades podemos satisfacerlas con las riquezas de Dios en Cristo Jesús. San Pablo no tenía duda sobre esto, ni nosotros tampoco. ¡Sí! «Y mi Dios proveerá a todas vuestras necesidades conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Filipenses 4: 19). Pero, para participar de sus riquezas tenemos que orar, porque «Uno mismo es el Señor de todos, que es rico para con todos los que le invocan» (Romanos 10: 12).

Tan grande es la importancia de la oración que Dios ha contestado con anticipación a todas las excusas y objeciones que nosotros podemos presentar. Algunos se excusan en su debilidad o flaqueza, o dicen que no saben cómo orar.

Dios previó esta incapacidad hace muchos años. Pues fue El que inspiró a San Pablo a decir: «Y de igual manera, también el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Y el que escudriña los corazones sabe cuál es la mentalidad del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por nosotros». (Romanos 8:26,27.)

¡Sí! Hay provisión hecha para nosotros. Pero sólo el Espíritu puede «estimularnos» a «apoyarnos en Dios». Y si nosotros simplemente nos entregarnos a los estímulos del Espíritu, seguiremos sin duda el ejemplo de los apóstoles que «se dedicaban asiduamente a la oración» (Hechos 6:4).

Podemos estar seguros por completo de esto: la influencia de un hombre en el mundo no se mide por su elocuencia, por su celo, su ortodoxia, su energía, si no por sus oraciones. Sí, e iremos mucho más lejos aun y sostendremos, que nadie puede vivir rectamente si no ora bien.

Podemos trabajar por Cristo desde la mañana a la noche; podemos pasar mucho tiempo en el estudio de la palabra de Dios; podemos ser fieles y «aceptos» en nuestra predicación y en nuestros tratos, pero ninguna de estas cosas será verdaderamente efectiva a menos que pasemos mucho tiempo en oración. Sólo estaremos llenos de buenas obras, pero no «llevando fruto en toda buena obra» (Colosenses 1: 10). El pasar poco tiempo con Dios en oración es hacer poco en el servicio de Dios. Pasar mucho tiempo con Dios en oración privada significa tener mucho poder público. Con todo, ¿no es un hecho que mientras nuestra organización es casi perfecta, nuestro agonizar en la oración es casi desconocido?

Los hombres se preguntan por qué se demoran los avivamientos. Sólo podemos dar una respuesta y es la falta de oración. Los avivamientos siempre han sido el resultado de la oración. Uno a veces desearía oír la voz de un arcángel, ¿pero de qué nos serviría esto si la voz de Cristo mismo no alcanza para estimulamos a orar?

Parece casi una impertinencia que un hombre tenga que clamar porque se ore, cuando nuestro Salvador ha ofrecido ya sus promesas «ilimitadas». Y sin embargo, creo que se debe hacer algo, y creo que es el Espíritu Santo el que empuja a algunos a que recuerden y recuerden a otros las palabras y el poder de Cristo. No creo que ninguna palabra mía podría causar impresión a los hombres respecto al valor de la oración, la necesidad de la oración y su omnipotencia.

Pero lo que digo lo digo en palabras empapadas de oración, para que Dios Espíritu Santo mismo redarguya a los cristianos del pecado de la falta de oración y los ponga de rodillas, para que llamen a Dios, día y noche, en oración de intercesión ardiente que prevalezca. El señor Jesús ahora en el cielo, nos hace señas de que nos pongamos de rodillas y reclamemos las riquezas de su gracia.

Nadie le puede decir a otro cuanto tiempo tiene que dedicar a la oración, ni sugerimos que los hombres deben hacer promesas de pasar tantos minutos y horas cada día orando.

Naturalmente, la Biblia nos manda «Orad sin cesar». Es evidente aquí que se refiere a una «actitud de oración», la actitud en la vida.
Aquí estamos hablando de actos definidos de oración. ¿Ha contado alguna vez el tiempo que pasa orando? Creo que la mayoría de los lectores tendrían una buena sorpresa si lo hicieran.
Hace algún tiempo el que escribe decidió hacer algo sobre el asunto de la oración. Consideró que una hora diaria era lo mínimo que tenía que pasar en oración. Con cuidado fue anotando día tras día un registro de su vida de oración. Al pasar el tiempo, un día se encontró con un obrero que era muy usado por Dios. Cuando le pregunto a este obrero a qué atribuía el éxito en su obra, contestó: «No podría pasar sin dos horas al día en oración privada». Luego se encontró con un misionero que llegaba del campo de misión, un hombre lleno del Espíritu Santo, que habló con gran humildad de las cosas maravillosas que Dios había hecho por medio de su ministerio, (se podía ver bien que el misionero estaba dando a Dios todo el honor y gloria de sus hechos). «Necesito, muchos días, pasar cuatro horas en oración diarias», dijo este misionero.
Luego recordamos que el mayor Misionero de todos, acostumbraba pasar noches enteras orando. ¿Por qué? Nuestro bendito Señor no oraba simplemente para darnos ejemplo. Oraba porque necesitaba orar. Siendo un Hombre perfecto, la oración le era necesaria. ¿Cuánto más necesaria nos es a usted y a mí? « ¿Cuatro horas al día en oración?», exclamó un hombre que está dando su vida en la obra de Cristo como médico misionero. « ¿Cuatro horas? ¡Dadme diez minutos y me basta!» Esta es una confesión atrevida, aunque triste. Y con todo, ¡si muchos de nosotros fuéramos tan sinceros...!
Ahora bien, no fue casual que estos hombres se cruzaran con mi camino. Dios me estaba hablando por medio de ellos. Era otro «llamad a la oración» del «Dios de paciencia» que es también el «Dios de consolación» (Romanos 15:8), y cuando su mensaje fue tomando asiento en mi alma, llegó a *mis* manos un libro «por casualidad», como dice la gente. Contaba de modo breve y simple la historia de John Hyde «Hyde el que ora», como se le llamaba. De la misma manera que Dios envió a Juan el Bautista para preparar el camino de nuestro Señor en su primera venida, también envió, en estos últimos tiempos a Juan el que ora, para enderezar caminos para El otra vez. «Juan el que ora» ¡qué nombre! Cuando se lee sobre la maravillosa vida de oración de este hombre, uno se pregunta: « ¿He orado yo alguna vez?»
He hallado a otros que se hicieron la misma pregunta. Una señora, notable por su maravillosa capacidad intercesora me escribió, diciendo: « ¡Cuando dejé este libro, empecé a pensar si había orado alguna vez en mi vida!»
Pero, debemos dejar esto aquí. ¿Vamos a ponemos de rodillas ante Dios y permitir a Su Espíritu que nos escudriñe de pies a cabeza? ¿Somos sinceros? ¿Creemos realmente en sus promesas. Si es así, ¿no nos guiará el Espíritu Santo a pasar más tiempo de rodillas ante Dios? No haga promesas de orar «tanto» al día. Haga la resolución de orar mucho, pero la oración para tener valor, debe ser espontánea, no forzada.
Pero, debemos tener en cuenta que la mera resolución de pasar más tiempo en oración, y de vencer nuestra resistencia a orar, no será efectiva a menos que huya una entrega sincera y absoluta al Señor Jesucristo. Si no hemos dado ya este paso, debemos darlo ahora, si es que deseamos ser hombres de oración.
Estoy convencido por completo de este hecho: Dios quiere que oremos; quiere que usted ore. La cuestión es, ¿queremos nosotros orar?
Salvador misericordioso, vierte sobre mí la plenitud del Espíritu Santo, para hacerme un cristiano de rodillas.

Presentemos a Dios nuestras necesidades,

usando la oración
oremos con tesón.
Y sin desmayar nunca:
oremos sin cesar.

3

«PEDID Y SE OS DARÁ»

Dios quiere que ore, que pase tiempo orando, porque el éxito de mi vida espiritual depende de mi oración.

Un predicador que ora poco puede ver algunos resultados de sus labores, pero, si obtiene resultados, entonces es que alguien ora por él. El fruto viene de la oración, no del predicador. Qué sorpresa tendrán algunos predicadores cuando el Señor dé «la recompensa conforme a sus obras». « ¡Señor! ¡Estos son mis convertidos! Fui yo quien dirigía la misión que llevó a todos éstos a tu redil. Yo hice la predicación, la invitación, la persuasión... Pero, ¿fui yo que «hice» la oración también? »

Cada convertido es el resultado de la obra del Espíritu Santo en respuesta a la oración de algún creyente.

¡Oh, Dios, que no tengamos esta desagradable sorpresa! ¡Oh, Señor, enséñanos a orar!

Hemos tenido una visión de un Dios que está rogando a sus hijos que oren. ¿Cómo respondo a esta llamada? ¿Puedo decir como San Pablo: «No fui rebelde a la visión celestial»? Repito otra vez, si hay pena en el cielo será de que hayamos pasado tan poco tiempo en intercesión verdadera cuando estábamos en la tierra.

Pensemos en el amplio alcance de la oración «Pídeme y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra» (Salmo 2:8). Y algunos creyentes nunca se preocupan de presentar ni aun los pequeños detalles de sus propias vidas a Dios en oración, y de cada diez cristianos, nueve nunca piensan en orar por los paganos.

Uno se asombra de la resistencia de los cristianos a orar. Quizás es porque nunca han experimentado u oído hablar de respuestas convincentes a la oración. En este capítulo emprendemos la tarea de lo «imposible». ¿Qué es esto? ¿Deseamos hacer palpable a cada corazón y a cada conciencia el poder de la oración? Nos atrevemos a decir que esto es «imposible». Porque si los hombres no quieren creer y obrar como resultado de las promesas y las órdenes de Dios, ¿cómo podemos esperar persuadirlos con exhortaciones meramente humanas?

Pero, ¿recuerda usted cuando nuestro Señor, hablando a sus discípulos les preguntó si creían que Él estaba en su Padre y el Padre en El? Y luego añadió: «Si no, creedme por las mismas obras» (Juan 14: 11). Era como si dijese: «Si mi Persona, mi vida santificada, y mis palabras de vida no consiguen que creáis en mí, entonces mirad las obras que hago; éstas sin duda serán suficientes para forzaros a creer. Creedme por lo que hago».

Luego les prometió que si querían creer, harían aún obras mayores que aquéllas. Fue después de decir esto que hizo la maravillosa promesa mencionada antes con respecto a la oración. La inferencia que podemos sacar es que aquellas «grandes obras» sólo se pueden realizar como resultado de la oración.

¿Puede el discípulo pues seguir el método del Maestro? ¡Compañero en la obra de Cristo!, si deja de comprender o de confiar en las extraordinarias promesas de Dios

respecto a la oración, ¿no va a creerlas por lo menos, «por amor a la obra»? Esto es, las «grandes obras» que los hombres y mujeres realizan hoy, es decir, las grandes obras que Jesús esta realizando por medio de ellos, por medio de su cooperación en la oración.
¿Qué es lo que tratamos de hacer? ¿Cuál es, nuestro objetivo real en la vida?, sin duda deseamos mas que nada dar abundante fruto en el servicio del Maestro. No buscamos posición, prominencia o poder. Pero anhelamos ser siervos útiles. Si es así debemos orar en abundancia. Dios puede hacer más por medio de nuestras oraciones que por medio de nuestra predicación. A. J. Gordon, dijo: «Una vez se ha orado, se puede hacer todavía más, pero no se puede hacer más que orar, hasta que se ha orado». ¡Si creyéramos esta verdad!
Una señora, misionera en la India, estaba afligida, a causa del fracaso de su vida y su obra. Era una persona fiel y devota, pero muy pocas conversiones habían resultado de su ministerio, por alguna razón. El Espíritu Santo parecía decirle «Ora más», pero resistió las sugerencias del Espíritu durante un tiempo. «Al fin» dice la misionera, «aparté un rato diario para la oración. Lo hice con temor, temiendo que mis compañeros pensaran que estaba tratando de escabullirme del trabajo. Al poco empecé a ver que algunas personas aceptaban a Cristo como su Salvador. Es mas, todo el distrito parecía que se despertaba, y la obra de los otros misioneros fue bendecida como nunca antes. Dios hizo más en seis meses, que lo que yo había conseguido en seis años. Y añadió «Nunca me acuso nadie de eludir mi deber». Otra señora misionera en la India sintió también el llamamiento de orar. No hubo ninguna oposición desde fuera, pero hubo mucha desde dentro. Pero, persistió y en dos años el número de convertidos en el área, ¡se multiplicó por seis! Dios prometió «Derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas» (Joel 2:28). ¿Cuánto Espíritu de «Suplicación» hay en usted? Sin duda tenemos que conseguir este Espíritu a toda costa. Sin embargo si no estamos dispuestos a pasar el tiempo «Suplicación», Dios tiene que retirar este Espíritu, y pasaremos a ser parte del número de los que «resisten al Espíritu», y posiblemente lo «apagan». ¿No ha dicho nuestro Señor que dará el Santo Espíritu «a los que se lo pidan»? (Lucas 11: 13).
¿No nos avergüenzan algunos de los nuevos convertidos del paganismo?
Hace unos años, cuando estaba en la India, tuve el gran gozo de ver algo de la obra de Pandita Ramabai. Tenía una escuela internado con 1.500 chicas hindúes. Un día algunas de estas chicas se acercaron con sus Biblias y pidieron a la misionera, les explicara qué significaba San Lucas 11:49: «Fuego vine a echar en la tierra; y ¡cómo deseo que se haya encendido ya!» La misionera trató de esquivarlas con una respuesta evasiva, porque no estaba segura de lo que querían decir estas palabras. Pero, ellas no se quedaron satisfechas, así que decidieron rogar por este fuego. Y cuando oraban -y como resultado de esta oración- fuego del cielo descendió sobre sus almas. Les fue concedido un verdadero Pentecostés desde arriba. ¡No es de extrañar que continuaran orando!
Un grupo de estas chicas, sobre las cuales Dios había derramado el «Espíritu de suplicación» vinieron a la casa de .la misión donde yo estaba pasando algunas semanas. « ¿Podemos quedarnos en esta ciudad y orar por su obra?» preguntaron. El misionero no sintió mucho entusiasmo por la idea. Creía que debían estar en la escuela y no holgazaneando por allí. Pero, ellas pidieron solo que se les diera una sala o un cobertizo para orar; y, ¡cómo no!, todos apreciamos que se orara a nuestro favor. De manera que se les concedió lo que pedían, y aquel día el buen hombre se sentó para la cena, pensando. Al llegar la noche llegó un pastor nativo, completamente trastornado. Con lágrimas en los ojos explicó que el Espíritu de Dios le había redargüido de pecado, y que se sentía obligado a venir para confesar abiertamente el mal que había hecho. A él le siguieron otros creyentes, uno tras otro, confesando sentirse convictos de pecado. Fue

un período excepcional de bendición. Algunas personas que se habían apartado fueron restauradas, los creyentes fueron santificados, varios inconversos fueron traídos al redil; todo porque unas pocas chicas estuvieron orando.

Dios no hace acepción de personas. Si alguien decide aceptar sus condiciones, Él está por su parte dispuesto a cumplir sus promesas. ¿No arde nuestro corazón dentro de nosotros al oír hablar del gran poder de Dios? Y este poder puede ser nuestro, simplemente pidiéndolo. Sé que hay «condiciones». Pero usted y yo podemos cumplirlas por medio de Cristo. Y aquellos que no pueden tener el privilegio de servir a Dios en la India o en alguna parte de ultramar pueden, con todo, traer su parte de bendición. Cuando el avivamiento de Gales estaba en su apogeo, un misionero galés escribió a sus paisanos pidiéndoles que oraran para que la India pudiera ser conmovida de modo similar. Así que algunos mineros se reunieron diariamente en la boca de la mina, media hora antes del amanecer, para orar por su paisano al otro lado del mar. A las pocas semanas se recibió el esperado mensaje: «Ha empezado la bendición».

¿No es espléndido que nuestras oraciones puedan traer lluvias de bendición en la India, en África, en China, de la misma manera que podemos obtener las gotas que necesitamos en nuestro propio terreno? Muchos recordaremos las cosas maravillosas que Dios hizo en Corea hace algunos años, las cuales fueron por completo en respuesta a la oración. Unos pocos misioneros decidieron reunirse a orar cada día al mediodía. Al final de un mes un hermano sugirió que como no había ocurrido «nada en un mes» sería mejor dejar de reunirse. «Oremos en nuestras casas, según creamos conveniente», dijo. Pero los otros protestaron que lo que tenían que hacer era pasar más tiempo orando cada día. Así que continuaron orando diariamente durante cuatro meses. Luego, de repente, empezaron a llover bendiciones. Los servicios de las iglesias en diversos puntos eran interrumpidos por gente sollozando y confesando sus pecados. Al fin empezó un poderoso avivamiento. En un lugar, durante un servicio una noche de domingo el dirigente de una iglesia se levantó y confesó que había sustraído cien dólares al administrar el legado de una viuda. Inmediatamente, la convicción de pecado se extendió por toda la audiencia. El servicio no terminó hasta las 2 de la madrugada del domingo. El maravilloso poder de Dios se dejó sentir como nunca antes. Y cuando la iglesia hubo sido purificada, muchos pecadores hallaron la salvación. Las multitudes acudían a las iglesias por curiosidad. Algunos iban a mofarse, pero el temor se apoderaba de ellos y se quedaban para orar. Entre los «curiosos» había el capitán de una pandilla de bandoleros. Fue convicto de pecado y se convirtió. Se fue directo al magistrado y se entregó. « ¿No tienes quien te acuse?», le dijo, atónito, el oficial, «¿y te acusas tú mismo? No tenemos en la ley ninguna provisión que cubra este caso». Y lo despidió. Uno de los misioneros declaró: «Valió la pena el haber pasado varios meses en oración, porque cuando Dios dio el Espíritu Santo, realizó más en medio día, que todos los misioneros habíamos realizado en medio año». En menos de dos meses se convirtieron más de 2.000 paganos. El celo ardiente de estos convertidos era incomparable. Algunos de ellos dieron todo lo que tenían para construir una iglesia, y lloraban porque no tenían más. No hay que decir que comprendían el poder de la oración. Estos convertidos fueron bautizados con el «Espíritu de suplicación». «En una iglesia fue anunciada una reunión de oración a las 4:30 de la mañana diariamente. El primer día llegaron 400 personas antes de la hora indicada... ¡deseosas de orar! El número creció rápidamente hasta los 600. En Seúl, la asistencia a la reunión de oración semanal era de unos 1.100.

Los paganos acudieron, para ver qué era lo que estaba ocurriendo. Exclamaron atónitos: «El Dios vivo está entre vosotros». Estos pobres paganos vieron lo que muchos cristianos no ven. ¿No dijo Cristo: «Allí donde están dos o tres congregados en mi

nombre, allí estoy en medio de ellos?» (Mateo 18:20). Lo que es posible en Corea es posible aquí. Dios no hace acepción de personas. El desea bendecirnos, derramar su espíritu sobre nosotros.

Ahora bien, si nosotros -en esta nación llamada cristiana- creyéramos de veras en la oración, es decir, en las promesas de nuestro Señor, ¿evitaríamos las reuniones de oración? ¿Si tuviéramos interés auténtico por la condición de los que se pierden, a millares, en nuestro propio país, y a decenas de millares en los países paganos, ¿nos abstendríamos de orar? Sin duda pensamos muy poco, de lo contrario oraríamos más.

«Pedid y se os dará», nos dice un Dios todopoderoso y amante, y apenas hacemos caso de sus palabras. Es verdad: los convertidos de los países paganos nos avergüenzan. En mis viajes llegué a Rawal Pindi, en la India del noroeste. ¿Qué ocurrió allí? Algunas de las chicas de Pandita Ramabai fueron allí a acampar. Pero, un poco antes de esto, Pandita Ramabai había dicho a sus chicas: «Si ha de haber alguna bendición en la India, podemos conseguirla. Por tanto, pidamos a Dios que nos diga lo que tenemos que hacer para conseguirla»

Al leer en su Biblia hizo una pausa sobre el versículo «...les mandó... que aguardasen la promesa del Padre... recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo» (Hechos 1:4-8). «Aguardar. Esto no lo hemos hecho nunca», dijo. « Hemos orado, pero no hemos esperado ninguna bendición mayor hoy de la que recibimos ayer.» ¡Oh, cómo oraron! Una reunión de oración duró seis horas. Y ¡qué maravillosas bendiciones fueron derramadas por Dios como resultado de sus oraciones!

Mientras algunas de estas chicas estaban en Rawal Pindi, una misionera, mirando desde su tienda a medianoche, se sorprendió al ver que había una luz encendida en una de las tiendas de las chicas - algo contrario a las reglas-. Iba a regañarlas, pero encontró a la más joven de ellas, una chica de quince años, arrodillada a un extremo de la tienda, con una candela de sebo en una mano y una lista de nombres para interceder por ellos. Tenía 500 nombres en la lista, 500 de las 1.500 chicas de la escuela de Pandita Ramabai. Hora tras hora fue presentando los nombres delante de Dios. No es de extrañar que la bendición de Dios cayera sobre estas chicas y sobre quienquiera que estas chicas habían puesto en sus «listas» de oración.

El Pastor Ding Li Mei, de la China, tiene los nombres de 1.100 estudiantes en su lista de oración. Muchos centenares han sido ganados para Cristo por medio de sus oraciones. Y tan decididos y sólidos son sus convertidos que docenas de ellos han entrado en el ministerio cristiano.

Sería fácil ir añadiendo historias tan asombrosas e inspiradas como éstas para mostrar las bendiciones obtenidas por medio de la oración, pero no hay necesidad.

Sé bien que Dios quiere que yo ore y que usted ore. «Si hay alguna bendición para Inglaterra, podemos conseguirla» No; más que esto: si hay alguna bendición en Cristo, podemos conseguirla. «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición en os lugares celestiales en Cristo.» (Efesios 1:3) El almacén de bendiciones de Dios está lleno a rebosar. La llave es la oración, y la fe da vuelta a la llave y abre la puerta, y reclama las bendiciones. «Bienaventurados son los de puro corazón porque ellos verán a Dios» Y verle es orar rectamente.

¡Oiga! Hemos llegado -usted y yo- otra vez a una encrucijada. Todos nuestros fracasos anteriores, nuestra ineficacia e insuficiencia, toda nuestra infructuosidad en el servicio, puede ser eliminada ahora, de una vez para siempre, si damos a la oración el lugar que le corresponde. Empiece a hacerlo hoy. No espere un día más conveniente.

Todo lo que vale la pena conseguir puede ser conseguido. Lograrlo depende de las decisiones que hagamos.

Verdaderamente Dios es maravilloso. Y una de las cosas más maravillosas acerca de Él es que pone a nuestra disposición la oración de fe. La oración del que cree, de un corazón completamente limpio nunca falla. Dios nos ha dado su palabra de ello. Y con todo es mucho más sorprendente que los creyentes, en números inmensos, no crean la palabra de Dios o no tengan interés en ponerla a prueba.

Cuando Cristo es «todo en todo», cuando es el Salvador y Señor y Rey en todo nuestro ser, entonces es realmente Él que ora nuestras plegarias. Podemos, entonces, cambiando una palabra de un conocido versículo, decir que el Señor vive para hacer intercesión por nosotros. Oh, que pudiéramos conseguir que el Señor Jesús se «maravillara» no de nuestra incredulidad, sino de nuestra fe. Cuando nuestro Señor se «maraville» de nosotros y diga: «Verdaderamente... no he encontrado tanta fe ni aún en Israel» (Mateo 8: 10). Entonces nuestra parálisis se transformará en poder.

¿No ha venido el Señor para poner «fuego» en nosotros? ¿Estamos ya «ardiendo»?

Dios no hace acepción de personas. Si podemos decir, humilde y verdaderamente: «Para mí el vivir es Cristo» (Filipenses 1: 2), ¿no manifestará su poder por medio de nosotros? Algunos hemos leído acerca de John Hyde. Su "súplica intercesora cambiaba las cosas. Se nos dice que los demás estaban emocionados cuando John Hyde oraba. Se sentían conmovidos en lo más profundo de su corazón cuando clamaba el nombre « ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!», y un bautismo de amor y poder descendía sobre ellos. Pero no era John Hyde, era el Espíritu Santo de Dios sobre un hombre consagrado, lleno de su Espíritu, que se extendía sobre los que le rodeaban. No todos podemos ser un «Hyde el que ora», ¿verdad? La respuesta será: « ¡No! John Hyde tenía un don especial de oración». Muy bien, pero, ¿cómo lo consiguió? Hubo un tiempo en que era un cristiano corriente, como cualquiera de nosotros. ¿Has notado que hablando desde el punto de vista humano, debía su vida de oración a las oraciones del padre de un amigo suyo? Hay que recordar este punto. Es de la mayor importancia, y puede afectar profundamente su propia vida entera. Voy a contar algo más de su historia, porque es de gran interés. Vamos a citar a John Hyde mismo. Habla de cuando estaba a bordo de un barco que navegaba hacia la India, donde se dirigía como misionero. Dice: «Mi padre tenía un amigo el cual deseaba en gran manera ser misionero, pero no fue aceptado para ir al campo de misión. Este amigo me escribió una carta directamente al barco. La recibí unas horas después de haber partido de Nueva York. Sus palabras no eran muchas, pero el sentido de las mismas era: «No cesaré de orar por ti, querido Juan, hasta que seas lleno del Espíritu Santo.» Cuando acabé de leer la carta la arrugué y la tiré airado al suelo. ¿Creía este amigo que yo no había recibido e1 Espíritu Santo, o que yo hubiera partido hacia la India sin el? Pero a poco prevaleció el buen sentido. Recogí la carta y la leí otra vez. Quizá necesitaba algo que no había recibido todavía. Fui paseando arriba y abajo por la cubierta con una lucha en mi interior. Me sentía incómodo quería a la persona que la había escrito. Sabía que clase de vida vivía, y, en el fondo de mi corazón, yo tenía la convicción de que él tenía razón, que yo no era apto para ser misionero…Estos pensamientos continuaron agitando mi mente durante dos o tres días, hasta que me sentí realmente desgraciado... Al fin, en un acto desesperado le pedí a Dios que me llenara de su Santo Espíritu; y al momento en que lo hice... empecé a verme a mí mismo, y qué egoístas eran mis ambiciones »

Pero no recibió la bendición que buscaba. Desembarcó en la India y fue con sus compañeros misioneros a un servicio al aire libre. «El misionero habló», dice John Hyde, «y a mí me dijeron que hablaba sobre Jesucristo como verdadero Salvador del pecado, y cuando hubo terminado su mensaje, un hombre de aspecto muy respetable, hablando muy buen inglés, le preguntó al misionero si él mismo había sido salvo. La pregunta me llegó al corazón; porque si me la hubieran preguntado a mí habría tenido

que confesar que Cristo no me había salvado del todo, porque yo sabía que había un pecado en mi vida que no había sido quitado. Comprendí qué deshonor hubiera sido para el nombre de Cristo el haber tenido que confesar que yo, que estaba predicando a Cristo, no había sido librado del pecado, aunque estaba proclamando a los demás que era un perfecto Salvador. Me fui a mi cuarto y me encerré, y le dije a Dios que hiciera una de dos cosas: O bien Él debía darme victoria completa sobre todos mis pecados y especialmente sobre aquel pecado que me asediaba, o que me hiciera regresar a América a buscar alguna otra clase de trabajo. Dije que no podía pensar en levantarme a predicar el Evangelio hasta que pudiera testificar de su poder en mi vida. Y... comprenda cuán razonable era esto, y el Señor me aseguró que Él podía librarme de todo pecado, y quería hacerlo. Me libró, y no he tenido la menor duda de ello desde entonces.» Fue entonces, y sólo entonces, que John Hyde pasó a ser «Juan, el que ora». Y es sólo por medio de esta rendición y reclamar el ser librado del poder del pecado en la vida que usted y yo podemos llegar a ser hombres de poder en la oración. El punto que quiero subrayar, sin embargo, ya lo he mencionado antes. Un hombre prácticamente desconocido en el mundo, ora por John Hyde, que era también desconocido en el mundo, y por medio de las peticiones del otro pasa a ser conocido ahora como «Hyde, el que ora». Dijo usted en su corazón, querido lector, hace un momento, que no espera poder convertirse en un «Juan, el que ora» Naturalmente, no todos podemos destinar tanto tiempo a la oración. Por razones físicas o de otra índole puede que nos sea imposible pasar tanto tiempo orando. Pero podemos tener su espíritu de oración. Y podemos hacer por otros lo que este amigo desconocido de John Hyde hizo para él.

¿No podemos orar pidiendo bendiciones para otros, para el pastor o su ayudante? ¿Para un amigo? ¿Para su familia? ¡Qué ministerio el nuestro si entramos en él! Pero para hacerlo debemos rendirnos por completo como hizo John Hyde. ¿No lo hemos hecho aún? El fracaso en la oración se debe a una falta en el corazón. Sólo los de «puro corazón» pueden ver a Dios. Y sólo aquellos que «de corazón limpio invocan al Señor» (2.3 Timoteo 2:22) pueden con confianza esperar respuesta a sus oraciones.

¡Qué avivamiento podría empezar; qué gran bendición podría descender sobre nosotros si todos los que leen estas palabras reclamaran la plenitud del Espíritu Santo ahora!

¿No ve claro por qué Dios quiere que oremos? ¿No ve por qué todo lo que vale la pena depende de la oración? Hay varias razones para explicar por qué no recibimos algo que pedimos, pero una se destaca vívidamente ante nosotros después de leer este capítulo. Es la siguiente: si pedimos algo y no lo recibimos, la falta está en nosotros. Cada oración no contestada es como un clarinazo que nos llama la atención a que busquemos en nuestro corazón para ver lo que hay en desorden allí; porque la promesa es indudable en su claridad: «si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré» (Juan 14: 14).

En realidad el que ora no pone a Dios a prueba, sino que pone a prueba su propia vida espiritual.

Déjame acercarme ¡oh Dios a Ti!
Más cerca cada día;
¡oh, déjame apoyarme más en Ti!
Para seguir mi vida.



4

PIDIENDO SEÑALES

« ¿Contesta Dios de verdad la oración?», es una pregunta que sale con frecuencia de los labios de la gente, y más veces aún, de dentro del corazón. « ¿Es la oración verdaderamente útil?» Por alguna razón no podemos dejar de orar, pero, después de todo, hasta los paganos piden ayuda clamando a alguien o a algo en la hora de peligro, o de desgracia. Y aquellos que creemos realmente en la oración nos vemos enfrentados con otra pregunta: « ¿Está bien poner a prueba a Dios?» Además, hay otra idea que pasa por nuestra mente: « ¿Nos atrevemos a poner a Dios a prueba?» Porque, no hay duda que el fracaso es nuestra vida espiritual. Por ello hay tantos que albergan incredulidad en su corazón respecto al valor y eficiencia de la oración; y sin fe, la oración es vana. ¿Pedimos señales? ¿Ponemos a Dios a prueba? Ojalá que Dios persuadiera a los hombres y mujeres cristianas a hacerlo. Porque, ¡qué prueba más buena sería esto de nuestra propia fe en Dios y de nuestra santidad en la vida! La oración es la piedra de toque de la verdadera piedad. Dios pide nuestras oraciones, valora nuestras oraciones, necesita nuestras oraciones. Y si estas oraciones fallan, no podemos dar a nadie la culpa sino a nosotros mismos. No quiero decir por ello que la oración efectiva siempre consigue exactamente lo que pide. La Biblia nos enseña que podemos poner a Dios a prueba. El ejemplo lo tenemos en Gedeón, en el Antiguo Testamento, que nos muestra que Dios honra nuestra fe aun cuando la fe se tambalea. Nos permite que le «pongamos a prueba»; aún hay una promesa definida de El. Esto nos es de gran consuelo. Gedeón dijo a Dios: «He aquí que yo pondré un vellón de lana en la era, y si el rocío estuviere en el vellón solamente... entonces entenderé que salvarás a Israel por mi mano, como has dicho». Y, aunque la tierra estaba seca sacó todo un tazón lleno de agua del vellón el día siguiente. Gedeón aún no se quedó contento. Se atrevió a poner a prueba a Dios por segunda vez, y pidió que aquella noche el vellón se quedara seco. Y Dios lo hizo así; sólo el vellón quedó seco (Jueces 6:37, 40).

Es extraordinario lo que Dios Todopoderoso hizo con un hombre vacilante, contestando su petición, y haciendo lo que le pedía. Pero al exprimir el vellón, empezó a compararse a sí mismo con la lana mojada:
¡Cuán distinto soy yo de este vellón! Dios promete liberación, pero yo no estoy lleno del Espíritu de Dios. No me parece que ha entrado en mí ningún influjo del poderoso Espíritu de Dios. ¿Soy yo capaz de realizar este gran hecho?» ¡No! Pero es que, no soy *yo*, sino Dios. ¡Oh Dios!, que el vellón se quede seco, ¿puedes todavía obrar? Incluso si no siento en mí ningún poder sobrehumano, ninguna plenitud de bendición espiritual dentro de mí, ¿puedes Tú librar a Israel por mi mano? (No es de extrañar que empezara su petición diciendo: « ¡No se encienda tu ira contra mí! » «Y aquella noche lo hizo Dios así; sólo el vellón quedó seco, y en toda la tierra hubo rocío.» (Ver. 40.) Sí, hay más en la historia de lo que parece a primera vista. ¿Y no es este también nuestro caso? El diablo con frecuencia nos asegura que nuestras oraciones no pueden recibir una respuesta a causa de la «sequedad» de nuestra alma. Las respuestas a la oración, sin embargo, no dependen de nuestros sentimientos, sino de la firmeza y solidez del que promete. Ahora bien, no sugerimos que el método de Gedeón sea a propósito para nosotros, para nuestro normal curso de acción. Parece que Gedeón revela demasiada vacilación en creer la palabra de Dios. De hecho, da la impresión de que está dudando seriamente de Dios. Y sin duda ofende a Dios, cuando le mostramos una fe en Él que es sólo parcial.
El camino más seguro, mejor y más elevado es «pedir sin dudar nada». Pero es muy consolador y tranquilizante saber que Dios permitió a Gedeón que le pusiera a prueba. No es este el único caso mencionado en la Escritura. El caso más sorprendente de «probar a Dios» ocurrió en el Mar de Galilea. San Pedro puso a prueba al Señor mismo: «Si eres Tú, mándame ir a Ti sobre las aguas.» El Salvador ya le había dicho que era Él. El Señor le contesta: Ven», y Pedro se puso a caminar sobre las aguas. (Mateo 14:28, 29). Pero esta «prueba de fe» para Pedro pronto falló. «Poca fe (vers. 31) es algo que pronto se transforma en «duda».
Recordemos que Cristo no le reprende porque va hacia Él, no le dice: « ¿Por qué viniste?», sino que dice: « ¿Por qué dudaste?» El poner a Dios a prueba, después de todo, no es el mejor método. Nos ha dado tantas promesas que dependen de que oremos con fe, y ha demostrado su poder y voluntad de contestar a la oración tan claramente, que deberíamos, como regla, pensarlo mucho antes de pedirle señales o prodigios.
Pero alguien puede pensar, ¿no nos mandó el Señor Dios Todopoderoso mismo, ponerle a prueba? ¿No dijo: «Traed todos los diezmos al alfolí... y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde?» (Malaquías 3: 10).
Sí, es verdad: Dios dice: «Probadme.» Pero somos, en realidad, nosotros mismos que somos probados. Si las ventanas de los cielos no se abren cuando oramos, y si las bendiciones no sobreabundan sobre nosotros, es que no pertenecemos a los que traen el diezmo. Cuando por completo nos hemos entregado a Dios –cuando le hemos traído el diezmo al alfolí por entero- ¡hallaremos tal bendición que no tendremos necesidad de poner a Dios a prueba! Esta es una cosa de la que tendremos que hablar cuando lleguemos al tema de la oración no contestada.
Entretanto queremos que cada cristiano se pregunte: «¿He puesto a prueba imparcialmente la oración?» ¿Cuánto hace que ofrecí una oración definitiva y precisa?
La gente ora pidiendo «bendiciones» sobre un mensaje, una reunión, o una misión; y alguna bendición llegará, porque otros también piden a Dios sobre la misma cosa. Usted pide alivio del dolor o curación de una enfermedad, pero las personas que no creen, y por las cuales no hay que pensar que nadie ore, a veces se recobran también, y algunas

veces en formas que parecen milagrosas. Y uno se siente tentado a pensar que mejor le hubiera sido no haber ofrecido oración alguna. Me parece a mí que hay muchas personas que no pueden indicar de un modo concreto y definido ninguna respuesta a la oración en su propia experiencia. Muchos cristianos no dan a Dios una oportunidad de mostrarles su deleite en concederles sus peticiones, porque sus peticiones son vagas e indefinidas. Si es así, no es sorprendente que la oración sea con frecuencia una mera fórmula, una repetición mecánica, día tras día, de ciertas frases: unos minutos de «ejercicio» mañana y tarde.

Además, hay otro punto. ¿Ha venido a usted alguna vez mientras oraba la convicción de que aquello por lo que oraba le ha sido concedido? Los que conocen algo de la vida privada de los hombres de oración se muestran sorprendidos de la completa certeza que a veces les sobreviene de que sus peticiones han sido concedidas mucho antes de que, lo que buscan, haya pasado a su posesión. Un adalid de la oración decía: « ¡me vino una paz al alma! Estaba seguro que mi petición había sido concedida.» Entonces le dio gracias a Dios por lo que estaba seguro que Dios había hecho por él. Y su certeza se demostró que estaba absolutamente bien fundada. .

Nuestro Señor tuvo siempre esta segundad, y deberíamos recordar que, aunque era Dios, vivía en la tierra como un perfecto Hombre, dependiendo del Santo Espíritu de Dios.

Cuando estaba delante de la tumba abierta de Lázaro, antes de que realmente hiciera levantar, al muerto, dijo: «Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes» (Juan 11:41, 42) ¿Por qué Jesús, dio las gracias? «A causa de la multitud que está alrededor para que crean que tú me has enviado.» Si Cristo mora en nuestros corazones por fe; si el Espíritu Santo está inspirando nuestras peticiones, y si estamos «orando en el Espíritu Santo», ¿no tenemos que saber si el Padre nos «oye»? (Judas 20.) ¿Y no reconocerán también los que están alrededor que nosotros también somos enviados por Dios?

Los hombres y mujeres de oración sufrirán como si estuvieran en agonía ante Dios por algo que saben que está de acuerdo con Su voluntad, como resultado de algunas promesas definidas que encontramos en las páginas de las Escrituras. Algunos es posible que oren durante horas, e incluso días, cuando de repente el Espíritu Santo les revela de un modo indudable que Dios les ha concedido su petición; y están seguros que ya no tienen que enviar más peticiones a Dios sobre este asunto. Es como si Dios les dijera en tonos bien claros: «Tu oración ha sido escuchada, y el deseo de tu corazón ha sido concedido. Esta es la experiencia, no ya de una sola persona, sino de muchos para quienes la oración es la base de su vida, los cuales han testificado en este sentido. Ni es tampoco una experiencia única en sus vidas; les ha ocurrido una y otra vez.

Además, la oración debe dar lugar a la acción. Dios dijo a Moisés: « ¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que marchen» (Éxodo 14: 15).

No nos sorprendamos de ver que el doctor Goforth, misionero en China, tenía con frecuencia la seguridad de que sus peticiones habían sido concedidas. Tenía la seguridad de que el camino estaba abierto. Y ¿por qué tenemos que sorprendernos de esto? El Señor Jesús dijo: «Vosotros sois mis amigos, si hacéis cuanto yo os mando. Yo no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; sino que os he llamado amigos» (Juan 15:14, 15). Si somos sus «amigos ¿qué tiene de sorprendente que Él nos deje conocer algo de sus planes y propósitos?

Aquí tenemos que preguntamos si Dios permite que esta sea la experiencia de algunos pocos santos escogidos, o bien si quiere que todos los creyentes que ejercitan su fe a un alto nivel tengan una seguridad similar de que sus oraciones han sido contestadas.

Sabemos que Dios no hace acepción de personas, y por tanto sabemos que todo verdadero creyente en Él puede participar de sus ideas y su voluntad. Somos sus amigos

si hacemos la cosa que Él nos manda. Una de estas cosas es la «oración». Nuestro Salvador pidió a sus discípulos que «tuvieran fe en Dios» (la traducción literal es «tuvieran la fe de Dios»). Así, pues, declaró, el que diga a un monte: «Sea quitado de ahí, y arrojado al mar; y no dude en su corazón, sino que crea que lo que esta hablando sucede, lo tendrá.» Luego añade esta promesa: «Por eso os digo que todo cuanto rogáis y pedís, creed que lo estáis recibiendo, y lo tendréis»
(Marcos 11: 24). Pues bien, esta es exactamente la experiencia de que estamos hablando. Esto es exactamente lo que hacen los hombres de fe de verdad. Estas cosas son por completo incomprensibles para los no creyentes. Son cosas que dejan perplejos a los creyentes débiles.
Nuestro Señor, sin embargo, desea que los hombres sepan que somos sus discípulos, enviados por El (Juan 17: 18). Ellos lo sabrán si nos amamos unos a otros. Pero se da otra prueba y es ésta: si nosotros sabemos y ellos ven que «Dios nos escucha siempre» (Juan 11: 42).
Algunos recordamos al punto la maravillosa vida de oración de George Müller. En una ocasión, cuando estaba cruzando de Quebec a Liverpool, había orado para que una silla que había encargado a Nueva York llegara a tiempo antes de partir el vapor, y estaba convencido de que Dios le había concedido la petición. Como una media hora antes de que los pasajeros fueran embarcados, los agentes le informaron de que la silla no había llegado, y que no podía llegar a tiempo de partir con el vapor. La esposa de Mr. Müller se mareaba mucho, y consideraba indispensable que ella no viajara sin la silla. Sin embargo, nadie pudo convencer a míster Müller de que comprara otra en una tienda. «Hemos hecho una oración especial al Padre Celestial de que nos proporcionará la silla y confiamos que lo hará.» Esta fue su respuesta. Subió a bordo convencido de que su confianza no podía ser vana. En el mismo momento de entrar los últimos pasajeros en el vapor llegó un vehículo con la silla de Mr. Müller, simplemente les dio las gracias y no olvidó de dárselas también a su Padre Celestial. Para este hombre de Dios esta respuesta a la oración no era nada especial, sino natural. ¿No podemos pensar que Dios permitió que la silla llegara en el último momento para dar una lección a los amigos de Mr. Müller, y a nosotros? No habríamos sabido nunca de este incidente de otro modo.
Dios hace todo lo que puede para inducirnos a la oración y a la confianza, y a pesar de ello, ¡cuán reacios somos a hacerlo! ¡Cuánto perdemos a causa de nuestra falta de fe y de oración! Nadie puede tener comunión real y profunda con Dios si no sabe cómo orar de modo que reciba respuestas a la oración. Si alguien tiene alguna duda acerca de la buena voluntad de Dios, de ser, El mismo, puesto a prueba, debería leer un librito llamado «Sin Vale» (Marshall, Morgan and Scott, Ltd.). Miss Amy Wilson Carmichael nos dice en sus páginas de qué manera puso a prueba a Dios una y otra vez. Uno tiene la impresión, al leer el libro, que no fue casual que lo hiciera. Parece que fue la mano de Dios que la impulsó a ello. Por ejemplo: Para rescatar a una chica hindú de una vida de «vergüenza religiosa» le era necesario pagar la cantidad de 100 rupias. Sus dudas consistían en si era justificado pagar esta gran cantidad cuando con la misma podía dar ayuda a muchas más. Miss Wilson Carmichael decidió que debía orar a Dios para que, si era su voluntad que ella gastara este dinero para esta persona, Dios debía mandarle a ella esta suma exacta, ni más ni menos. La cantidad llegó -cien rupias exactas- en un cheque, y el que se las mandó le explicó que iba a mandar un cheque por otra cantidad determinada -no en números redondos- pero que se vio impelido a hacerlo por cien rupias.
Esto ocurrió hace quince años o más, y desde entonces esta misma misionera ha puesto a Dios a prueba una y otra vez, y nunca le ha fallado. Esto es lo que dice: «Nunca en los quince años ha quedado una factura sin pagar; nunca le hemos dicho a nadie que

teníamos necesidad de nada, pero no nos ha faltado nunca lo que necesitábamos. Una vez, como para enseñarnos lo que se podía hacer si era necesario, nos mandaron 25 libras por telegrama. A veces salía un hombre de entre una muchedumbre en una estación de ferrocarril al despedirnos, y nos ponía en la mano la cantidad de dinero que necesitábamos con urgencia, y el hombre desaparecía entre los demás sin que lo pudiéramos identificar»

¿No es maravilloso? Sí, lo es. ¿Pero qué es, lo que dice San Juan, hablando inspirado por el Espíritu de Dios? «Y esta es la confianza que tenemos ante Él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad Él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquier cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho (lª Juan 5:14, 15). ¿Tenemos esta confianza? Y si no, ¿por qué no?

El calificarlo de maravilloso es mostrar nuestra falta de fe. Lo natural es que Dios conteste la oración: es normal, no extraordinario. El hecho es que –seamos sinceros y francos- muchos de nosotros no creemos bastante en Dios. Es mejor que llamemos las cosas por su nombre. Si amáramos a Dios deberíamos orar, porque Él quiere que oremos; y nos manda que oremos. Si creemos en Dios oraremos porque nos es imposible dejar de hacerlo, no podemos pasar sin hacerlo.

Querido hermano en la fe: usted cree «en» Dios, como sabemos por Juan 3:16, pero, ¿ha progresado usted en su vida cristiana hasta el punto de creer «lo que» dice y «todo» lo que dice? ¿No parece casi una blasfemia el hacer esta pregunta a uno que llamamos cristiano ya de antemano? Pero, el caso es que es verdad, ¿cuántos creyentes hay que crean «Verdaderamente» en El?

¡Dios nos perdone! ¿Se le ha ocurrido alguna vez que ponemos más fe en la palabra de los hombres que en la Palabra de Dios? Y sin embargo, cuando una persona «cree a Dios», ¡que milagros de gracia obra Dios en él y por medio de él! No hay ningún ser humano que haya sido respetado por más pueblos y en diferentes lenguas que aquel de quien se nos dice en el Nuevo Testamento tres veces que «creyó a Dios» (Romanos 4:3; Gálatas 3:6; Santiago 3:23). Sí, «Abraham creyó a Dios y le fue contado a justicia.» Y hoy, los cristianos de todo el mundo compiten entre sí para honrar su nombre. Rogamos a cada creyente en Cristo Jesús que no se dé descanso hasta que pueda decir: «Creo, en Dios, que acontecerá exactamente como se me ha dicho» (Hechos 27:25).

Pero antes de dejar el tema de poner a Dios a prueba, deberíamos indicar que algunas veces Dios nos guía a que le demos oportunidad para «probarnos» algo a nosotros. Algunas veces Dios puso en el corazón de Miss Wilson Carmichael el pedir cosas por las que no veía necesidad. Con todo se veía impulsada por el Espíritu Santo a pedirlas. No sólo le fueron concedidas sino que demostraron ser de gran beneficio. Si Dios sabe las cosas que necesitamos, aunque nosotros no veamos que las necesitamos, o las queramos, y antes que se las pidamos (Mateo 6:8). ¿No ha dicho Dios: «Probadme y os abriré las ventanas de los cielos»? A veces Miss Wilson Carmichael se sentía tentada a dejar saber a otros de alguna necesidad especial. Pero siempre le venía la seguridad interior, como si fuera la misma voz de Dios: «Ya lo sé, y esto basta.» ¡Y naturalmente Dios era glorificado! Durante los días difíciles de la guerra, incluso los paganos acostumbraban decir: «Su Dios los alimenta.» «Lo sabe todo el país», le dijo un pagano un día, «que vuestro Dios oye la oración.»

¡Oh, qué gloria a Dios fue dada por su simple fe!

¿Por qué no creemos a Dios? ¿Por qué no tomamos a Dios su palabra? ¿Dice alguien de nosotros, sean creyentes o incrédulos: «Sabemos que vuestras oraciones son escuchadas»?

¡Ojalá que todo el mundo oyera el deseo de Dios -de nuestro bendito Salvador Jesucristo- que todos tengamos una fe tan fuerte como esta misionera de la que hablamos!
Nuestro Padre amante no quiere que ningún hijo suyo tenga por un momento, ansiedad por una necesidad no satisfecha. No importa lo grande que sea esta necesidad; no importa lo numerosas que sean nuestras necesidades, si sólo le «ponemos a prueba» de la manera que Él nos dice, nunca tendremos espacio en qué acumular lo que Él nos mandará como bendición (Malaquías3: 10).

¡Cuánto dolor innecesario soportamos!
¡Oh, qué paz que nos perderemos!
Todo porque no llevamos
En oración las penas al Señor.

O bien porque, cuando las pasamos, no creemos en la palabra de Dios. ¿Por qué nos es tan difícil confiar en El? ¿Nos ha fallado alguna vez? ¿No nos ha dicho una y otra vez que Él nos concederá las peticiones que procedan de un corazón puro, «en su nombre»? «Orad», «Probadme», «Pedid». La Biblia está llena de respuestas maravillosas a la oración, respuestas milagrosas; y con todo, nuestra fe es la que falla y deshonramos a Dios al no tener confianza en El.

Si nuestra fe fuera más simple
Aceptaríamos lo que dice en su Palabra,
Y podríamos disfrutar en nuestras vidas
Su generosidad que carece de límite.

«Si nuestro ojo es sencillo, es decir si nuestra fe es simple» nuestro cuerpo entero estará lleno de luz (Mateo 6: 22). Cristo debe ser el Dueño y Señor único. No podemos esperar estar libres de ansiedad si intentamos servir a Dios y Mamón (Mateo 6:24, 25). Otra vez tenemos que regresar a la Vida Victoriosa. Cuando presentamos nuestros cuerpos «como sacrificio vivo, santo aceptable a Dios (Romanos 12: 1) cuando presentamos nuestros miembros «Como siervos a la justicia» (Romanos 6: 19), entonces Él nos «llena de toda la plenitud de Dios» (Efesios 3: 19).
Recordemos siempre que la fe real no sólo cree que Dios puede contestar, sino que Dios contesta la oración.
Nosotros podemos ser negligentes en la oración, pero «El Señor no retarda su promesa» (2ª Pedro 3: 9). ¿No es esta una expresión sorprendente?
Hay aún otros casos en que Dios fue puesto a prueba, como el que nos cuenta un misionero de Dohnavur. Se trataba de si se debía comprar un Hogar de Descanso en unas colinas cercanas. ¿Estaba bien hacerlo o era un error? La decisión final fue dejada a Dios. Se hizo mucha oración. Finalmente se decidió que si era la voluntad de Dios de que se comprara la casa, se recibiría la cantidad de 100 libras esterlinas. Esta cantidad llegó al poco. Todavía había dudas. Dos meses más tarde pidieron a Dios que les diera la misma señal de aprobación para la compra. El mismo día se recibió otro cheque de 100 libras esterlinas. Incluso entonces dudaban todavía de si debían hacer la compra. Aquel mismo día recibieron otro cheque por 100 libras esterlinas con la indicación de que debía ser para comprar la casa. ¿No nos inunda el corazón de gozo al darnos cuenta de la bondad de nuestro Salvador? Es San Lucas, el médico, que nos dice que Dios «es bondadoso» (Lucas 6:35). El amor siempre es «bondadoso» (1ª Corintios 13: 4); y Dios es amor. Pensemos en esto al orar. Nuestro Dios es «bondadoso». Nos ayuda cuando

suplicamos algo. Tiene paciencia con nosotros cuando nuestra fe vacila. « ¡Cuán preciosa, oh, Dios, es tu misericordia! » (Salmo 36: 7); «Mejor es tu misericordia que la vida» *(Salmo* 63:3).
El peligro consiste que leemos acerca de esta fe simple en la oración y decimos: « ¡Qué maravilloso!», y olvidamos que Dios desea que todos tengamos esta fe y esta fuerza en la oración. ¡Dios no hace acepción de personas! Quiere que todos oremos. Permite que ocurran cosas como las que hemos descrito antes, y las deja llegar a nuestros oídos, no para dejarnos atónitos, sino para estimularnos. Uno desea a veces que los cristianos olvidaran todas las reglas hechas por los hombres y que rodean la oración. Seamos sencillos. Seamos naturales. Tomemos la palabra a Dios según Él la dice.
Recordemos que «la benignidad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres», se ha manifestado (Tito 3:4). Dios a veces dirige al hombre en la vida de oración. A veces, sin embargo, tiene que acompañarnos de la mano y forzarnos.
Al mirar hacia atrás en nuestra vida, relativamente pobre en oración, ¡qué emoción nos embarga al considerar la benignidad y paciencia de Cristo! (2 .3 Tesalonicenses 3:5). ¿Dónde estaríamos ahora si no fuera por ellas? Le fallamos, pero, ¡bendito sea su nombre! Él no nos falla a nosotros, nunca nos ha fallado y nunca lo hará. Dudamos de El, desconfiamos de su amor y de su providencia y guía: «desmayamos en el camino» murmuramos a causa del camino; sin embargo El sigue bendiciéndonos y espera derramar sus bendiciones sobre nosotros, tantas que no habrá lugar para contenerlas.
La promesa del Señor todavía es válida: «Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo.» (Juan 14: 13.)

La oración cambia las cosas
mas nosotros
somos ciegos, somos sordos;
no lo vemos ni lo oímos.
¡Qué bendición tan grande es la de aquéllos
que confían en Ti!
¡y en lo que Tú dices!

¡Dios quiera que en adelante creamos simplemente en El!



5

¿Qué es la Oración?

Mr. Moody estaba hablando a un grupo de niños en Edimburgo y para captar su atención les hizo la pregunta: « ¿Qué es la oración?», sin esperar respuesta, pues es lo que él quería explicarles.

Sin embargo, se quedó asombrado, pues docenas de manecitas se levantaron por toda la sala, dispuestas a aceptar el «reto». No tuvo más remedio que indicar a uno para que diera la respuesta; y la respuesta llegó; tersa y transparente: «La oración es ofrecer nuestros deseos a Dios, respecto a las cosas que son conforme a su voluntad, en el nombre de Jesús, confesando nuestros pecados y en reconocimiento agradecido por su misericordia.» Moody no podía creer lo que estaba oyendo. Se quedó maravillado y no pudo por menos que comentar: «Da gracias a Dios, hijo, de que naciste en Escocia.» Pero esto fue hace casi cien años. ¿Cuántos niños ingleses, escoceses o norteamericanos podrían dar esta clase de definición de la oración? Piense usted por un momento y decida qué clase de respuesta daría usted.

¿Qué queremos decir con la palabra oración? Creo que la mayoría de los creyentes contestaría: «La oración es pedir cosas a Dios.» Pero, sin duda la oración es mucho más

que meramente «procurar» que Dios vaya haciendo cosas por nosotros», como alguien dijo. Es algo distinto también del caso de un pobre que llama a la puerta de un rico.

La palabra «oración» significa en realidad «deseo dirigido hacia», es decir, hacia Dios. Toda oración verdadera busca a Dios, porque es de Dios que obtenemos todo lo que necesitamos. La oración es simplemente «el alma volviéndose a Dios». David describe la oración como el elevarse el alma hacia el Dios viviente. «A ti oh Jehová, levantaré mi alma» (Salmo 25: 1). ¡Qué maravillosa descripción de lo que es la oración! Cuando deseamos que el Señor Jesús mire a nuestras almas, también deseamos que la belleza de la santidad se halle en nosotros. Cuándo elevamos nuestras almas a Dios en oración, esto da a Dios la oportunidad de hacer su voluntad en nosotros y con nosotros. Es ponernos a la disposición de Dios. Dios está siempre a nuestro lado, pero nosotros no siempre estamos en el suyo. Cuando el hombre ora da una oportunidad a Dios. El poeta dijo:

La oración es del alma el sincero deseo,
expresado o inexpresado,
el movimiento de un fuego escondido
que está ardiendo en el pecho
y lo hace temblar.

«La oración», dijo un antiguo místico judío, «es el momento en que se besan el cielo y la tierra »

La oración es, pues, ciertamente, no el persuadir a Dios de que haga lo que queremos de Él. No es doblar la voluntad de un Dios renuente a hacer la nuestra. No cambia los planes de Dios, si bien puede dar curso a su poder. «No debemos concebir la oración como algo que vence la resistencia divina, sino que se aferra a activar su complacencia», dijo el arzobispo Trench.

Porque el propósito de Dios es siempre para nuestro mayor bien. Incluso la oración ofrecida en la ignorancia y en la ceguera no puede desviarle de ello, aunque, cuando nosotros oramos de un modo persistente por algo que redundará en nuestro perjuicio, nuestra insistencia puede conseguirlo, y luego tenemos que sufrir las consecuencias. «Y Él les dio lo que le pidieron, mas envió mortandad sobre ellos» (Salmo 106: 15). Ellos se acarrearon este mal. La súplica concedida resultó en su propio mal.

La oración, en la mente de algunos, es sólo para los casos de urgencia. El peligro amenaza, la enfermedad se ha presentado, lo necesario escasea, se levantan dificultades... ¡éste es el momento de orar! Como dice el refrán: «nos acordamos de orar sólo cuando nos hallamos en medio de la tempestad y es inminente el naufragio». Al parecer, sólo los truenos y los relámpagos, y el mar bravío son un buen estimulante para la oración de algunos.

La oración, sin embargo, es mucho más que pedir a Dios cosas, aunque esto es también parte de la oración, aunque sólo sea porque nos recuerda nuestra total dependencia de Dios. Es también comunión con Dios- relación íntima con El- hablar con El, no sólo a El. Hemos de conocer a la gente para hablar con ellos. Lo mismo ocurre con Dios. El mayor resultado de la oración no es el que seamos librados de algo malo, o que consigamos la cosa deseada, sino el conocimiento más íntimo de Dios. «Y esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero y a Jesucristo, a quien has enviado» (Juan 17:3). Sí, la oración nos descubre más de Dios, y este es el descubrimiento más importante para el alma. Los hombres todavía claman « ¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios! Yo iría hasta su tribunal» (Job 23: 3).

El cristiano de rodillas siempre «encuentra» a Dios y es encontrado por El. La visión celestial del Señor Jesús cegó los ojos de Saulo de Tarso en su camino desastroso hacia Damasco, pero nos dice, él mismo, más tarde, que cuando estaba orando en el templo de Jerusalén cayó en un trance y vio a Jesús: «Y le vi... » (Hechos 22: 18). Fue entonces que Cristo le dio su gran comisión de ir a los gentiles. La visión es siempre el precursor de la vocación y la empresa. Lo mismo ocurrió con Isaías: «Vi al Señor sentado sobre un trono alto y sublime (Isaías 6: 1). El profeta estaba evidentemente en el santuario orando cuando esto ocurrió. Esta visión fue también un llamamiento a servir: «Ve... »

Ahora bien, no podemos tener una visión de Dios a menos que estemos orando. Y cuando no hay visión el alma perece.

¡Una visión de Dios! El Hermano Lorenzo dijo una vez: «La oración no es nada más que un sentimiento de la presencia de Dios», y esto es, precisamente, la práctica de la presencia de Dios.

Un amigo de Horace Bushnell estaba presente un día cuando este hombre de Dios oraba. Le llenó un sentimiento maravilloso de la cercanía de Dios. Dijo: «Cuando Horace Bushnell tenía el rostro hundido entre las manos y oraba, yo tenía miedo de alargar la mano en la oscuridad, no fuera que tocara a Dios.»

¿Era el Salmista consciente de un pensamiento semejante cuando dijo: «Mi alma reposa solamente en Dios»? (Salmo 62:5) Creo que gran parte de nuestro fracaso en la oración es debido al hecho de que no hemos considerado bien esta pregunta: « ¿Qué es la oración?» Es bueno ser consciente de que estamos siempre en la presencia de Dios. Es mejor contemplarle en adoración. Pero lo mejor de todo es estar en comunión con El como un Amigo, esto es en oración.

La oración verdadera en su punto más alto revela a un alma que está sedienta de Dios y sólo de Dios. La oración verdadera viene de aquellos labios cuyo anhelo está puesto en las cosas de arriba. ¡Qué gran hombre de oración fue Zinzendorf! ¿Por qué? Porque buscaba al dador en vez de los dones. Dijo: «Tengo una sola pasión: El, y nada más que El.» Incluso Los mahometanos parecen expresar este pensamiento. Dicen que hay tres grados de oración. El inferior es el que se expresa con los labios. El segundo ocurre cuando concentramos nuestros pensamientos en las cosas divinas. El tercero ocurre cuando el alma encuentra difícil separarse de Dios. Naturalmente, sabemos que Dios nos manda que le «pidamos» a El. Todos le obedecemos hasta este punto, y, sin duda, no podemos dudar que esto le agrada y nos proporciona para todas las necesidades.

Pero sería un hijo especial el que sólo buscara la presencia de su padre cuando deseara obtener algún regalo del mismo. Y ¿no procuramos todos levantarnos a un grado más alto de oración que la mera petición?

¿Cómo debe hacerse? Me parece a mí que son necesarios sólo dos pasos, o podríamos decir dos pensamientos. Debe haber, primero, una comprensión de la gloria de Dios, y luego, de la gracia de Dios. A veces cantamos;

Hay gracia y hay gloria que manan de Ti
Permite Señor que me alcance a mí.

Este deseo no es extraño, aunque algunos quizá se pregunten qué tiene que ver la gloria de Dios con la oración.

Pero deberíamos recordarnos a nosotros mismos a quién es que estamos orando. Hay lógica en el verso:

No olvidemos que nos presentamos
a un monarca,
Nunca agotaremos, por más que pidamos,

Los tesoros de su arca.

¿Cree alguien que es posible pasar demasiado tiempo ponderando y aun maravillándose sobre la alta y grande gloria de Dios? Y ¿hay alguien que crea poder haber comprendido el significado completo de la palabra «gracia»? Nuestras oraciones son a veces ineficaces e impotentes; y aún a veces, no son ni oración, porque corremos al hacerlas sin pensar lo que decimos y sin preparación, sin tener en cuenta que estamos en la presencia de Dios, y sin considerar las insondables riquezas de su gloria en Jesucristo, de las cuales esperamos recibir algo. Debemos pensar en «la magnificencia de Dios».
Podemos, pues, sugerir que antes de presentar nuestras peticiones a Dios, primero meditemos en su gloria y luego en su gracia -porque nos ofrece las dos-. Debemos elevar nuestra alma a Dios. Presentémonos a la presencia de Dios y dirijamos nuestra oración al Rey de reyes y Señor de Señores, quien es el «Único que posee inmortalidad, que habita en luz inaccesible, a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el dominio sempiterno» (1ª Timoteo 6: 16). Démosle adoración y alabanza a causa de su gloria inmarcesible. No basta con la consagración. Hemos de adorarle también. «Santo, Santo, Santo, es Jehová de los ejércitos», exclamaban los serafines, «toda la tierra está llena de su gloria» (Isaías 6: 3). «Gloria a Dios en las alturas», clamaban, «toda la multitud de los ejércitos celestiales» (Lucas 2: 14). A pesar de ello, muchos tratamos de entrar en comunión con Dios sin pensar «en quitarnos los zapatos de los pies» (Éxodo 3:5).
Hay muchos labios que claman: «Señor ten misericordia.» Pero que nunca se acuerdan de decir: «Alabado sea Dios.»

¡Venid adoremos!
Venid adoremos
¡Venid adoremos a Cristo el Señor!

Y podemos acercarnos a su gloria osadamente. ¿No oró el Señor para que los discípulos pudieran contemplar su gloria? (Juan 27: 24). ¿Por qué? y ¿por qué está toda la tierra llena de su gloria? El telescopio revela la infinita gloria de Dios. El microscopio revela la inenarrable gloria de Dios. Incluso el ojo a simple vista contempla esta gloria incomparable en el paisaje, el mar, el cielo. ¿Qué significa todo esto? Estas cosas no son sino una revelación parcial de la gloria de Dios.
No fue un deseo de ostentación que llevó a nuestro Señor a orar: «Padre glorifica a tu Hijo... glorifícame Tú» (Juan 17:1, 4). Nuestro Señor quiere que comprendamos el poder ilimitado y la infinita bondad de Dios, para que nos podamos acercar a El con fe y confianza.
Anunciando la venida de Cristo el profeta declaró que «se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente le verá» (Isaías 40: 5). Debemos, pues, conseguir una breve mirada, aunque sea, de la gloria de Dios para poder orar bien. Por esto el Señor dijo: «Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos (el reino de la gloria), santificado sea tu nombre» No hay nada comparable a una mirada a la gloria de Dios para desvanecer todo miedo y duda. Algunas almas devotas no necesitan esta ayuda. Se nos dice que Francisco de Asís frecuentemente pasaba una hora o dos en oración en la cumbre del Monte Averno, durante las cuales sólo se escapaba de sus labios la palabra «Dios» de vez en cuando. Empezaba con la adoración... y frecuentemente terminaba con ella.
Pero la mayoría necesitamos ayuda para comprender la gloria del Dios invisible antes de que podamos alabarle y adorarle de modo adecuado. William Law dijo: «Cuando

empieces a orar, usa expresiones de atributos de Dios tales que te hagan sentir su grandeza y poder.»

Esto es de gran importancia, hasta el punto que creo que vale la pena ayudar al lector con algunos ejemplos. Algunos empiezan el día dando una mirada hacia lo alto y diciendo: «Gloria sea al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo» La oración « ¡Oh Señor santo, oh Señor todopoderoso, oh santo y misericordioso Salvador! », es a veces suficiente para causarnos una actitud de reverencia y un espíritu de adoración en el alma. El «Gloria in Excelsis» del Servicio de Comunión es altamente elevador: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz... te alabamos, te bendecimos, te glorificamos, oh Señor Dios, Rey celestial, Dios y Padre Omnipotente.» ¿Quién puede rendir alabanza así desde el corazón sin sentirse conmovido y consciente de la misma presencia y maravillosa majestad del Señor Dios Todopoderoso? Una estrofa de un himno puede servir para este propósito:

¡Santo, santo, santo! Señor omnipotente,
Siempre el labio mío loores te dará.
¡Santo, santo, santo! Te adoro reverente
Dios en tres Personas, bendita Trinidad.

O bien:

¡Santo, santo, santo! Por mas que estés velado
con sombras, y el hombre no te pueda mirar,
Santo tú eres solo, y nada hay a tu lado
en poder perfecto, pureza y caridad.

Tenemos que exclamar, y hacerlo con frecuencia: «Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu ha saltado de gozo en Dios mi Salvador» (Lucas 1:46, 47). Podemos captar el espíritu del Salmista al cantar: «Bendice alma mía a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre » (Salmo 103: 1). Cuando aprenderemos que «En su templo todo proclama su gloria» (Salmo 29:9). Proclamemos nosotros también: ¡Gloria!

Esta adoración a Dios y esta alabanza y acción de gracias, no sólo nos pone en el espíritu de oración, sino que de alguna manera misteriosa “ayuda” a Dios a obrar en nuestro favor. No olvidemos las maravillosas palabras: «El que ofrece sacrificios de alabanza, me glorifica; y al que ordene su camino, le mostraré la salvación de Dios» (Salmo 50: 23). La alabanza y la acción de gracias no sólo abren las puertas del cielo para que pueda acercarme a Dios, sino que «preparan el camino» para que Dios me bendiga. San Pablo dice: « ¡Gozaos en el Señor siempre!», antes de decir: «Orad sin cesar.»

Así que, nuestra alabanza, lo mismo que nuestras oraciones, no deben cesar nunca.

Al resucitar a Lázaro, las primeras palabras de la oración de Jesús fueron de acción de gracias: «Padre, gracias te doy por haberme oído» (Juan 11:41). Lo dijo por los que estaban alrededor. Sí, y para que lo oyéramos nosotros también.

Es posible que se pregunte por qué es que debemos dar gracias especialmente a Dios por su gloria cuando nos arrodillamos en oración; y porqué debemos pasar tiempo pensando y contemplando esta gloria. Pero, ¿no es Él Rey de gloria? Todo lo que es, es gloria, y todo lo que hace es glorioso. Su santidad es gloriosa (Éxodo 15:11). Su nombre es glorioso (Deuteronomio 28: 58). Su obra es gloriosa (Salmo 111: 3). Su poder es glorioso (Colosenses 1: 11). Su voz es gloriosa (Isaías 30: 30).

Todas las cosas hermosas
Las criaturas maravillosas
Todas las cosas pequeñas y grandes

sabias y buenas
sin faltar una
Las hizo El.

Y las hizo para su gloria.
«Porque de El, y por El, y para El, son todas las cosas. A Él sea la gloria por los siglos. Amén» (Romanos 11:36). Y este es el Dios que nos manda que nos acerquemos a El en oración. Este Dios es nuestro Dios y tiene «dones para los hombres» (Salmo 68: 18). Dios dice: «todos los llamados de mi nombre; a los que para gloria mía he creado, los formé y los hice» (Isaías 43: 7). Su iglesia ha de ser «gloriosa, que no tenga mancha ni arruga ni cosa semejante» (Efesios S: 27). Se ha dado cuenta de que Jesucristo desea que compartamos con Él su gloria. Este es un gran don para usted y para mí, los que somos redimidos. Créame, cuanta más gloria de Dios compartamos, menos dones le pediremos. Hay gloria para nosotros no sólo «cuando venga para ser glorificado en aquel día en sus santos» (2ª Tesalonicenses1:10), sino ya hoy mismo. El desea que compartamos su gloria. ¿No dijo esto mismo el Señor Jesús: «Y yo les he dado la gloria que me diste», en Juan 17:22? ¿Qué es lo que nos manda Dios? «Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha amanecido sobre ti.» Y más aún que esto: «Más, sobre ti amanecerá Jehová, y sobre ti será vista su gloria» (Isaías 60: 1, 2).
Dios quisiera que los demás dijeran de nosotros como Pedro dijo de los discípulos de su tiempo: «porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros » (1ª Pedro 4: 14). ¿No sería ésta una respuesta a la mayor parte de nuestras oraciones? ¿Podríamos pedir algo mejor? ¿Cómo podríamos conseguir esta gloria? ¿Cómo podríamos reflejarla? Sólo como resultado de la oración. Es cuando oramos que el Espíritu Santo toma las cosas de Cristo y nos las revela (Juan 16: 15).
Fue cuando Moisés oró: «Muéstrame, te ruego, tu gloria» que, no sólo vio algo de ella, sino que compartió algo de esta gloria, porque su propio rostro resplandecía con la luz de la misma (Éxodo 33:18; 34:29). Y cuando nosotros contemplemos «la gloria de Dios en la faz de Jesucristo». (2ª Corintios 4: 6), veremos no sólo algo de esta gloria, sino que conseguiremos también algo nosotros mismos.
Ahora bien, esto es la oración, y los altos resultados de la oración. Y no hay otra manera de asegurarnos de esta gloria, a menos que Dios pueda ser glorificado en nosotros (Isaías 40:21).
Meditemos con frecuencia en la gloria de Cristo, contemplémosla y así la reflejaremos y la recibiremos. Esto es lo que ocurrió a los primeros discípulos del Señor. Dijeron con asombro « ¡Contemplamos su gloria!» Sí, pero ¿qué vino después? Unos pocos pescadores humildes, analfabetos y oscuros, fueron unos meses con Jesús, viendo su gloria; y he aquí que ellos también recibieron algo de ella. Y cuando los otros se maravillaban, «notaron que habían estado con Jesús» (Hechos 4: 13). Y cuando podamos declarar «nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo» (1ª Juan 1:3), la gente dirá de nosotros lo mismo: «Han estado con Jesús».
Al elevar nuestra alma al Dios vivo en oración, obtenemos la belleza de la santidad lo mismo que la flor se embellece si es acariciada por el sol. ¿No fue transfigurado nuestro mismo Señor mientras oraba? Y la misma expresión de nuestro rostro cambiará, y tendremos nuestro Monte de la Transfiguración cuando la oración ocupe el lugar apropiado en nuestras vidas. Y los hombres verán en nuestro rostro «el signo visible y externo de una gracia interior espiritual». Nuestro valor ante Dios y ante el hombre está en proporción exacta a la extensión en que revelamos la gloria de Dios en otros.
Hemos dedicado mucho tiempo a la gloria de Dios a quien oramos y ahora debemos ya hablar de su gracia.

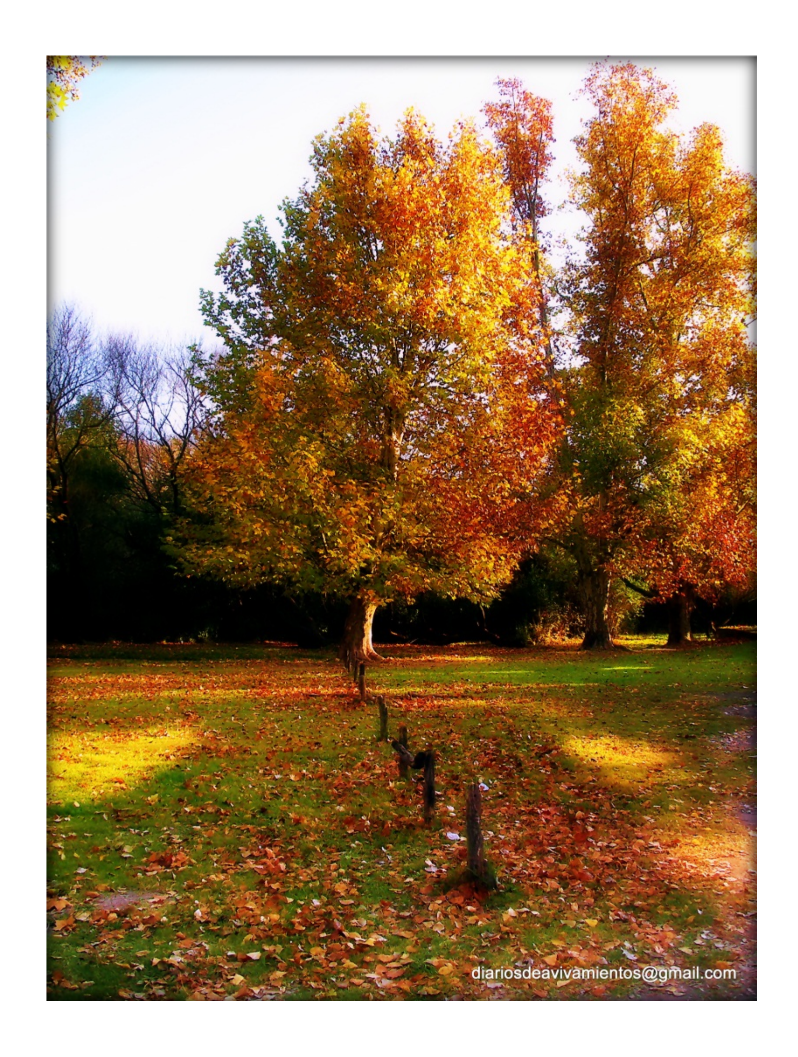
¿Qué es la oración? Es una señal de la vida espiritual. Me extrañaría menos ver que un muerto dé señales de vida, que ver a un alma que no ora dar señales de vida espiritual. Nuestra espiritualidad y nuestro fruto están siempre en proporción a la autenticidad de nuestras oraciones. Si, pues, nos hemos alejado del hogar en materia de oración, hoy vamos a tomar la resolución: "Me levantaré e iré a mi Padre, y le diré Padre…"

Como escribí anteriormente, el secreto del fracaso es que vemos a los hombres en lugar de ver a Dios. El catolicismo tembló cuando Martín Lutero vio a Dios. El "Gran Despertar" surgió cuando Jonathan Edwards vio a Dios. El mundo entero se convirtió en la parroquia de un hombre cuando John Wesley vio a Dios. Multitudes se salvaron cuando George Whitefield vio a Dios. Miles de huérfanos fueron alimentados cuando George Müller vio a Dios. Y Él es "el mismo, hoy, ayer y siempre"

¿No es hora de que tengamos una nueva visión de Dios? De Dios en toda su Gloria. ¿Quién puede decir lo que sucederá cuando la Iglesia vea a Dios? Pero no espere por los demás, busque con un corazón limpio el obtener esta visión de la gloria de Dios.

Bienaventurados los de limpio corazón porque ellos verán a Dios (Mateo 5:8). El Doctor Wilbur Chapman escribió a un amigo: "He aprendido algunas grandes lecciones con relación a la oración, en una de nuestras misiones en Inglaterra nuestras audiencias eran muy pequeñas. Sin embargo recibí una nota diciendo que un misionero norteamericano iba a orar para que Dios bendijera nuestro trabajo, se le conoce como Hyde "el que ora", casi al instante la marea fue activada. La sala estaba a rebosar, en mi primera invitación cincuenta hombres recibieron al Señor como su Salvador. Cuando salíamos le dije Mr. Hyde quiero que ore por mí. El vino a mi habitación, cerró la puerta y se dejó caer sobre sus rodillas, esperó como unos cinco minutos sin que una sola sílaba saliese de sus labios, yo podía sentir mi propio corazón latiendo y mi pulso en varios sitios. Noté que de los ojos, me iban cayendo por la cara lágrimas ardientes. Luego, Mr. Hyde, con la cara vuelta al cielo, dijo: « ¡Oh, Dios!» Luego, durante cinco minutos más, no dijo nada; y luego, cuando supo que estaba hablando con Dios... salieron del fondo de su corazón peticiones para los hombres como yo no había oído nunca. Me levanté sabiendo lo que era realmente orar. Sé que la oración es poderosa y lo creo como nunca lo había creído antes» El doctor Chapman acostumbraba decir: «Fue un período de oración con John Hyde que me hizo comprender lo que la oración era realmente. Le debo a él más de lo que debo a ningún otro hombre por haberme mostrado lo que es la vida de oración y consagración... Jesucristo pasó a ser un nuevo ideal para mí, y pude dar una mirada a lo que debió ser Su vida de oración; desde entonces he tenido el anhelo de ser un verdadero hombre de oración, anhelo que dura hasta el día de hoy». Y Dios Espíritu Santo puede por tanto enseñarnos:

Todos aquellos cuya vida es lánguida
y lamentan su falta de poder
Es porque han tenido que escuchar de Cristo:
¿Ni una hora velar no pudisteis?
Para dar fruto y tener bendición
En nuestra vida y en nuestro trabajo,
No es posible pasar por un atajo:
El camino real es la oración.



6

¿COMO DEBEMOS ORAR?

¿Cómo debemos orar? No hay una pregunta más importante entre las que puede hacer un cristiano. ¿Cómo debo acercarme al Rey de gloria? Cuando leemos las promesas de Cristo respecto a la oración es fácil pensar que Él puso demasiado poder en nuestras manos, a menos que, precipitadamente, lleguemos a la conclusión que es imposible que actúe consecutivamente a sus promesas. Él dice que pidamos: «todo», «Cualquier cosa», «lo que queráis», y os será hecho.

Pero luego pone una frase que condiciona la anterior. Dice que debemos pedirlo en su nombre. Esta es una condición, y la única, sin embargo, como debemos recordarnos y lo haremos luego, que se presenta a veces con diferentes palabras.

Si pedimos y no recibimos, puede ser sólo porque no hemos cumplido esta condición. Si somos verdaderos discípulos suyos - si somos sinceros- debemos esforzarnos (con extraordinario interés) en descubrir lo que significa pedir en su nombre; y no descansaremos hasta que hayamos cumplido esta condición. Leamos la promesa otra vez para estar seguros de ella: «Y cualquier cosa que pidáis al Padre en mi nombre, la haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré». (Juan 14:13,14).

Esto era algo completamente nuevo, porque, como el mismo Señor Jesús dijo: «Hasta ahora, nada habéis pedido en mi nombre, pedid y recibiréis, para que vuestro gozo esté completo» (Juan 16:24).

Cinco veces más repite el Señor esta simple condición: «En mi nombre» (Juan 14: 13,14; 15: 16; 16: 23, 24,26). Es evidente que esto ha de ser de importancia.

Es más que una condición, es también una promesa, un estímulo, porque lo que el Señor manda es algo que es posible. ¿Qué hay pues en este «pedir en su nombre?» Lo hemos de saber a toda costa, porque en ello se halla el secreto de todo el poder en la oración. Y es posible hacer un uso equivocado de estas palabras. El Señor dijo: «Muchos vendrán en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo y engañarán a muchos». (Mateo 24:5). Podría muy bien haber dicho: «Y muchos pensarán que están rogando al Padre en mi nombre, y se engañarán». ¿Significa, pues, simplemente añadir las palabras: «Y todo esto lo pedimos en el nombre de Jesucristo» Al final de nuestras oraciones? Para muchas personas, al parecer, es esto. Pero, ¿no ha oído alguna vez -o ha ofrecido- oraciones llenas de egoísmo que han terminado «por amor de Jesús. Amén»?

Dios no podía contestar las oraciones que Santiago refiere en su epístola por el hecho que las ofrecían «en el nombre de Jesús». Estos cristianos pedían mal (Santiago 4: 3). ¡Una oración equivocada no puede hacerse recta añadiendo alguna frase mística! Y la oración recta no deja de serlo porque se omiten algunas palabras. ¡No! Es algo más que una cuestión de palabras. Nuestro Señor está pensando en fe y en hechos más que en palabras o fórmulas. El objeto principal de la oración es glorificar al Señor Jesús. Hemos de pedir en el nombre de Cristo «para que el Padre sea glorificado en el Hijo» (Juan 14: 13). O sea, no hemos de ir en busca de riquezas o salud, prosperidad o éxito, facilidad y comodidad, espiritualidad o fecundidad en el servicio simplemente para nuestro propio placer, o aumento, o popularidad, sino por amor de Cristo, para su gloria. Vamos a dar unos pasos para ver si avanzamos en el conocimiento de estas palabras tan importantes «en mi nombre».

1. Hay un sentido en que algunas cosas son hechas solo por «amor de Cristo» a causa de su muerte expiatoria. Los que no han creído en la muerte expiatoria de Cristo no pueden rogar en «su nombre». Pueden usar las palabras, pero no tienen efecto. Porque somos «justificados por su sangre» (Romanos 5: 9), Y «tenemos redención por su sangre, y el perdón de los pecados» (Efesios 1: 7; Colosenses 1: 14). En estos días en que el unitarismo bajo el nuevo nombre de modernismo ha invadido todas las denominaciones, es de la mayor importancia recordar el lugar y obra de la sangre de Cristo derramada. De no hacerlo, la oración -así llamada- pasa a ser decepción y trampa.

Vamos a ilustrar este punto con una experiencia que ocurrió al principio del ministerio de Mr. Moody. La esposa de un juez no creyente -un hombre de grandes dotes intelectuales- pidió a Mr. Moody (entonces un simple dependiente en Chicago) que hablara con su marido. Moody, sin embargo, tenía sus dudas sobre si podía discutir con el esposo de la señora. Finalmente, fue a verle, y le dijo claramente que no quería discutir con él, «pero», le pidió, «si usted se convierte, ¿me promete que me lo hará saber?» El juez se puso a reír y contestó con ironía: «Oh, sí, no se preocupe. Si me convierto se lo haré saber inmediatamente». Moody no dijo nada más, confiando en la

oración. Y el juez se convirtió antes de un año. Cumplió su promesa y le contó a Moody cómo había ocurrido. «Un día empecé a sentirme incómodo y desgraciado, cuando mi esposa había ido a una reunión de oración. Me fui a la cama antes de que regresara. No pude dormir aquella noche. La mañana siguiente le dije a mi esposa que no necesitaba desayuno y que me iba a la oficina. Les dije a los escribientes que se podían tomar un día de fiesta, y me encerré en mi habitación privada. Me sentí cada vez peor. Finalmente caí de rodillas y le pedí a Dios que me perdonara mis pecados, pero no quería decir en el "nombre de Jesús", porque era unitario y no creía en la expiación. En agonía mental seguí repitiendo "¡Oh, Dios, perdona mis pecados!", pero no había respuesta. Al fin, desesperado, grité: "Oh, Dios, perdona mis pecados en el nombre de Cristo". Entonces, obtuve la paz al instante.»
El juez no tuvo acceso a la presencia de Dios hasta que pidió ser admitido en el nombre de Jesucristo. Cuando fue en el nombre de Jesús fue escuchado y perdonado. Sí, orar en «el nombre de Jesús» «es pedir por la sangre de Cristo» y los méritos «comprados» por ella. Nos atrevemos a entrar «en el lugar Santo por la sangre de Jesucristo» (Hebreos 10: 19). No hay otra entrada posible.
2. Pero, esto no es todo lo que hay en las palabras «en su nombre». La ilustración más familiar con respecto a presentarnos en el «nombre de Cristo» es la de sacar dinero de un banco. Y o puedo sacar dinero de mi cuenta corriente de un banco solo si tengo depositado dinero en ella. Para hacerlo en mi nombre ésta es una condición indispensable. Yo no tengo dinero en el Banco de Inglaterra: en mi nombre no puedo sacar un centavo. Pero, supongamos una persona rica que tiene una cuenta corriente en este banco, y mucho dinero depositado en ella. Me da un cheque que lleva su firma, y me dice que ponga una cantidad y la vaya a cobrar. Este hombre es mi amigo. Yo supongo que quiere ayudarme. ¿Qué cantidad voy a escribir: lo que necesito, o, con el cheque en mi poder, voy a poner una cantidad enorme? ¿Voy a hacer algo que ofenda a mi amigo o abuse de su confianza? Sigamos con la ilustración. Se nos dice que el cielo es nuestro banco y Dios nuestro banquero, porque «toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba desciende del Padre» (Santiago 1: 17). Necesitamos un «cheque» para sacar dinero de este depósito sin límites. El Señor Jesús nos da un cheque en blanco con la oración: «Llenadlo», nos dice, «poniendo la cantidad vosotros mismos; pedid «lo que sea», «lo que queráis», y lo tendréis. Presentad el cheque a mi Padre en mi nombre y vuestra petición será honrada». Voy a ponerlo en las palabras de un evangelista de hoy. «Esto es lo que sucede cuando voy al banco del cielo, cuando voy a Dios en oración. Yo no tengo nada depositado allí; no tengo crédito alguno; si voy "en mi nombre" no obtendré nada. Pero Jesucristo tiene un crédito ilimitado en el cielo, y me ha concedido el privilegio de ir en su nombre, o sea con un cheque firmado suyo; y cuando voy en estas condiciones, mis oraciones serán contestadas, por cualquier cantidad que sea. El orar, pues, en el nombre de Cristo, no es pedir a cuenta de mi crédito, sino a cuenta del suyo.» Todo esto suena magnífico, y en un sentido lo es, y es verdadero.
Veamos de explicarlo mejor. Si los cheques fueran a nombre del gobierno o de una gran compañía, alguien desconocido y rico, uno podría sentirse tentado a poner una buena cantidad. Pero, recordemos que vamos a un Padre amante al cual se lo debemos todo, y a quien amamos de todo corazón, a quien podemos acudir innumerables veces. Al presentar cheques en el banco del cielo lo que queremos principalmente es su honor y gloria. Deseamos hacer todo lo que es agradable a su vista. El querer cobrar cierto tipo de cheques «nuestros» cheques -la respuesta a algunas oraciones- traería sin duda deshonra a su nombre, descrédito y aflicción para nosotros. Aunque sus recursos son inagotables, su honra puede ser ofendida. No puede haber respuesta.

Pero, la experiencia hace innecesarios todos los argumentos y ejemplos. Querido lector, ¿no hemos todos -sin excepción- intentado a veces pedir cosas en la que hemos tenido un fracaso?

¿Cuántos hemos vuelto del banco del cielo sin haber obtenido lo que queríamos, aunque lo pedíamos al parecer, en el «nombre de Cristo»? ¡Todos! ¿Porque hemos fallado? Fue porque no buscábamos saber la voluntad de Dios para nosotros. Hemos de procurar no exceder su voluntad.

¿Puedo contar una experiencia personal que no ha sido nunca contada en público y que creo que es probablemente única? Me ocurrió hace unos treinta años. Es una ilustración espléndida de lo que estamos tratando de aprender sobre la oración. Un amigo en buena posición económica, y muy ocupado, deseaba darme una libra esterlina, para un cierto objetivo. Me invitó a su oficina y con prisa escribió un cheque por la cantidad. Dobló el cheque y me lo entregó diciendo: «Tome. Puede ir a cobrarlo». Al llegar al banco lo entregue al cajero (después de firmarlo), sin ni siquiera mirar el importe. El que me miró a mí fue el cajero: «Esta cantidad es muy importante para entregarla al contado», inquirió en tono seco. «Oh, sí», le respondí, riendo: «Una libra esterlina». «No, no», me contestó: « ¡Mil libras esterlinas!» Volví a tomar el cheque. Era verdad. Mi amigo, Sin duda acostumbrado a escribir cheques importantes, había escrito una cantidad por otra. ¿Qué iba a hacer? Desde el punto de vista legal el cheque era mío. Todo estaba correcto. Podía exigir las mil libras esterlinas. Pero el cheque no reflejaba la intención del dador, el cual, yo sabía que quería darme una libra. Se trataba de mi amigo, un amigo generoso, según me había demostrado en otras ocasiones. Sabía lo que él quería, sus deseos, su voluntad. Y ésta era una libra, nada más. Le devolví el cheque al amigo y recibí otro por valor de una libra. Si el cheque que me había dado hubiera sido en blanco, yo habría escrito también una libra, porque yo sabía que él quería que escribiera una libra.

No creo que sea necesario sacar moralejas. Dios tiene su voluntad para cada uno de nosotros y a menos que procuremos conocer su voluntad es posible que escribamos mil en vez de una, que es la cantidad que Él sabe es mejor para nosotros.

En nuestras oraciones nos acercamos a un Amigo, a un Padre amante. Se lo debemos todo a El. Él nos manda que acudamos a El siempre que necesitemos algo. Sus recursos son infinitos. Pero Él nos manda que recordemos que debemos pedir sólo las cosas que sean de acuerdo con su voluntad, es decir, aquellas cosas que dan gloria y honor a su nombre. Juan dice: «Si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad Él nos oye» (1ª Juan 5: 14). De modo que nuestro Amigo nos da un cheque en blanco, y nos lo deja llenar con «lo que sea», pero sabe que si de veras le amamos nunca escribiremos -nunca pediremos- las cosas que Él no nos quiere dar, porque serían perjudiciales para nosotros.

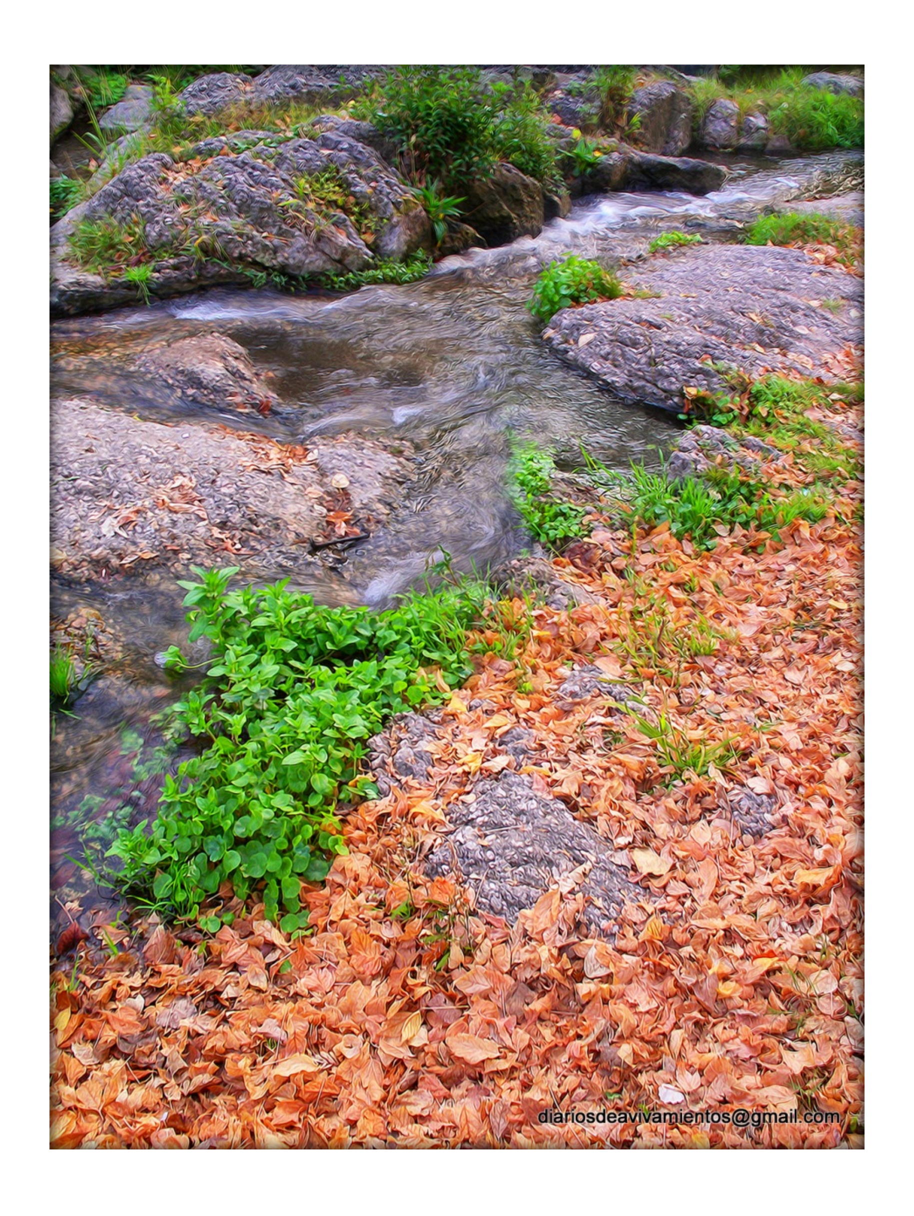
Quizá para algunos la falta que cometemos es en la dirección opuesta. Dios nos da un cheque en blanco y nos dice que pidamos diez libras, y nosotros pedimos una. ¿No se sentiría nuestro Amigo ofendido si le tratáramos de esta manera? ¿Pedimos bastante? ¿Nos atrevemos a pedir «conforme a las riquezas de su gloria?» El punto que tratamos de elaborar, sin embargo, es este: no podemos estar seguros que oramos «en su nombre» a menos que sepamos su voluntad para nosotros.

3. Pero incluso con esto no hemos agotado todos los significados de las palabras «en mi nombre». Todos sabemos lo que es pedir algo «en nombre» de otro. Pero no permitimos que nadie use nuestro nombre que no sea bien conocido, porque podría abusar nuestra confianza y causar descrédito a nuestro nombre. Giezi, el criado de Eliseo, en quien él tenía confianza, usó el nombre de Eliseo de modo fraudulento para correr detrás de

Naaman y en nombre de Elíseo obtener presentes del sirio pero lo que consiguió es que s e le pegara la lepra por su pecado.
Un empleado de confianza usa el nombre de su patrón para manejar grandes sumas, como si fueran suyas. Pero, esto ocurre en tanto que se le considera digno de confianza. Y usa el dinero para su patrón, no para él mismo. Todo nuestro dinero pertenece a nuestro Maestro Jesucristo. Podemos ir a Dios a buscar recursos en su nombre si los usamos para su gloria.
Cuando voy a cobrar un cheque escrito a mi nombre, el banquero exige sólo que la firma del depositario sea auténtica, y que yo sea la persona autorizada para recibir el dinero. No pide datos respecto a mi persona. No exige que yo de referencias de mi carácter ni procura averiguar si voy a usar el dinero debidamente. Pero, esto no es igual con respecto a la banca del cielo, y éste es un punto de gran importancia. No conviene apresurarse al leer lo que se dice sobre este punto. Cuando voy al banco del cielo en nombre de Jesucristo con un cheque a cobrar a cuenta de las inagotables riquezas de Cristo, Dios exige que yo sea un cobrador digno. No digno en el sentido de que tenga méritos o tenga algún derecho a recibir algo del Dios santo, sino digno en el sentido que estoy buscando el don no para mi gloria o interés persona1 sino para la gloria de Dios. De lo contrario es posible que pida, pero no obtenga nada: «Pedís y no recibís, porque pedís mal, para gastarlo en vuestros deleites (Santiago 4:3).
El gran Banquero del cielo no paga cheques si nuestros motivos no son rectos. Es por esto que muchos fallan en la oración. El «nombre de» Cristo es la revelación de Su persona. Orar en «su nombre» es orar como un representante enviado por El: es orar por su Espíritu y según su voluntad, es tener su aprobación en lo que pedimos; buscar lo que El busca, pedir ayuda para hacer lo que Él quiere que hagamos, y buscar no la nuestra sino su gloria. Para orar «en su nombre» debemos tener identidad de intereses y de propósito. El yo y sus intereses deben estar enteramente controlados por el Espíritu
Santo de Dios, de modo que nuestra voluntad esté en completa armonía con la voluntad de Cristo. Debemos llegar a la actitud de San Agustín, cuando exclamó: «Oh Señor; concédeme que pueda hacer tu voluntad como si fuera la mía, de modo que Tú puedas hacer mi voluntad como si fuera la tuya».
Es posible que alguien crea que esto es hacer la oración «en su nombre» inalcanzable para nosotros. No era ésta la intención del Señor. Él no se burla de nosotros. Hablando del Espíritu Santo, nuestro Señor usó estas palabras: «El Consolador... a quien el Padre enviará en mi nombre». (Juan 14:26.) Ahora bien, nuestro Salvador quiere que nosotros seamos controlados por el Espíritu Santo para que podamos actuar en el nombre de Cristo. «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios» (Romanos 8: 14.) Y sólo los hijos pueden decir «Padre nuestro».
Nuestro Señor dijo acerca de Saulo de Tarso a Ananías: «Ve, porque instrumento escogido me es éste para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel» (Hechos 9: 15). No «a» los gentiles, sino «en presencia de» los gentiles. Así que Pablo dice: «Agradó a Dios revelar a su Hijo "en" mí». No podemos orar en el nombre de Cristo a menos que llevemos este nombre en presencia de la gente. Y esto no es posible hasta tanto que «moramos en» El y sus palabras moran en nosotros. De modo que llegamos a esto: a menos que el corazón esté bien, la oración está mal.
Cristo dijo: «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis y os será hecho». (Juan 15: 7)
Estas tres promesas son realmente idénticas: expresan el mismo pensamiento con diferentes palabras. Veámoslo: ·
«Si pedís algo en mi nombre, yo lo haré.» (Juan 14,14.)

«Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis, y os será hecho» (Juan 15: 7.)
«Si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad Él nos oye.» (1ª Juan 5: 14.)
Podríamos resumirlo con las palabras de Juan: «Y lo que pedimos, lo recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de Él» (1ª Juan 3,22.) Cuando hacemos lo que él nos dice, El hace lo que le pedimos.
De esta manera Dios nos da «poderes» sobre su reino, el reino del cielo, si cumplimos la condición de permanecer en El.
¡Qué maravilloso es esto! ¡Con cuánta diligencia deberíamos procurar conocer y hacer su voluntad! ¡Cuán asombroso que alguien, por amor a sí mismo, se pierda estas riquezas incalculables! Sabemos que la voluntad de Dios es lo mejor para nosotros. Sabemos que El desea bendecimos y hacer de nosotros una bendición.
Sabemos que el seguir nuestras propias inclinaciones es perjudicial sin la menor duda para nosotros mismos y aquellos a quienes amamos. Sabemos que el apartarse de su voluntad es para nosotros jugar con la catástrofe. ¿Por qué no confiamos en El plenamente, por completo? Aquí estamos, pues, una vez más frente a frente de la santidad de vida. Vemos con absoluta claridad que la llamada a la oración de nuestro Salvador es una llamada a la santidad. « ¡Sed santos!», porque sin santidad nadie puede ver a Dios, ni conseguir que sus oraciones tengan eficacia.
Cuando confesamos que «nunca tenemos respuesta a nuestras oraciones», no estamos acusando a Dios, o sus promesas, o el poder de la oración, sino a nosotros mismos. No hay mayor prueba de la espiritualidad del individuo que su oración. El hombre que intenta orar, pronto descubre en qué clase de relación está con Dios.
A menos que vivamos la Vida Victoriosa, no podemos orar verdaderamente «en el nombre» de Cristo, y nuestra vida de oración tiene que ser, por necesidad, débil, esporádica e infructuosa.
Y «en su nombre» debe ir «de acuerdo con su voluntad ». Pero, ¿podemos conocer su voluntad? Sin duda, podemos. San Pablo no sólo dice: «Haya, pues, entre vosotros los mismos sentimientos que hubo también en Cristo Jesús» (Filipenses 2:5); también declara: «Mas nosotros tenemos la mente de Cristo» (2ª Corintios 2: 16). ¿Cómo, pues, podemos llegar a conocer la voluntad de Dios? Recordemos que «El secreto de Jehová es para los que le temen y a ellos hará conocer su pacto (Salmo 25: 14).
En primer lugar, no debemos esperar que Dios nos revele su voluntad a menos que nosotros deseemos hacerla e intentemos hacerla. El conocimiento de la voluntad de Dios y la ejecución de la misma irán juntas.
Somos propensos a tratar de averiguar la voluntad de Dios a fin de poder decidir si hemos de obedecerla o no. Esta actitud es desastrosa. «El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios» (Juan 7,17)
La voluntad de Dios se revela en su Palabra, en las Sagradas Escrituras. Lo que promete en su Palabra, sabemos que está de acuerdo con su voluntad. Por ejemplo, puedo pedir sabiduría confiadamente, porque en su Palabra dice: «Si alguno... carece de sabiduría, pídala a Dios... y le será dada» (Santiago1: 5) No podemos orar de modo que nuestra oración prevalezca a menos que estudiemos la Palabra de Dios, para encontrar cuál es su voluntad para con nosotros.
Pero, es el Espíritu Santo de Dios el que es el gran ayudador en la oración. Leamos estas palabras de San Pablo: «Y de igual manera, también el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues, qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por los santos» (Romanos 8:26,27)
¡Qué palabras tan consoladoras! La ignorancia y la impotencia en la oración pueden resultar en realidad en bendición si dan como resultado final que venga a nosotros el

Santo Espíritu. ¡Bendito sea el nombre del Señor Jesús! No tenemos la menor excusa. Hemos de orar y podemos orar.
Recordemos que nuestro Padre celestial ha prometido que daría el Santo Espíritu a los que se lo pidieran (Lucas 11:13), o cualquier otra cosa buena también (Mateo 7: 11).
Hermano en la fe, sin duda usted ha orado con frecuencia. Ha tenido dudas, se ha quejado de su debilidad y negligencia en la oración. Pero, ¿ha orado realmente en su nombre?
Es cuando hemos fracasado y no sabemos «qué oraciones ofrecer» o «de qué manera», que el Santo Espíritu está dispuesto a venir a ayudarnos. ¿No vale la pena haberse entregado a Cristo por completo y de todo corazón? Los cristianos mitad y mitad no son muy útiles ni para el mundo ni para Dios. Dios no puede usarlos; el hombre no tiene interés en ellos, los considera hipócritas. Un pecado consentido en la vida echa a perder por sí solo nuestra eficiencia y nuestro gozo y nos roba el poder de la oración.
Amados, hemos tenido una renovada visión de la Gracia y de la gloria de nuestro Señor Jesucristo. El desea y espera dejarnos participar de su gloria y de su gracia. Quiere que seamos medios de bendición. ¿No adoraremos a Dios con sinceridad y verdad, y clamaremos con ansia?: « ¿Señor, qué haremos? » (Hechos 22: 10). Luego, con el poder que él nos dará, lo haremos.
San Pablo una vez mandó esta oración al cielo: « ¿Qué haré? » ¿Cuál fue la respuesta que recibió? Nos dice, en el consejo que da a los creyentes, lo que significó la respuesta para él, y lo que debería significar para nosotros: «Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia...; y sobre todas estas cosas, vestíos de amor que es el vínculo perfecto, y la paz de Dios gobierne vuestros corazones... La palabra de Cristo habite abundantemente en vosotros. Y todo lo que hagáis, de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él». (Colosenses 3: 12-17.)
Sólo cuando todo lo que hagamos lo hagamos en su nombre, nos concederá Él todo lo que pidamos en su nombre.



7

¿ES NECESARIO ORAR «AGONIZANDO»?

La oración se mide no por el tiempo, sino por la intensidad. Las almas celosas que leen de creyentes como Hyde “el que ora”, se preguntan con ansiedad: « ¿Es así que debo orar?» Oyen de algunos que permanecen de rodillas delante de Dios a veces todo el día o toda la noche, y rehúsan alimentos y desprecian él sueño, mientras oran, más y más. Y al oírlo se preguntan, como es natural: « ¿Es así que hemos de orar? ¿Debemos todos seguir su ejemplo?» Hemos de recordar que estos hombres de oración no oraban midiendo la oración por el tiempo. Continuaban orando porque no podían parar de hacerlo. Algunos han indicado que en lo que he dicho en los capítulos anteriores he sugerido que sí, que debemos seguir sus huellas. Hermano, no se deje llevar por esta idea -este temor-. Basta con que usted haga lo que Él quiere que haga, lo que Él le guíe a hacer.

Piense sobre ello, ore sobre ello. Jesús nos manda que oremos a nuestro Padre Celestial. Es un Padre de amor. Y ¡qué amor tan profundo! Nadie puede medir la profundidad de este amor. No se nos da la oración como una carga a sobrellevar, o un deber penoso que cumplir, sino como un gozo y un poder a disfrutar, del cual no hay límite.
Se nos da el que «nos acerquemos confiadamente al trono de la Gracia, para alcanzar misericordia, para el oportuno socorro». (Hebreos 4: 16.) Y cada momento es un momento de necesidad en que estamos pidiendo socorro. «Orad» es una invitación a aceptar, no una orden a obedecer. ¿Es una orden para el niño el acercarse a su padre, cuando él se lo dice, para recibir un regalo? ¡Hasta qué punto un padre ama a su hijo y procura su bienestar! ¡Cómo le protege de pena, aflicción o dolor! Nuestro Padre celestial nos ama infinitamente más que nuestro padre terrenal. Jesús nos ama infinitamente más que ningún amigo terrenal. Dios me perdone si algunas palabras mías en este precioso tema de la oración, han herido las conciencias de algunos que anhelan saber más acerca de ella. «Vuestro Padre celestial sabe... » dijo Jesús: y nosotros sabemos que si «Él sabe» nosotros podemos confiar y no tener miedo.
Un maestro puede regañar a un alumno por descuido en el trabajo, asistencia tardía, o ausencias en la clase; pero nuestro padre, en casa, sabe la causa de la ofensa. Él sabe, que esta ancianita está enferma, y no puede hacer más; sabe que esta mujer está atareada con mil cosas en el hogar, y no puede hacer más.
Nuestro Padre sabe las circunstancias de todos. Lo ve todo, sabe cuán poco tiempo libre nos dejan las obligaciones estrictas, y por tanto que los períodos de oración no pueden ser muy prolongados. A algunos Dios nos da tiempo libre. Nos «hace descansar» (Salmo 23,2) para que miremos hacia arriba.
Incluso entonces, las flaquezas del cuerpo pueden impedir la oración prolongada. Con todo me pregunto, si algunos, aun teniendo algunas veces excusas razonables y satisfactorias, pasamos bastante tiempo en nuestras oraciones. Algunos oramos bastante tiempo, porque nuestro trabajo mismo lo requiere. Puede que se nos considere como líderes espirituales, puede que tengamos a nuestro cargo el bienestar o el aprendizaje espiritual de otros. Dios no permita que pequemos contra El por dejar de orar por ellos. (1ª Samuel 12,23.) Sí, en algunos casos se trata de algo que nos corresponde hacer: es casi nuestro trabajo en la vida: ¡orar!
Otros hay que:

Pasan en la vida angustias sin número,
pues por sus amigos no tienen consuelo,
Que escuchar no quieren, ni buscar ayuda,
en el gran Amigo, ¡no acuden al cielo!

Estos no pueden por menos que orar por sus amigos. Si tenemos la carga de las almas sobre nuestras espaldas y nuestro corazón no podemos entretenernos a preguntar: « ¿Cuánto tiempo debo orar?».
Pero sabemos bien las dificultades de que esta rodeada la vida de oración de algunos. Por ejemplo: hay un montón de cartas que debo contestar sobre la mesa de mi despacho. Todas están llenas de comentarios, o de protestas sensatas, o de razonamientos, es verdad, mostrando cuán difícil les es orar. ¿Es por excusarse y autojustificarse que fueron escritas? ¡Oh, no! De ninguna manera. En todas se ve el anhelo de conocer la voluntad de Dios, para obedecer la llamada a la oración, en medio de las continuas exigencias de la vida.
Estas cartas hablan de las dificultades de algunos que no pueden substraerse de los otros para dedicar tiempo a la oración privada; de aquellos que comparten incluso el dormitorio; de madres ocupadas, sirvientas, y señoras, todas ellas ocupadas sin cesar

lavando, cocinando remendando y limpiando, comprando o visitando; de obreros cansados que están agotados cuando ha terminado el día de trabajo. Nuestro Padre celestial sabe todo esto. No es un superintendente quisquilloso que lo quiere todo perfecto: es nuestro Padre. Si no tiene tiempo, quizá, para la oración, o no tiene oportunidad para orar en secreto por que no se lo dice así, simplemente, y... al hacerlo: ¡se encontrara que está orando!

A aquellos que parece que no pueden encontrar un momento de quietud a solas, ni aun de acudir a una iglesia solitaria para unos momentos de oración podríamos recordarles la maravillosa vida de oración de San Pablo. ¿Se le ha ocurrido alguna vez que estaba en la prisión cuando escribió algunas de las oraciones más maravillosas que poseemos? Imagínese el cuadro. Pablo estaba encadenado a un soldado romano, noche y día, y no estaba solo ni un momento. Epafras estaba allí parte del tiempo, y captó algo de la pasión de Pablo por la oración. San Lucas estaba probablemente allí. ¡Qué reuniones de oración! ¿No había oportunidad para la oración en secreto? ¡No!, pero, ¡cuánto debemos a aquellas manos esposadas que se esforzaban por elevarse! Usted y yo es posible que raramente estemos a solas, pero por lo menos, tenemos las manos libres. Nuestros corazones están libres y nuestros labios también.

¿Debemos asignar tiempo para la oración? Puedo equivocarme, pero yo no creo que sea la voluntad de Dios que pasemos tanto tiempo en la oración que cause perjuicio a nuestra salud física o nos prive del alimento y el sueño. En todo caso no es la voluntad de Dios que esto ocurra a la inmensa mayoría de nosotros. En realidad, para muchos sería imposible físicamente a causa de su debilidad física el permanecer largo tiempo en espíritu de intensa oración.

La posición en que oramos no tiene ninguna importancia. Dios nos escucha cuando estamos arrodillados, sentados, de pie, andando o trabajando.

Ya sé que hay muchos que han dado testimonio del hecho que Dios da a veces fuerza especial a aquellos que limitan sus horas de descanso a fin de orar más. Pero, una vez traté de levantarme cada mañana muy temprano para la oración y la comunión con Dios. Después de un tiempo encontré que mi trabajo diario se resentía en eficiencia y en concentración, y que me era difícil mantenerme despierto a últimas horas de la tarde. Ahora bien, ¿oramos tanto como deberíamos? Es una lástima para mí que dejara pasar los días de juventud y vigor de mi vida sin dar la importancia que tienen a estas horas tempranas de oración. El mandato inspirado es bien claro: «Orad sin cesar» (1ª Tesalonicenses 5: 1-7). Nuestro Señor dijo: «...es necesario orar siempre y no desmayar» (Lucas18: 1).

Esto, naturalmente, no significa que nos debemos pasar el día de rodillas. Estoy convencido que Dios no quiere que dejemos de hacer el trabajo justificado con miras a orar. Pero, es verdad, también, que podemos trabajar mejor y hacer más trabajo si dedicamos menos tiempo al trabajo y más a la oración.

Trabajemos bien. «En lo que requiere diligencia, no perezosos» (Romanos 12: 11). San Pablo dice: «Que os esforcéis afanosamente... a ocuparos en vuestros propios asuntos, y trabajar con vuestras manos de la manera que os hemos mandado, a fin de que os conduzcáis honradamente con los de afuera y no tengáis necesidad de nada (lª Tesalonicenses 11: 12). «Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma (2ª Tesalonicenses 3: 10).

Pero, hay un gran número de oportunidades durante el día para «levantar las manos» -o por lo menos el corazón- en oración a nuestro padre. ¿Aprovechamos la oportunidad, cuando abrimos los ojos a cada día nuevo, de alabar y bendecir a nuestro Redentor?

Cada día es Pascua para el cristiano. Podemos orar al vestirnos. Incluso se puede recurrir a recordatorios: Ponga una pizquita de papel al borde del espejo con las palabras

«Orad sin cesar». Pruébelo. Puede orar yendo de un deber y obligación a otro. Podemos orar durante el trabajo. Al lavarnos, al escribir, al zurcir calcetines, al fregar cazuelas. Planchar y lavar quedará mucho mejor si aprovechamos el tiempo para orar cuando lo hacemos. «Entre los pucheros anda Dios», decía Teresa de Jesús.
¿No trabajan mejor los niños, o juegan mejor, si hay alguien cerca que los ama y los contempla? ¿No le será de ayuda el recordar que el Señor Jesús nos está contemplando siempre? Y nos ayuda. El mismo darnos cuenta de que su ojo está sobre nosotros nos hará presentes su poder dentro de nosotros. Yo creo que es esto lo que San Pablo estaba pensando, y no en sesiones fijas de oración, cuando decía: «El Señor está cerca.» «Por nada os inquietéis, sino que sean presentadas vuestras peticiones en todo delante de Dios mediante oración y ruego con acción de gracias» (Filipenses 4: 5-6). ¿No nos sugiere este «en todo» que, cualquier cosa que nos suceda, en cada momento, deberíamos hacer «aquello», ocasión de orar y alabar al Señor que está cerca? ¿Por qué tenemos que limitar este «estar cerca» a la segunda venida? ¡Qué bienaventurado es pensar: la oración es estar cerca de Dios! Cuando Jesús envió a sus discípulos a la obra, les dijo: «He aquí estoy con vosotros siempre»
Sir Thomas Browne, el célebre médico, había captado este espíritu. Prometió «orar en todos aquellos lugares suficientemente quietos para hacerlo; en una casa, en la carretera o en la calle; y saber que no hay ninguna calle en la ciudad que no sea testigo de que no he olvidado a Dios mi Salvador en ella; y que no hay ciudad o parroquia que no pueda decir lo mismo. Hacer una oportunidad para orar la vista de cada iglesia, cuando paso delante. Orar diariamente y de modo particular por los pacientes enfermos que están bajo mi cuidado. Y a la entrada de cada casa en que hay un enfermo decid: "La paz y la misericordia de Dios sea sobre esta casa." Después de oír un sermón, presentad una oración pidiendo bendición, y orad por el pastor.»
Pero tengo dudas sobre si esta comunión habitual con el Señor es posible a menos que dediquemos períodos, largos o cortos, de un modo específico a la oración. Y ¿qué diremos de estas sesiones de oración? Hemos dicho antes que la oración es algo tan simple como el que un niño pida algo a su padre. No habría necesidad de añadir nada a este comentario, de no ser por la existencia del Maligno.
No hay la menor duda que el diablo se opone a que nos acerquemos a Dios en oración, y hace todo lo posible para evitar la oración de fe. La manera principal en que nos estorba es tratando de llenar nuestra mente con ideas sobre nuestras necesidades, de modo que no la tengamos ocupada pensando en Dios, en nuestro amante Padre, a quien oramos. Quiere que pensemos más en los dones, que en el dador. El Espíritu Santo nos guía a orar por un hermano. Llegamos hasta decir: « ¡Oh Dios!, bendice a mi hermano», y dejamos que nuestros pensamientos den vueltas sobre el hermano, sus asuntos, sus dificultades, sus esperanzas y temores... ¡y allá va la oración!
¡Cuánto se esfuerza el diablo para que no podamos concentrar nuestros pensamientos sobre Dios! Es por esto que tratamos de conseguir que la gente tenga una idea de la gloria y del poder de Dios, de su presencia, antes de ofrecer alguna petición. Si no hubiera diablo no habría dificultades en la oración, pero el diablo tiene como principal objetivo el hacer la oración imposible. Es por esto que nos es difícil estar de acuerdo con lo que algunos que dicen que hay «vanas habladurías» y «demasiadas repeticiones» en la oración, citando las mismas palabras de Jesús en el sermón del monte.
Una persona prominente en la Iglesia, en Londres, dijo recientemente: «Dios no quiere que le hagamos perder el tiempo, ni que lo perdamos nosotros en oraciones largas. Quiere que vayamos al grano en nuestros negocios con El, y le digamos claro y breve lo que queremos, y esto es todo» Pero, este amigo considera que la oración es simplemente para hacerle saber a Dios lo que necesitamos. Si esto es todo, en realidad no habría

necesidad alguna de orar. «Porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo», dijo nuestro Señor, cuando animaba a los discípulos a orar.
Nos damos perfecta cuenta que Cristo mismo condenó algunas «Oraciones largas» (Mateo 23: 14). Pero, eran largas porque eran para «hacerse ver», para «ostentación» (Lucas 20: 4 7). Quisiera dejar claro a todos los que oran, que el Señor condenaría del mismo modo muchas de las «oraciones largas» que se hacen en nuestras reuniones, oraciones que ahogan el espíritu de la reunión, y que terminan expresando el deseo de que Dios oiga los «débiles impulsos» y las «palabras sin valor», según el autor de las mismas, lo cual, por desgracia, da en lo cierto.
Pero, el Señor no condena las oraciones largas cuando son sinceras. No olvidemos que el mismo Señor pasó a veces la noche entera orando. Se nos dan detalles de una de estas noches, pero no sabemos cuán frecuentes eran (Lucas 6: 12). A veces se levantaba «antes de que fuera de día» y se iba a un lugar solitario para orar (Marcos 1:35). El Hombre perfecto pasaba más tiempo en oración que nosotros. Parece un hecho indudable que en el caso de todos los santos de Dios, en todas las edades, las noches de oración a Dios han sido seguidas de días de poder con los hombres.
Ni tampoco se excusó de la oración el mismo Señor como nosotros, en nuestra ignorancia, podríamos pensar que haría a causa de las llamadas continuas que se le hacían para el servicio y las oportunidades incontables para ser útil. Después de un día ocupadísimo, cuando su popularidad estaba en el apogeo, cuando todos buscaban su compañía y su consejo, dio media vuelta y se retiró al monte a orar (Mateo 16:23).
En un punto se nos dice que «grandes multitudes se reunían para escucharle y ser sanadas de sus enfermedades», e inmediatamente se añade: «El por su parte, se retiraba con frecuencia a los lugares apartados para orar» (Lucas 5: 15-16). ¿Por qué? Porque sabía que la oración era mucho más poderosa que el «servicio».
Decimos que estamos demasiado ocupados para orar. Pero ¡cuánto más ocupado estaba el Señor, más oraba! A veces, no tenía «tiempo para probar bocado» (Marcos 3: 20); y a veces no tenía tiempo para descansar o comer (Marcos 6:31). Con todo siempre ponía tiempo aparte para la oración. Si le era necesario orar con frecuencia y a veces largas horas de oración, ¿puede sernos menos necesario para nosotros?
No escribo para persuadir a los otros a que estén de acuerdo conmigo: esto no tiene mucha importancia. Lo único que queremos saber es la verdad. Spurgeon dijo una vez: «No tenemos necesidad de andarnos por las ramas, y no decirle al Señor Jesús claramente qué es lo que esperamos recibir de sus manos. Ni tampoco es apropiado hacer un esfuerzo para usar lenguaje refinado; sino pidamos a Dios, de una manera simple y directa, lo que necesitemos... yo creo en las oraciones que van al grano. Quiero decir oraciones en las cuales uno presenta al Señor una de sus promesas que hallamos en su Palabra, y espera que El la cumpla, de la misma manera que esperamos el dinero que nos van a dar en el banco cuando vamos a cobrar un cheque. No se nos ocurriría ir allí e ir charlando con los empleados de cualquier cosa, sino que vamos estrictamente al asunto, y cuando tenemos el dinero nos marchamos; pero eso sí, hay que entregar el cheque firmado, decir cómo queremos el dinero y contarlo. Con esto ya nos podemos ir. Esta es una ilustración del método cómo debemos sacar dinero del banco.» ¡Espléndido! ¡Pero...! No hay duda que hemos de ir al grano; y retorcerle el pescuezo a la elocuencia... ¡si es que la tenemos! Sin duda hemos de evitar la cháchara innecesaria e ir con fe, esperando recibir. Pero, no podemos olvidar, como se dijo antes, que no se trata de solo Dios y nosotros en la oración. Que a nuestro lado hay alguien más que tiene mucho interés en nuestros tratos con Dios. En el ejemplo del banco tiene interés en la transacción. De manera que a nuestro lado hay un sujeto de mala catadura, armado, conocido por el personal del banco como un criminal, que espera aprovecharse de un

momento de descuido mío para hacerse con mi dinero. No es de extrañar que el empleado del banco antes de decidirse a entregarme el dinero a veces se demore, esperando un momento propicio, o que el facineroso no esté a la vista.
Esta descripción no es producto de la fantasía. La Biblia nos enseña que, de una manera u otra, el diablo puede estorbar nuestras oraciones y demorar la respuesta. ¿No nos instiga Pedro a que evitemos ciertas cosas para que nuestras «Oraciones no sean estorbadas»? (1ª Pedro 3:7) Nuestras oraciones pueden ser estorbadas. «...viene el Maligno y arrebata lo que fue sembrado en su corazón.» (Mateo 13: 19.)
La Escritura nos da un ejemplo –probablemente uno entre muchos posibles- en que el diablo literalmente retuvo -demoró- durante tres semanas la respuesta a una oración. Sólo mencionamos esto para mostrar la necesidad de la oración repetida, la persistencia en la oración y para llamar la atención al extraordinario poder que posee Satanás. Se trata de Daniel 10:12,13: «Daniel, no temas; porque desde el primer día en que aplicaste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido. Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero he aquí que Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme y quede allí con los reyes de Persia.»
No debemos pasar por alto esta oposición satánica y el estorbo a nuestras oraciones. Si estuviéramos contentos con pedir a Dios sólo una vez lo que tiene prometido o lo que consideramos necesario, estos capítulos no habrían sido escritos. ¿No vamos a pedir otra vez? Por ejemplo, sé que Dios no quiere la muerte del pecador. Así que le pedí osadamente.: «Señor, salva a mi amigo». ¿No voy a pedirle ya ni una vez más que lo salve? George Müller oró diariamente -a veces con más frecuencia- por un amigo durante sesenta años.
Pero qué luz arroja la Biblia sobre las «oraciones al grano». El Señor nos contó dos parábolas que hablan de la persistencia y continuidad en la oración. El hombre que pidió tres panes a su amigo a media noche y recibió lo que solicitaba a causa de importunidad (persistencia). (Lucas 11: 8). La viuda que «molestó» al juez injusto con sus continuas visitas, hasta que finalmente el juez decidió «poner las cosas en orden». Nuestro Señor añade: « ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos que claman a El de día y de noche, Y está esperando con paciencia en cuanto a ellas?» (Lucas 18:7)
¡Cuánta satisfacción causó al Señor la pobre mujer sirofenisia que no aceptó las negativas o los desaires como respuesta! A causa de su insistencia Jesús dijo: «Oh mujer, grande es tu fe: hágase contigo como quieres.» (Mateo 15: 8.) Nuestro Señor en su agonía en Getsemaní consideró necesario repetir su oración «Y dejándolos se fue de nuevo, y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras.» (Mateo 26:44.) Y encontramos a San Pablo, el apóstol de la oración, pidiendo a Dios una y otra vez que le quite una espina en la carne: «respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor que lo quite de mí» (2ª Corintios 12:8).
Dios no nos puede conceder nuestras peticiones inmediatamente. Algunas veces no estamos preparados para recibir el don. Algunas veces dice que «No» a fin de darnos algo mejor. Pensemos en los días que San Pedro estaba en la cárcel. Si algún ser querido suyo estuviera injustamente encarcelado, esperando sentencia, ¿se contentaría usted con rogar una vez por su liberación? ¿No trataría de remover cielo y tierra para conseguir justicia? ¿No insistiría si la primera vez no consiguiera lo que desea? Esta es la situación en que la iglesia se hallaba y obraba con respecto a Pedro. «La Iglesia hacía ferviente oración a Dios por el.» (Hechos 12:5.) Los estudiosos de la Biblia han notado que hay otras versiones que dicen «Sin cesar» El doctor Torrey indica que ni una versión ni la otra dan la plena fuerza del original griego, qué significa: «en tensión, en intenso deseo» Esta palabra vuelve a ser usada cuando Jesús ora en Getsemaní: «Y

estando en agonía oraba más intensamente y era su sudor como grandes gotas de sangre engrumecidas que caían sobre la tierra» (Lucas 22:44.)
Sin duda, esto era fervor. ¿Qué decimos de nuestras oraciones? ¿Somos llamados a agonizar en oración? Muchos de los santos de Dios dicen « ¡No! » Creen que este agonizar por nuestra parte significara falta de fe. Sin embargo, muchas de las experiencias que ocurrieron al Señor han de ser nuestras. Hemos sido crucificados con Cristo y hemos sido levantados con Cristo. ¿No debemos agonizar por las almas?
Volviendo a la experiencia humana. ¿Podemos dejar de agonizar en oración por hijos queridos que viven en el pecado? Yo dudo si algún creyente puede dejar de tener esta carga en su corazón -una pasión por las almas- y un agonizar en oración.
¿Podemos dejar de gritar, como John Knox, «Oh, Señor dame Escocia o muero»? Aquí otra vez la Biblia nos ayuda. Vemos claro que cuando Moisés clamaba a Dios: «Te ruego, pues este pueblo ha cometido un gran pecado, porque se hicieron dioses de oro, que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora tu libro que has escrito», estaba agonizando.
¿No estaba también agonizando en oración San Pablo cuando dice: «Porque desearía yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne?» (Romanos 9:3.)
Podemos estar seguros de que nuestro Señor, que lloró sobre Jerusalén y que «ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas» (Hebreos 5:7). No se extrañará si nosotros derramamos lágrimas sobre los perdidos. ¿No se gozará, más bien, si ve que agonizamos sobre el pecado de ellos que le ofende? De hecho, la escasez de conversiones en la vida de algunos ministros es debida a la falta de agonizar en oración.
Se nos dice que «en cuanto Sion estuvo de parto, dio a luz sus hijos» (Isaías 66: 8). San Pablo estaba probablemente pensando en este pasaje cuando escribió a los Gálatas: «Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros» (Gálatas 4: 19.) ¿Y no será esto verdad de los hijos espirituales? Cuán fríos son nuestros corazones. Cuan poco nos preocupamos de los perdidos. ¿Y nos atrevemos a criticar a aquellos que agonizan por los que perecen? Dios no lo permita. ¡No! Hay lugar para luchar en oración, no porque Dios no quiera contestar nuestras oraciones, sino a causa de la oposición de los «dominadores del mundo de tinieblas» (Efesios 6: 12).
La lucha no es entre Dios y nosotros. Él está a nuestro lado en nuestros deseos. La lucha es con el maligno, a pesar de que es un enemigo vencido (1ª Juan 3:8). El Maligno desea frustrar nuestras oraciones. «No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.» (Efesios 6: 12.) Nosotros también estamos en estos lugares celestiales con Cristo (Efesios 1: 3); y sólo Cristo puede salir victorioso. Nuestra lucha puede ser de nuestros pensamientos contra las sugerencias de Satán, y en que procuramos mantenerlos fijos en Cristo nuestro Salvador; esto es, vigilamos al mismo tiempo que oramos (Efesios 6: 18); «orando... y velando». Somos consolados por el hecho de que «el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues, qué hemos de pedir cómo conviene, no lo sabemos» (Romanos 8: 26).
¿Cómo nos ayuda el Espíritu, cómo nos enseña, sino por el ejemplo, así como por el precepto? ¿Cómo ora el Espíritu? El Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. (Romanos 8:26). ¿Agoniza el Espíritu en oración como el Hijo en Getsemaní? Si el Espíritu ora en nosotros, ¿no debemos nosotros compartir sus «gemidos» en oración? Si nuestro agonizar en la oración debilita nuestro cuerpo en aquel momento, los ángeles vendrán y nos fortalecerán, como hicieron al Señor (Lucas 22:43). Quizá, como Nehemías, lloraremos y haremos duelo y ayuno cuando oremos al

Señor (Nehemías 1:4). «Pero», puede preguntar alguno: « ¿No induce en nosotros un agonizar innecesario y que deshonra a Dios nuestro duelo por el pecado y nuestro anhelo por la salvación de otros?» ¿No significa una falta de fe en las promesas de Dios? Quizá sea así. Pero no hay duda que San Pablo miraba la oración - por lo menos en algunas ocasiones- como un conflicto (ver Romanos 15: 30). Al escribir a los cristianos de Colosas, dice: «Quiero que sepáis qué lucha tan dura sostengo por vosotros... y por todos los que no me han visto personalmente; para que sean consolados sus corazones (Colosenses 2: 1, 2). Sin duda, se refiere a sus oraciones por ellos.

Otra vez al hablar a Epafras como «uno de vosotros siervo de Cristo siempre esforzándose intensamente por nosotros en sus oraciones para que estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere (Colosenses 4: 12).

La palabra usada «esforzarse intensamente» es la que hacemos equivalente a «agonizar», la usada al hablar del Señor en Getsemaní «estando en agonía» (Lucas 22:44).

El apóstol dice que Epafras, se ha esforzado intensamente por ellos en sus oraciones. San Pablo le veía orando estando él prisionero, y era testimonio de la intensidad con que Epafras oraba en favor de los Colosenses.

Cuán asombrado debía estar el guardián a quien Pablo estaba encadenado -y cuán conmovido-- al ver a estos hombres en sus oraciones. Su agitación, sus lágrimas, sus intensas súplicas al levantar las manos en cadenas para orar. ¡Qué revelación debía ser esto para él!

No hay duda que San Pablo estaba hablando de su propia costumbre cuando estimulaba a los cristianos de Éfeso y a otros cuando dice: «Orando en todo tiempo con todo ruego y súplica en el Espíritu, velando en ello con toda perseverancia y suplica por todos los santos; y por mi... embajador en cadenas» (Efesios 6: 18, 20). Este es un cuadro de su propia vida de oración, podemos estar seguros.

Así que la oración vence todos los obstáculos; los elimina. Es esto lo que se quiere decir con la expresión de «Orar hasta que se consiga». Debemos luchar contra las maquinaciones de Satán. Puede ser cansancio corporal o dolor, o pensamiento varios que nos reclaman, o dudas, o ataques directos de huestes espirituales de maldad. Con nosotros, como con San Pablo, la oración es algo semejante a un «conflicto», una «lucha», por lo menos algunas veces, lo que nos obliga y estimula a «apoyarnos en Dios» (Isaías 64: 7). ¿Estamos equivocados si suponemos que son pocos los que alguna vez luchan en oración? ¿Luchamos nosotros? Como sea, no dudemos nunca del poder de Dios y de las riquezas de su gracia.

La autora de «EL Secreto del Cristiano de una vida feliz» contó a un círculo de amigos, poco antes de su muerte un incidente en su propia vida. Una señora amiga suya, la visitaba de vez en cuando, y pasaba con ella dos o tres días, lo cual era una verdadera prueba para su paciencia y humor. Cada una de estas visitas exigía mucha preparación en oración. Llegó la ocasión en que la amiga hizo planes para estar con ella una semana entera. La autora mencionada consideró que no habría bastante para fortificarla a menos que pasara una noche entera en oración. Así que se procuró un plato con bizcochos, y se retiró pronto a su dormitorio para pasar la noche de rodillas ante Dios, rogándole que le diera la gracia de mantenerse cariñosa y sosegada durante la visita con que la había amenazado. Tan pronto como se arrodilló al lado de la cama, pasaron por su mente las palabras de Filipenses 4: 19: «Y mi Dios proveerá a todas vuestras necesidades conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús.» Sus temores se desvanecieron. Dijo: «Cuando comprendí esto, le di gracias por su bondad, y me metí en la cama y dormí toda la noche. La amiga llegó el día siguiente, y la semana transcurrió felizmente.»

Nadie puede hacer reglas rígidas sobre la oración, ni aún para sí mismo. El Espíritu Santo de Dios sólo puede dirigirnos punto por punto. No podernos sacar ya más del asunto. Dios es nuestro Juez y nuestro Guía.

Pero no olvidemos que la oración tiene muchos aspectos. Como dijo el obispo Moule: «La verdadera oración puede ser pronunciada en innumerables circunstancias.»

Con mucha frecuencia,

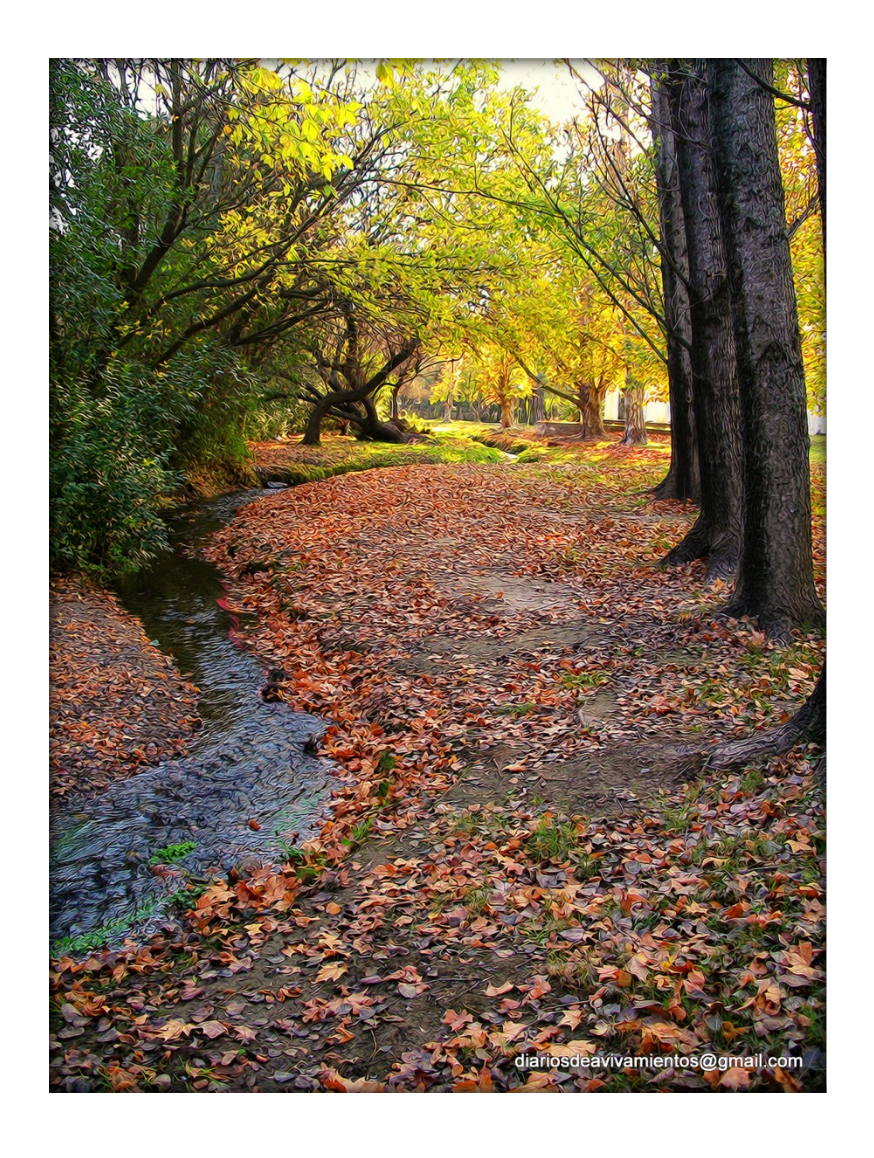
La oración puede ser el peso de un sollozo
El caer de una lágrima.
La mirada que hacia arriba se eleva
Cuando, sólo El, está cerca.

Puede tratarse de hacer conocer a Dios nuestras peticiones y nada más (Filipenses 4: 6). No podemos creer que la oración tenga que ser siempre lucha y conflicto. Porque si lo fuera acabaríamos agotados, destrozados, en un colapso mental y muy pronto nos llevarían a la tumba.

Y para muchos es una imposibilidad física el pasar un tiempo prolongado en una misma posición para orar. El doctor Moule dice: «Se puede ofrecer oración auténtica y victoriosa continuamente, sin el menor esfuerzo físico o perturbación; surge a veces en la más profunda quietud del alma y del cuerpo para salir a la superficie. Pero hay otro aspecto de la cuestión. La oración no debe ser hecha nunca de un modo indolente, por más simple y confiada que sea. Debe ser una transacción infinitamente importante entre el hombre y Dios. Y por tanto, con frecuencia... tiene que ser considerada como implicando trabajo, persistencia, conflicto, si ha de ser verdadera oración.»

Nadie puede dar fórmulas válidas para otro. Cada cual debe persuadirse a sí mismo de cómo debe orar, y el Espíritu Santo nos inspira y guía a cada uno para saber el tiempo que debemos destinar a orar. Y que todos seamos tan llenos del amor de Dios nuestro Salvador que la oración, en todo tiempo y en todo lugar, pueda ser un gozo así como un medio de gracia.

Pastor Divino, suple lo que necesitamos
En el día de hoy y cada día
Y a todos los que son tentados
Danos, Señor, espíritu de gracia intercesora
Para por otros en la brecha luchar.
Y así con ansia bienhechora
¡Que oremos sin cesar!



8

¿CONTESTA DIOS SIEMPRE LA ORACION?

Llegamos ahora a una de las preguntas más importantes que podemos hacer. Muchísimo en nuestra vida depende de la respuesta que demos. No tratemos de esquivar la pregunta, sino considerémosla con sinceridad y franqueza. ¿Contesta, Dios siempre la oración?

Naturalmente, todos concedemos que contesta la oración. Pero, ¡siempre contesta la oración verdadera! Algunas llamadas oraciones, no las contesta, porque Él no las escucha. Cuando su pueblo estaba en rebeldía, dijo: «Cuando multipliquéis la oración, yo no oiré.» (Isaías 1: 15.)

Pero un hijo de Dios debe esperar respuesta a la oración. Dios quiere dar respuesta a cada oración, y no hay ninguna oración verdadera que deje de tener efecto en el cielo.
Y con todo, esta maravillosa declaración de San Pablo «Todo es vuestro, y vosotros de Cristo» (1ª Corintios 3:21, 22) parece trágicamente falsa para muchos cristianos. Y no lo es. Todo es nuestro, pero nosotros muchas veces no poseemos nuestras posesiones. Los propietarios de Mount Morgan, en Queensland (Australia) trabajaron asiduamente en las laderas infértiles de la montaña durante años, sacando sólo lo bastante para arrastrar una vida miserable, sin saber que debajo de sus pies había una de las minas de oro más ricas del mundo. Había riqueza, no soñada, ni imaginada ni poseída. Era «suya» y no era suya.
El cristianismo sabe que hay riquezas en Dios, en la gloria en Jesucristo, pero no sabe cómo obtenerlas.
Ahora bien, nuestro Señor nos dice que podemos tenerlas si las pedimos. ¡Que Él nos de criterio en las cosas relativas a la oración! Cuando decimos que no hay verdadera oración que no sea contestada no queremos decir que Dios concede sin falta todo lo que se le pide. ¿Ha habido algún padre tan poco juicioso que haya tratado a su hijo así? Nosotros no damos al hijo un hierro al rojo vivo porque sabemos que se quemaría, por más que lo pida. O bien, nadie debe dar a un niño demasiado dinero.
¿Qué pasaría si Dios nos diera todo lo que pidiéramos? Pronto estaríamos dirigiendo el mundo y Él tendría que contemplarlo. Y sin duda es evidente que no somos capaces. Además, esto sería una imposibilidad, porque habría muchos que, simultáneamente, reclamarían el cargo de director.
Dios contesta la oración, a veces con un «SÍ», a veces con un «No», a veces es un «Esperar», porque puede ser que sus planes son para darnos una bendición mayor que la que pedimos, y que afecta a otras vidas además de la nuestra.
La respuesta de Dios es a veces «No». Pero esto no es necesariamente una prueba de que hay pecado conocido o escondido en la vida del que suplica, aunque hay la posibilidad de que haya pecado desconocido.
Dijo «NO» a San Pablo a veces (2ª Corintios 12:8, 9).
Muchas veces la negación es debida a nuestra ignorancia o egoísmo en la petición. «Porque, qué debemos pedir como conviene, no lo sabemos» (Romanos 8:26.)
Esto era lo que estaba equivocado en la petición de la madre de los hijos de Zebedeo. Fue y adoró a Jesús y le pidió algo. Él contestó inmediatamente: «No sabes lo que pides.» (Mateo 20:22.) Elías, el gran hombre de oración, recibió también un «No» como respuesta. Pero cuando fue arrebatado a la gloria en un carro de fuego, no lamentó que Dios le hubiera dicho «No», cuando él clamó a Dios: «Oh, Señor, quítame la vida.»
La respuesta de Dios es a veces «Espera». Puede demorar la respuesta porque no estamos todavía preparados para recibir el don que deseamos, como Jacob cuando luchaba. Recuerde la famosa oración de Agustín: «Oh, Dios, hazme puro, pero no ahora.» ¿No son muchas veces nuestras oraciones así? ¿Estamos realmente dispuestos a «beber el vaso», a pagar el precio de la respuesta a la oración? A veces Él se demora para que la respuesta pueda redundar en mayor gloria para El.
Las demoras de Dios no son negativas. No sabemos por qué a veces demora la respuesta y otras veces «responde antes de que llamemos» (Isaías 65:24). George Müller, uno de los hombres de oración mayores de todos los tiempos, estuvo orando por un amigo durante más de sesenta y tres años. ¿Por qué? «El punto es que nunca nos rindamos hasta que llegue la respuesta» «He estado orando durante sesenta y tres años y ocho meses por la conversión de un hombre. No se ha convertido todavía, pero ya se convertirá. No puede ser de otra manera. Hay la promesa de Jehová que no se puede mudar, y sobre ella descanso.» ¿Era esta demora debida a algún obstáculo del diablo?

(Daniel 10: 13.) ¿Era un esfuerzo poderoso del diablo para sacudir la fe de Müller? Porque tan pronto como Müller murió, su amigo se convirtió, antes incluso de que tuviera lugar el entierro.
Sí, la oración fue contestada, aunque la respuesta tardó mucho en llegar. Tantas de las peticiones de míster Müller fueron concedidas que no es de extrañar que un día exclamara: «Oh, ¡cuán bueno, amable, lleno de gracia y condescendencia es Aquel con el cual tenemos tratos! Y yo soy un hombre pobre, frágil y pecador, pero Él me ha contestado las oraciones docenas de millares de veces.»
Quizás algunos pregunten: ¿Cómo se puede descubrir si la respuesta de Dios es «No» o «Espera»? ¿Podemos estar seguros que Él no nos dejará orar durante sesenta y tres años para darnos un «No»? La oración de Müller, repetida tantas veces estaba basada en el conocimiento de que Dios «no quiere la muerte del pecador»; «Él quiere que todos los hombres sean salvos» (lª Timoteo 2:4).
Mientras estoy escribiendo, la llegada del cartero me ofrece una ilustración de este punto. Recibo una carta de alguien que sólo raramente me escribe; alguien cuyo nombre es conocido de todo obrero cristiano en Inglaterra. Una persona querida suya cayó enferma. ¿Ha de continuar orando por su recuperación? Es la respuesta de Dios un «No» o bien es «Sigue orando» o «Espera». Mi amigo escribe: «Tuve la guía clara y perceptible de Dios con respecto a esta persona amada... que era su voluntad llevársela... me retiré en el descanso de saber que me sometía a Su voluntad. Tengo mucho de qué alabar a Dios.» Unas pocas horas más tarde Dios se llevó a aquella persona querida a la gloria.
De nuevo queremos insistir ante los lectores que consideren segura esta verdad: la oración verdadera nunca queda sin respuesta.
Si pusiéramos más pensamiento en nuestras oraciones oraríamos de modo más inteligente. Esto parece una perogrullada. Pero lo decimos porque algunos cristianos parecen haber puesto su sentido común y su razón a un lado cuando oran. Un poco de reflexión les mostraría que Dios no puede contestar sus oraciones.
Durante la guerra cada nación oraba por la victoria. Y con todo era evidente que no todas las naciones podían resultar victoriosas. Dos hombres que viven juntos oran el uno porque llueva y el otro porque no llueva. Dios no puede contestar las oraciones de los dos al mismo tiempo y en el mismo lugar.
Pero la veracidad de Dios se halla en juego en este asunto de la oración. Hemos leído todos estas maravillosas promesas a la oración, de nuestro Señor, y nos hemos quedado casi estupefactos: su amplitud, su plenitud y envergadura: «todo» «cualquier cosa». ¡Muy bien! «Dios sea hallado veraz.» (Romanos 3:4) El ciertamente será hallado veraz.
No hay por qué abstenerse de preguntar al autor de este libro si Dios ha concedido todas sus peticiones. Voy a contestar. No se las ha concedido todas. El haber dicho «Sí» a algunas de ellas habría resultado en una maldición en vez de una bendición. El haber contestado otras ¡ay! habría sido imposible espiritualmente ¡no era digno de los bienes que pedía! La concesión de algunos de ellos habría aumentado el orgullo espiritual y la autosatisfacción. ¡Cuán sencillas estas cosas parecen ahora, a la luz del Espíritu Santo de Dios!
Al mirar hacia atrás y comparar las propias oraciones sinceras y fervorosas, con el servicio pobre e indigno, y la falta de verdadera espiritualidad, uno ve cuán imposible hubiera sido que Dios concediera aquellas mismas cosas que deseaba conceder. A veces como pedir a Dios que vertiera el océano de su amor dentro de un corazón como un dedal. Y sin embargo, ¡cuánto anhela Dios bendecimos con toda clase de bendición espiritual! Exclama el Salvador una y otra vez: « ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos... pero no quisiste!» (Mateo 23:37.) Lo más triste de todo es que con frecuencia

pedimos y no recibimos porque somos indignos de ello, y luego nos quejamos porque Dios no contesta nuestras oraciones. El Señor Jesús declara que Dios da su Santo Espíritu -que nos enseña a orar- de la misma manera que un padre da buenas dádivas a sus hijos. Pero no hay dádiva que sea «buena» si el niño no esta maduro para recibir aquel don. Dios no nos da nunca nada que no podamos, o no queramos usar para su gloria (no me refiero a talentos, porque podríamos abusar de ellos o «enterrarlos» sino dones espirituales).

¿Hemos visto a un padre que entregue a un niño una navaja porque se la ha pedido y porque espera que el niño al crecer hará uso de la navaja y le será útil?

S Padre dice: «Espera que seas mayor, o más sabio, o mejor, o mas fuerte.» Pues bien, nuestro Padre celestial también nos dice a veces «Espera». En nuestra ignorancia y en nuestra ceguera muchas veces decimos

Precisamente por tu amor
nos niegas
aquello que Tú ves
nos causaría daño .
¡Por más que no nos guste, nos haces un favor!

Podemos estar tranquilos que Dios nunca nos concede hoy los dones que debe darnos mañana. No es por mala voluntad de su parte. Sus recursos son infinitos y sus caminos inescrutables. Fue después de mandar a sus discípulos que pidieran que el Señor les dio una indicación no sólo de su providencia sino también de sus recursos. «Mirad las aves del cielo » (Mateo 6:26) «vuestro Padre celestial las alimenta». Cuán simple parece. Sin embargo, ¿ha reflexionado alguna vez que ni el millonario más rico del mundo podría alimentar todas las «avecillas» que hay, ni aun un día? Vuestro Padre Celestial las alimenta cada día, y sus recursos no disminuyen. ¿Cuánto mas puede a alimentaros, vestiros y tener cuidado de vosotros?

¡Oh que pudiéramos confiar más en la oración!

¿No sabemos que «Él es galardonador de los que le buscan»? (Hebreos 11: 6.) El «aceite» del Santo Espíritu no va a dejar de fluir en tanto que haya vasijas para llenar (2ª Reyes 4: 6). Siempre somos nosotros que tenemos la culpa si el Espíritu Santo cesa de obrar. Dios no puede confiar a algunos cristianos la plenitud del Espíritu Santo. Dios no puede confiar a algunos obreros resultados definidos de sus labores. Su respuesta sería el orgullo y la vanagloria. No, no clamamos que Dios conceda a cada cristiano aquello que pide.

Como vimos en el capítulo anterior, debe haber pureza de corazón, pureza de motivo, pureza de deseo, si nuestras oraciones han de ser en su nombre. Dios es mayor que sus promesas, y a veces nos da más de lo que merecernos o deseamos, aunque no siempre es así.

De modo que, si alguna petición específica no es concedida, podernos estar seguros que Dios nos llama a que examinemos nuestro corazón. Porque Él se ha comprometido a contestar toda oración que se le ofrece en su nombre. Repitamos estas maravillosas palabras una vez más; no es posible repetirlas con demasiada frecuencia: «Y cualquier cosa que pidáis a mi Padre en mi nombre, la haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré.» (Juan 14:13,14.)

Recordemos que no era posible que Cristo ofreciera alguna oración que no fuera concedida. Era Dios –conocía el pensamiento de Dios- tenía la mente del Espíritu Santo. Por eso, dijo Jesús una vez: «Padre, si es posible... » al arrodillarse en agonía en el jardín de Getsemaní, vertiéndose en lágrimas y clamor. Sí, y fue oído a causa de su

piedad (Hebreos 5: 7). La voluntad de Dios era el Calvario, pero su filiación determinó que fuera oído, no la agonía o el sufrimiento. También podemos decir lo mismo de nuestras propias oraciones, que son oídas no porque son importantes sino porque somos sus hijos.

Hermano, no podremos nunca entender la escena de Getsemaní que nos deja llenos de asombro. Pero sí sabemos esto: que nuestro Señor nunca hizo una promesa que no cumpliera o que no pensara cumplir. El Santo Espíritu hace intercesión por nosotros (Romanos 8:26), y cuando es así Dios no puede decirnos que «No» si el Señor Jesús hace intercesión por nosotros (Hebreos 7: 25) « Dios no puede decirle que «No». Sus oraciones valen lo que millares de las nuestras, y es El que nos manda que oremos.

Pero ¿no estaba San Pablo lleno del Espíritu Santo? Y sabemos que dijo: «Tenemos (tengo, pues Él está incluido) la mentalidad de Cristo» Y sin embargo, cuando rogó tres veces que le fuera arrancada una «espina» de la carne, Dios le dijo de modo claro que no lo haría.

Es singular también que la única petición de Pablo para sus necesidades individuales, que se menciona, fuera rechazada. La dificultad, sin embargo, es ésta: ¿Por qué San Pablo, que tenía la «mentalidad» de Cristo, pidió algo que pronto descubrió que era contrario a los deseos de Dios? Hay sin duda muchos cristianos consagrados que leen estas palabras y que se han quedado perplejos, porque Dios no les ha dado algunas cosas que han pedido.

Debemos recordar que podemos estar llenos del Espíritu Santo y a pesar de ello errar en nuestros juicios o deseos. Debemos recordar, también, que nunca somos llenos del Espíritu Santo una vez por todas. El Maligno está siempre en guardia y a punto para darnos ideas de las suyas, de modo que pueda vengarse de Dios en nosotros. En cualquier momento podemos hacernos desobedientes e incrédulos, o podemos ser traicionados en algún pensamiento o acto contrario al Espíritu de amor.

Tenemos un ejemplo extraordinario de esto en la vida de San Pedro. En cierto momento, bajo el impulso del Espíritu Santo exclamó: « ¡Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» Nuestro Señor se volvió y le dijo con palabras de elogio: «Bienaventurado eres: Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos» Sin embargo, poco tiempo después, el demonio se metió en su mente y como resultado Jesús le dice: «¡Quítate de delante de mí, Satanás!» (Mateo 16:17, 23.) ¡San Pedro estaba hablando en nombre de Satanás! Satanás todavía desea «poseernos».

San Pablo fue tentado a pensar que podía hacer mejor obra por su amado Maestro si la «espina» era quitada. Pero Dios sabía que Pablo sería mejor si la «espina» no era quitada.

¿No es un consuelo que sepamos que podemos dar más gloria a Dios bajo algo que nosotros consideramos como un estorbo o un impedimento, que si este algo que consideramos indeseable fuera quitado? «Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (2ª Corintios 12: 9) Recordemos que,

Dios no hace nada, ni permite que ocurra
sino lo que tú mismo escogerías
si pudieras
ver de las cosas las postrimerías;
Como Dios ve el mañana
Antes que el hoy transcurra.

San Pablo no era infalible, no lo era Pedro ni Juan; ni lo es el Papa ni nadie. Todos hacemos y «ofrecemos» equivocaciones, en forma de plegarias. La forma más alta de oración no es «Tu vía, oh Dios, no la mía», seguida de resignación, sino «Mi vía, oh Dios, es la Tuya» seguida de gozo. Se nos enseña a orar «Hágase tu voluntad» no «Múdese tu voluntad».

¿Podemos, como conclusión, dar el testimonio de dos personas que han probado que se puede confiar en Dios? Sir H. M. Stanley, el gran explorador, escribió: «Yo no voy a ser el que diga que las oraciones son ineficaces. Cuando he orado con fervor ha habido respuesta. Cuando he pedido luz para guiar a los que me seguían con prudencia en medio de los peligros en que estaban, ha venido un rayo de luz a mi mente perpleja, y un camino se ha abierto que ha conducido a la liberación. Podemos saber cuándo la oración ha sido contestada, por el calor del contento interior que le llena a uno que ha presentado su causa a Dios, ya al ponerse de pie. Tengo evidencia, yo mismo, de que hay respuestas a la oración.»

A Mary Slessor, cuya vida en el África Occidental ha sido narrada en una historia que nos ha emocionado a todos (La Reina Blanca de Okayoug - biografía misionera, publicada en español por CLIE) le preguntaron una vez qué significaba para ella la oración. Contestó: «Mi vida es un registro de oraciones contestadas, que habían sido hechas, hechas día a día, hora a hora, pidiendo salud física, descanso para la mente, dirección recibida maravillosamente para evitar peligros y errores, para que fuera sujeta la enemistad contra el evangelio, pidiendo alimento que fue provisto exactamente cuando fue necesitado, por todo lo que ha constituido mi vida y mi pobre servicio. Puedo dar testimonio con reverencia y asombro plenos, que creo en la respuesta de Dios a la oración. ¡Yo sé que Dios contesta la oración!



9

CONTESTACIONES A LA ORACION

La naturaleza humana de buena gana escogería un título más rimbombante a este capítulo. Respuestas extraordinarias; respuestas maravillosas; respuestas asombrosas. Pero debemos permitir a Dios que nos enseñe que es tan natural para El contestar a la oración como para nosotros el pedir. ¡Cómo se deleita al oír nuestras peticiones, y cómo se goza en contestarlas! Cuando oímos de alguna persona rica que ha hecho un gran acto de caridad para gente sumida en la pobreza, o ha saldado el déficit enorme de una sociedad misionera, exclamamos: « ¡Qué hermoso poder hacer estas cosas!»

Bueno, si es verdad que Dios nos ama -y sabemos que es verdad- ¿no creemos que le dará gozo poder hacer por nosotros lo que le pidamos? Deberíamos por tanto, relatar una o dos respuestas a la oración de las muchas que han llegado a nuestros oídos, para enseñarnos a ser más osados al acercarnos al Trono de la Gracia.

Dios salva a las personas por las que pedimos. Basta con probarlo.

Hablando sobre esta cuestión un hombre de oración, hace unos días, me preguntó de súbito: « ¿Conoce la iglesia de Santa... en L... ?» «Muy bien, he estado allí varias veces.» «Déjeme contarle lo que me ocurrió cuando vivía allí. Teníamos una reunión de oración cada domingo, antes del servicio de comunión de las ocho. Al levantarnos de la oración un acompañante del coro le dijo al vicario: «Vicario, quisiera que orara por mi hijo tiene 22 anos ahora, y no ha estado en la iglesia desde hace años» «Muy bien», le contestó el vicario, «podemos hacerlo ahora, porque nos quedan cinco minutos» se arrodillaron otra vez y ofrecieron una fervorosa oración en favor del joven. Aunque no le dijeron nada de la oración, el joven vino a la iglesia aquella misma noche. Algo en el sermón le convenció de pecado. Vino a la sacristía con el corazón quebrantado y aceptó a Cristo como su Salvador».

Un lunes por la mañana, mi amigo que trabajaba como capellán castrense en la parroquia, estaba presente en la reunión del personal que celebramos semanalmente. Le dijo al vicario: «Esta conversación de anoche, es un reto a la oración, un reto por parte de Dios. «¿Vamos a aceptarlo?» « ¿Qué quiere decir?», contestó el vicario. «Bien», dijo el capellán « ¿porqué no marcamos al peor hombre de la parroquia y oramos por el?» Hubo un acuerdo unánime y designaron a K... como el hombre de peor reputación conocido. Se pusieron de acuerdo en orar por su conversión. Al final de la semana, al conducir el servicio de oración del sábado por la noche, en la sala de la misión, y mientras tenían el nombre del individuo en los labios, se abre la puerta y se presenta tambaleando K..., peor que nunca, a causa del licor. No había estado jamás en la misión. Sin quitarse la gorra se sentó en una silla y enterró la cabeza entre las manos. La reunión de oración se convirtió en un interrogatorio. Tal como estaba -medio borracho- buscó al Señor que le estaba buscando. Y nunca retrocedió del paso dado. Hoy es uno de los mejores misioneros en los muelles del país.

¿Por qué no oramos por nuestros amigos no convertidos? Puede que no nos escuchen cuando hablamos con ellos, pero no pueden evadirnos si oramos por ellos.

Que dos o tres se pongan de acuerdo para orar por ellos y veremos lo que Dios va a hacer. Hay que decírselo a Dios y confiar en Dios. Dios obra de maneras maravillosas, lo mismo que de maneras «misteriosas», y ejecuta prodigios.

Dan Crawford nos dijo recientemente que cuando regresó a su misión, después de un período de permiso en la metrópolis, le fue necesario hacerlo con mucha prisa. Su grupo llegó a una corriente que debía ser vadeada, pero que ahora se iba de crecida, y no había botes disponibles para cruzarla. Así que él y su partida acamparon y oraron. Un incrédulo quizá se habría puesto a reír. ¿Cómo podía Dios hacerles cruzar el río? Pero mientras estaban orando, un enorme árbol que había sido socavado por los embates del agua, empezó a tambalearse, cayó y quedó atravesado sobre la corriente, de orilla a orilla. Como dice Mr. Crawford: «El Cuerpo de Ingenieros del cielo hizo un puente de maderos para los siervos de Dios.»

Muchos jóvenes leerán estas historias de oración. Podemos recordarles que Dios escucha también hoy la oración de un chico, o de una chica (Génesis 21: 17).

Para ellos añadiré la siguiente historia, con el intenso deseo de que la oración pueda ser su herencia, su verdadera vida; y que la oración contestada pueda ser su experiencia cotidiana.

Hace algún tiempo, un chico de doce años, chino, llamado Ma-Na-Si, que era pupilo de la escuela de la misión de Chefoo, fue a su casa durante las vacaciones. Es el hijo del pastor nativo. Mientras estaba en la puerta de la casa de su padre vio a un jinete que galopaba hacia él. El hombre -un pagano- estaba en estado de gran trastorno. Pidió ansiosamente por el «hombre de Jesús»: el pastor. El chico le dijo que su padre no estaba en casa. El pobre hombre estaba desasosegado y le explicó rápidamente la causa de su visita. Había sido enviado desde un poblado cercano, a unas pocas millas de distancia, para ir a buscar al «Santón» a fin de que echara el demonio de la nuera de un amigo. Contó la triste historia de la joven, que estaba siendo destrozada por los demonios, delirante y agresiva, arrancándose el pelo, arañándose la cara, y rasgándose los vestidos, tirándolo todo. Habló de su espíritu sacrílego, su impiedad, sus blasfemias y cómo estos ataques le hacían salir espumarajos por la boca y la dejaban exhausta, física y mentalmente.

«Pero mi padre no está en casa», le iba repitiendo el chico una y otra vez. Al fin el-hombre pareció entender. De repente cayó sobre sus rodillas y extendió las manos con desesperación, gritando. «Tú, también eres un hombre de Jesús, ¡ven conmigo! »

¡Un chico de doce años! Es verdad, pero incluso un niño, si se ha entregado a su Salvador no teme ser usado por el Salvador. No hubo más que un momento de sorpresa, un momento de duda, y el chico se puso por completo a la disposición del Maestro. Como un nuevo Samuel que estaba dispuesto a obedecer a Dios en todas las cosas, aceptó la llamada de Dios. El forastero saltó sobre la silla, tomó al chico cristiano y colocándole detrás volvió a emprender el galope.

Ma-Na-Si empezó a pensar la cosa otra vez. Había aceptado la invitación de echar un demonio en el nombre de Jesucristo. Pero, ¿era digno de ser usado por Dios de esta manera? ¿Era su corazón puro y su fe firme? Mientras galopaban fue buscando en su corazón si había algún pecado no confesado y del cual no se hubiera arrepentido. Luego pidió dirección para saber lo que debía decir y cómo debía actuar, y trató de recordar los casos de la Biblia de posesión por demonios y lo que se decía en ellos. Luego, de un modo simple y humilde rogó que Dios le revistiera de su poder y misericordia, pidiendo ayuda para la gloria del Señor Jesús. Al llegar a la casa encontraron algunos miembros de la familia que estaban sujetando a la mujer atormentada en la cama. Aunque nadie le había dicho nada del mensajero que había ido a buscar al pastor nativo, cuando la mujer oyó las pisadas fuera en el patio empezó a gritar: «Todos fuera, para que pueda escapar. ¡Debo escapar! Ha venido un «hombre de Jesús. No puedo resistirlo. Su nombre es Ma-Na-Si.»

Ma-Na-Si entró en el cuarto, y después de un saludo de cortesía, se arrodilló y empezó a orar. Luego cantó un himno de alabanza al Señor Jesús. Luego en el nombre del Señor resucitado, glorificado y omnipotente ordenó al demonio que saliera del cuerpo de aquella mujer. Al momento la mujer se quedó calmada, aunque prostrada y débil. Desde aquel día se ha encontrado perfectamente bien. Se quedó asombrada cuando le dijeron que había pronunciado el nombre del chico cristiano, porque ella nunca lo había oído antes, ni lo había leído en ninguna parte, porque todo el poblado era pagano. Pero aquel día fue un verdadero «comienzo de días» para los de aquel poblado, porque la Palabra de Dios tuvo libre curso y fue glorificada.

Querido lector, no sé cómo le ha afectado esta pequeña narración. A mí me conmueve profundamente. Me parece que la mayoría sabemos tan poco del poder de Dios, tan poco de su amor irresistible y abrumador. Oh, ¡qué amor es el suyo! Y cada vez que oramos, qué maravilloso amor nos envuelve de un modo especial.

Si de veras amáramos a nuestro bendito Salvador, ¿no buscaríamos tener comunión con El con más frecuencia?

Recordemos que, como nuestro querido Salvador, no hemos sido enviados al mundo a condenar, a juzgar el mundo «sino para que el mundo sea salvo por medio de El» (Juan 3: 17).

¿Podrá usted conseguir que una palabra de crítica acerque a alguien a Cristo? ¿Va esta crítica a ayudar al que halla las faltas a ser más como su Maestro?

Que el espíritu de crítica, de hallar faltas, de despreciar a otros o su trabajo sea eliminado. ¿No nos diría San Pablo: «Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados»? (2.a Corintios 6:11)

¡Lo que estoy apuntando es bien claro! Todas las malas disposiciones y fallos que vemos en los otros son causa del diablo. Es el maligno en el corazón que causa todas estas palabras y hechos que estamos dispuestos a condenar y a exagerar. La posesión demoniaca no es desconocida en Inglaterra, pero toma otra forma, tal vez. Nuestros amigos y conocidos, tan amables y cariñosos; están atados y amarrados por algún pecado que se ha apoderado de ellos, «a quien Satán ha atado, todos estos años».

Podemos rogarles, pero es en vano. Podemos avisarles, pero es en vano. La cortesía y la caridad -y nuestros fallos y deficiencias- nos privan de hacerles frente con la autoridad de Ma-Na-Si y su exorcismo del espíritu maligno. Pero ¿hemos probado la oración, la oración respaldada por el amor que «no se irrita, no toma en cuenta el mal»? (1ª Corintios 13:5.)

Dios contesta la oración de jóvenes y viejos, cuando tienen un corazón limpio, una vida santa, y una fe simple.

Dios contesta la oración. Nosotros somos siervos débiles y deficientes, en el mejor de los casos. Aunque seamos sinceros, a veces pedimos mal. Pero Dios es fiel, y ha prometido que nos guardará de todo mal y suplirá todas nuestras necesidades.

¿Puedo tener las cosas por las que oro?
Como Él sabe mejor
Lo que tú necesitas,
Deja escoger a Dios.

«Amados, si nuestro corazón no nos reprocha algo, tenemos confianza ante Dios; y lo que pedimos, lo recibimos de El porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de EL» (1ª Juan 3:21, 22)

10

COMO CONTESTA DIOS A LA ORACION

Es imposible que el hombre entienda por completo el proceder de Dios en todos sus aspectos: « ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!» (Romanos 11:33) Es verdad, pero no tenemos por qué poner dificultades donde no las hay. Si Dios tiene todo el poder y sabiduría, la oración no ofrece dificultades, aunque a veces nos hallemos perplejos. No podemos descubrir los métodos de Dios, pero sabemos algo de su manera de contestar la oración.

Pero, al principiar ya, quisiera recordar cuán limitado es el conocimiento que tenemos de las cosas corrientes. El gran inventor Edison, cuyo conocimiento de los secretos de la Naturaleza todos admiramos, escribió en agosto de 1921: «No sabemos ni la millonésima del 1 % de nada. No sabemos lo que es el agua. No sabemos lo que es la luz. No sabemos lo que es la gravitación. No sabemos lo que nos permite mantenernos de pie con la cabeza arriba. No sabemos qué es la electricidad, ni el calor. No sabemos casi nada de magnetismo. Tenemos un montón de hipótesis, pero esto es todo»

Sin embargo, esta ignorancia no nos priva de hacer uso de las cosas. No sabemos mucho acerca de la oración, pero esto no tiene que privarnos de hacer uso de ella. Sabemos lo que el Señor nos ha enseñado acerca de la oración. Y sabemos que Él ha enviado al Espíritu Santo para enseñarnos todas las cosas (Juan 14:26). Veamos, pues, lo que sabemos de cómo contesta Dios la oración.

El revela su mente a los que oran. Su Santo Espíritu pone nuevas ideas en la mente de los que oran. Con frecuencia nos damos cuenta de que el diablo y sus ángeles están ocupados introduciendo sus ideas en nuestra mente. ¿Por qué no hemos de aceptar que Dios y sus ángeles nos proporcionan buenas ideas? Incluso hombres y mujeres pobres, débiles y pecadores pueden introducir buenas ideas en la mente de otros. ¡Esto es lo que estoy ahora tratando de hacer al escribir! No nos paramos a pensar lo maravillosos que son estos signos negros sobre papel blanco tan peculiares, y la potencia que tienen para elevar e inspirar, o para deprimir y rebajar, o también para convencernos de pecado. Pero para un salvaje sin instrucción, son un milagro estupendo. Además, todos podemos leer en el rostro de otros, por la expresión de sus facciones los deseos y pensamientos que hay en su mente. Incluso la transferencia del pensamiento entre hombre y hombre es común hoy. Y Dios puede de muchas maneras inculcarnos sus ideas a nosotros. Un ejemplo notable de esto fue relatado por un conferenciante el año pasado en Northfield. Dijo que hace tres o cuatro años, conoció a un viejo capitán ballenero, que le contó la siguiente historia: «Hace muchos años, estaba navegando en la desolada área de la costa de Cabo Hornos, cazando ballenas. Un día estábamos dirigiéndonos hacia el Sur, y el viento nos venía de proa. Era bastante recio. Estábamos virando a uno y otro lado, para ganarle al viento, pero a pesar de todo avanzábamos muy lentamente. Hacia las 11, mientras estaba al timón, me vino de repente una idea: «Por qué tratar de luchar contra el viento y las olas de esta manera. Era tan probable que hubiera ballenas hacia el sur como hacia el norte. Por qué no ir con el viento en vez de contra el viento. Cambié la dirección del barco, y empezamos a navegar hacia el norte. Una hora después, hacia el medio día el atalaya en el mástil gritó: « ¡Botes a la vista! » Al poco alcanzamos a

cuatro botes salvavidas con catorce marineros, los únicos supervivientes de la tripulación de un barco que se había incendiado hacía diez días. Estos hombres habían ido a la deriva desde entonces, orando a Dios frenéticamente por su salvación. Llegamos a tiempo para salvarlos, porque no habrían podido sobrevivir mucho más.» El viejo ballenero añadió: «No se si usted cree en la religión o no, pero yo soy cristiano. Empiezo cada día con una oración a Dios pidiéndole que me use para ayudar a alguien, y estoy convencido que aquel día, Dios puso en mi cabeza la idea de cambiar el curso del barco. Esta idea salvó catorce vidas.»

Dios tiene muchas cosas que decirnos. Tiene muchas ideas para ponernos en la cabeza. Es posible que estemos tan ocupados haciendo su obra que no nos paremos a escuchar su Palabra. La oración da a Dios oportunidad para hablamos y revelarnos su voluntad.

¡Qué nuestra actitud sea con frecuencia!: «Habla, Señor, que tu siervo oye.»

Dios contesta otras oraciones poniendo nuevas ideas en la mente de aquellos por los que oramos. En una serie de servicios tratando de la Vida Victoriosa, el autor de este libro una tarde requirió a la congregación a que resolvieran sus diferencias con otros si querían vivir una vida santa. Una señora se fue directamente a su casa y después de una ferviente oración, escribió a su hermana, con la cual había tenido algún desacuerdo, y con la que no se había hablado desde hacía veinte años. La hermana vivía a unas treinta millas. El día siguiente la hermana que había estado en la reunión y escrito la carta, recibió una carta de la otra hermana pidiéndole perdón y buscando reconciliación. Las dos cartas se habían cruzado en el correo. Mientras una hermana estaba orando a Dios por la otra, Dios estaba hablando a la otra hermana y le ponía en la cabeza el deseo de la reconciliación.

Puede que usted diga: « ¿Por qué no puso Dios en su cabeza el deseo de reconciliación antes? Es posible que viera de antemano que sería inútil que la hermana distante escribiera pidiendo perdón hasta que la otra estuviera dispuesta a concedérselo. El hecho consiste en que, cuando oramos por otros, de una manera u otra, esto abre el camino para que Dios influencie a aquellos por los que oramos. Dios necesita nuestras oraciones; de lo contrario no nos diría que oráramos.

Hace algún tiempo, al final de una reunión de oración semanal, una mujer piadosa pidió a los que estaban presentes que oraran por su marido, que no quería poner sus pies en un lugar de culto. El líder del grupo sugirió que deberían continuar orando allí mismo. Se ofrecieron fervorosas oraciones. El marido, tenía gran aprecio por la esposa, y con frecuencia iba a buscarla a la reunión de oración. Es lo que hizo aquella noche y llegó a la calle, delante de la sala, para esperarla afuera. Pero Dios puso la idea en su mente de abrir la puerta y esperarla dentro, algo que no había hecho nunca. Al sentarse en una silla en el fondo, no pudo por menos que oír las oraciones. Camino de casa le preguntó a su esposa: «Querida, ¿quién era el hombre por el que orabais esta noche?» «Era el marido de una de nuestras obreras.» «Bueno», le contestó el marido, «no hay duda que este hombre tendrá que ser salvo. Dios ha de contestar oraciones así.» Un poco más tarde, aquella noche, volvió a preguntar: « ¿Quién era el hombre por el que orabais esta noche?» La esposa le dio la misma respuesta. Al retirarse a dormir el marido no podía dormir. Estaba bajo una profunda convicción de pecado. Despertando a su esposa, le pidió que orara por él. ¡Cuán claramente nos muestra esto que cuando oramos Dios puede obrar! Dios podía haber sugerido a aquel hombre que entrara en la reunión de oración cualquier otra semana. Pero de haberlo hecho, es muy discutible si hubiera sacado algún beneficio de ello. Más cuando se estaban ofreciendo aquellas sentidas y ardientes oraciones en favor suyo, Dios vio que era el momento en que se podía ejercer una profunda influencia en él.

Es cuando oramos a Dios que Él puede ayudarnos en nuestra obra y corroborar nuestra resolución. Porque nosotros podemos contestar muchas de nuestras propias oraciones. Un invierno muy frío, un campesino oró en el culto de familia a Dios, que cuidara que su vecino no se muriera de hambre. Cuando hubo terminado la oración, su hijo le dijo: «Papá, no creo que había necesidad de molestar a Dios pidiendo esto.» « ¿Por qué?», le dijo su padre. «Porque esto lo podemos arreglar nosotros llevándole comida.» No hay la menor duda de que si oramos por otros nos sentiremos estimulados a ayudarles también.
Un joven convertido se acercó al vicario de la iglesia pidiéndole algo que hacer para Cristo. «Tienes algún compañero» «Sí», fue la respuesta del chico. « ¿Es cristiano?», le preguntó el vicario. « ¡Oh, no, es tan descuidado como yo era!» «Pues bien, vas y le invitas a que acepte a Cristo como su Salvador.» « ¡Eso no!», dijo el chico, «eso no podría hacerlo. ¿Por qué no me da otra cosa?» «Bueno», dijo el vicario, «prométeme dos cosas: que no le hablarás de cosas del alma, y que orarás por él dos veces cada día, para que se convierta.» «Eso sí que lo haré de buena gana», contestó el chico. Antes de quince días, el muchacho fue corriendo a ver al vicario. « ¿Quiere dejarme libre de la promesa? tengo que hablar con mi compañero de su alma también» Cuando empezó a orar a Dios recibió fuerza para dar testimonio. La comunión con Dios es esencial antes que tengamos verdadera comunión con nuestro prójimo. Creo que la gente habla tan poco con los otros respecto a su condición espiritual porque oran muy poco por ellos.
Nunca he olvidado cómo mi fe en la oración fue confirmada cuando, siendo un chiquillo de trece años, pedí a Dios que me permitiera, cierto día, conseguir veinte nuevos suscriptores para las misiones de ultramar. Al finalizar el día, había veinte nombres nuevos en la lista. La consciencia de que Dios había contestado mi oración fue un incentivo para nuevos esfuerzos, y me dio un ánimo inesperado y diferente para afrontar otras situaciones.
Un pastor en Inglaterra sugirió a sus miembros que deberían orar cada día por el peor hombre o mujer que conocieran y luego ir y hablarles de Jesús. Sólo seis prometieron hacerlo. Al llegar a su casa él empezó a orar también. Luego se dijo: «No debo dejar esto sólo para mi gente. Yo mismo debo hacerlo. No conozco a gente viciosa y por tanto lo único que puedo hacer es ir y buscarlos» Acercándose a un individuo de mal aspecto en la esquina le pregunto: « ¿Es usted el peor individuo en el barrio?» «No», fue la respuesta. «Oiga» le pidió e1 pastor, « ¿puede decirme quién es?» «No hay inconveniente», le contestó el hombre. «Lo hallará en la casa número 7 de esta calle»
El ministro llamó al número 7 y entró. «Estoy buscando al peor hombre de mi parroquia. Me dicen que es usted.» « ¿Quién le dijo una cosa semejante? ¡Hágale venir y le mostraré cuál de los dos es peor! ¡No! Hay muchos que son peores que yo.» «Bueno, pues, ¿dígame usted quien es el peor hombre de la ciudad?» «Vive al final de aquel patio. Este es el peor.» Así que el ministro fue al patio y llamó a la puerta de la casa. Desde dentro gritaron: « ¡Pase!» Había dentro un hombre con su esposa. «Espero me perdonen, pero soy el pastor de la capilla de la calle... y estoy buscando el peor hombre de mi barrio, porque tengo que darle unas noticias. ¿Es usted el peor? El hombre se volvió a la esposa y le dijo: «Chica, dile lo que te dije hace cinco minutos». «Se lo dices tú mismo», fue la respuesta de la mujer. « ¿Qué estaba diciendo?», preguntó el pastor. «Bueno, vengo bebiendo desde hace doce semanas. He tenido delirium tremens y he estado viendo cosas por todas partes. He empeñado todo lo que tengo de valor en la casa, y hace cinco minutos le decía a ella: «Mira, esto se ha de acabar, y si no se acaba, la acabaré yo mismo, voy a tirarme al río.» Y entonces usted llamó a la puerta. Sí, pastor, soy el peor hombre del barrio. ¿Qué es lo que quiere decirme?» «Pues estoy aquí para decirle que Jesucristo es el mayor Salvador, y que Él puede cambiarle del peor hombre del barrio en el mejor. Hizo esto por mí, y lo hará por

usted.» « ¿Cree usted que puede hacerlo de veras?» «Estoy seguro que puede. Arrodíllese aquí mismo y vamos a pedírselo.» Este borracho perdido fue salvado de sus pecados y hoy es un cristiano radiante, que lleva a otros borrachos a Jesucristo.

Sin duda nadie encuentra difícil creer que Dios puede, en respuesta a la oración, curar el cuerpo, enviar buen tiempo, disipar la niebla o evitar una calamidad, ¿no?

Estamos tratando de Dios, cuyo conocimiento es infinito. Él puede poner en la mente del médico el prescribir una cierta medicina, o régimen, o método de cura. Toda la habilidad de los médicos viene de Dios. El conoce nuestro cuerpo, porque lo hizo, como dijo el salmista. Él sabe más que cualquier médico o especialista. Él puede restaurarlo. Creemos que Dios usa la habilidad del médico, pero creemos también que Dios con su conocimiento maravilloso, puede curar, y lo hace a veces, sin necesidad de la cooperación humana. Y Dios debe ser dejado para que obre según sus métodos. No tenemos por qué atar las manos a Dios y querer que apruebe nuestros métodos. El objetivo de Dios es la gloria de su nombre al contestar nuestras oraciones. A veces El ve que nuestro deseo es recto; a veces nuestra petición es equivocada. San Pablo pensaba que era para la gloria de Dios que la espina de su carne fuera quitada, pero Dios sabía que Pablo sería mejor y trabajaría mejor si no le era quitada. Así que Dios dijo ¡no! a su oración, y luego le hizo ver por qué.

Lo mismo ocurrió con Mónica, que oro durante muchos años por la conversión de su licencioso hijo Agustín. Cuando el hijo decidió dejar la casa paterna y cruzar el mar para ir a Roma ella rogó intensamente, incluso con pasión, que Dios le conservara a su lado y bajo su influencia. Fue a una capillita, cerca de la orilla, a pasar la noche en oración, cerca del lugar donde el barco había anclado. Pero, a la mañana siguiente, vio que el barco había partido, mientras ella oraba. Su petición había sido rechazada, pero su verdadero deseo había sido concedido. Porque fue en Roma donde Agustín encontró al piadoso Ambrosio que le condujo a Cristo. ¡Qué consuelo saber que Dios sabe hacer las cosas mejor que nosotros!

Pero, no debemos creer que no sea razonable que Dios haga que algunas cosas dependan de nuestras oraciones. Algunas personas dicen que si Dios nos amara realmente nos daría aquello que es mejor para nosotros, tanto si se lo pedimos como si no lo pedimos. El doctor Fosdick ha indicado que Dios ha dejado al hombre para que él mismo haga muchas cosas para sí mismo. El promete que habrá sazón para la siembra y para la cosecha. Pero, el hombre debe preparar la tierra, sembrar, cultivar y segar, para que Dios pueda hacer la parte que le corresponde. Dios nos proporciona alimento y bebida. Pero nos deja que lo tomemos, comamos y bebamos. Hay algunas cosas que Dios no puede, o por lo menos no quiere, hacer sin nuestra cooperación. Dios no puede hacer ciertas cosas a menos que nosotros pensemos. Él nunca pone un gran letrero en el firmamento, de cabo a cabo, bien visible. Las leyes naturales han estado siempre allí. Pero, debemos pensar y experimentar y volver a pensar si hemos de usar estas leyes para nuestro beneficio y para la gloria de Dios.

Dios no puede hacer ciertas cosas a menos que nosotros trabajemos. El rellenó el interior de las colinas de mármol, pero nunca nos ha construido una catedral. Esconde mineral de hierro en las montañas, pero no hace agujas o locomotoras. Nos deja a nosotros para que las hagamos. Debemos trabajar. Si, pues, Dios ha dejado muchas cosas para que dependan de la mente y los brazos del hombre, ¿por qué no debe de haber dejado algunas que dependan de su oración? Lo ha hecho, en realidad. «Pedid y recibiréis» Y hay cosas que Dios no nos las da a menos que las pidamos. La oración es una de las tres maneras en que el hombre puede cooperar con Dios, Y por cierto la mayor de todas.

Los hombres de poder son sin excepción hombres de oración. Dios concede su Santo Espíritu en su plenitud sólo a los hombres de oración. Y es por medio de la operación del Espíritu que nos llega la respuesta a la oración. Cada creyente tiene el Espíritu de Cristo morando en él. Porque «si alguien no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de El». Pero un hombre cuya oración prevalece debe estar lleno del Espíritu de Dios.
Una misionera escribió recientemente que acostumbraba decirse de «Hyde el que ora» que nunca había hablado a una persona no convertida que no acabara convirtiéndose. Si en su primer intento de llegar a su corazón fallaba, se iba a su habitación y luchaba en oración hasta que se le mostraba lo que había en él que había impedido que Dios lo usara. Sí, cuando estamos llenos del Espíritu de Dios no podemos por menos que influenciar a los otros hacia Dios. Pero, para tener poder con los hombres, debemos tener poder para con Dios.
La pregunta capital para usted y para mí, sin embargo, no es « ¿Cómo contesta Dios la oración?» La pregunta importante es « ¿Oro yo realmente?» ¡Qué maravilloso poder coloca Dios a nuestra disposición! ¿Pensamos por un momento que hay algo que valga la pena que interfiera con este poder en nosotros para que lo retengamos? Hermano, confía sólo en Cristo del todo, y hallarás que Él es totalmente de confianza.



11

OBSTACULOS A LA ORACION

Dijo el poeta, y a veces cantamos:

Cuando al trono de Dios nos acercamos
¿Con qué obstáculos topamos?

Sí, verdaderamente hay varios. Pero, otra vez, muchos obstáculos los hemos creados nosotros mismos.

Dios quiere que usted ore. El diablo no quiere que ore y, hace todo lo que puede para impedírselo. Sabe que podemos conseguir mucho más con nuestras oraciones que con nuestro trabajo. El preferiría que estuviéramos haciendo algo a que oráramos. Ya nos hemos referido a la oposición de Satán a la oración:

Hay ángeles malos que cierran el paso
De aquellos que acuden al trono de Dios
En formas sutiles les tiende sus lazos.
Una vez caídos, Satán ganó el caso,
Pues oran en vano, ¡nadie oye su voz!

Pero no debemos temerles, ni prestarles atención, si nuestros ojos han visto alguna vez al Señor. Los ángeles buenos nos están guardando. Creemos que aquéllos -las huestes del mal- son los causantes de los pensamientos erráticos que se introducen en nuestra mente y bloquean la oración. Tan pronto como nos hemos arrodillado «recordamos» algo que hay que hacer y que sería mejor que hiciéramos al momento.

Estos pensamientos vienen de fuera, y sin duda son instigados por los espíritus del mal. La única cura para estos pensamientos erráticos es fijar nuestra mente en Dios. Sin duda el hombre es su peor enemigo. La oración es para los hijos de Dios y todo aquel que es un hijo de Dios, debe orar. La cuestión es: «¿Estoy albergando a estos enemigos en mi corazón? ¿Están los traidores dentro? »

Dios no puede darnos sus mejores bendiciones espirituales a menos que llenemos las condiciones de confianza, obediencia y servicio. Pedimos con frecuencia dones espirituales elevados con anhelo, sin pensar tan sólo si reunimos las condiciones necesarias. Pedimos con frecuencia bendiciones que no somos aptos para recibir.

¿Nos atrevemos a ser sinceros con nosotros mismos en la presencia de Dios? ¿Nos atrevemos a decir sinceramente: «Escudríñame, oh Dios, y ve... »? ¿Hay algo en mí que estorba la bendición de Dios, para mí y a través de mí? Discutimos el «problema de la oración »; peor nosotros somos el problema que debe ser discutido y analizado. La oración no tiene ningún problema.

No hay ningún problema en la oración para el corazón que está firme en Cristo.

No vamos a citar los textos de la Biblia habituales mostrando como puede ser frustrada la oración. Sólo deseamos que cada cual dé una mirada a su propio corazón. No hay ningún pecado tan pequeño que no pueda ser estorbo a la oración, y quizá, transforme la misma oración en pecado si no estamos dispuestos a renunciar a este pecado. Los

mahometanos del África Occidental tienen un dicho: «Si no hay pureza no hay oración; si no hay oración no hay agua del cielo para beber». Esta verdad es enseñada tan claramente en la Escritura que es sorprendente que alguien trate de retener a los dos: la oración y el pecado. Y a pesar de ello, muchos lo hacen. Incluso David exclamó, hace siglos: «Si en mi corazón hubiese acariciado yo la iniquidad, el Señor no me habría escuchado (Salmo 66:18).
E Isaías dice: «Pero, vuestras iniquidades han hecho separación entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no escucharos» (Isaías 59: 2). Sin duda hemos de estar de acuerdo que es el pecado en nosotros y no la mala voluntad de Cristo a escuchar, lo que estorba la oración. Como regla, es algún pecado pequeño, como se dice, lo que estorba y echa a perder la vida de oración.
Puede haber:
1) Duda. La falta de fe es posiblemente el mayor obstáculo a la oración. Nuestro Señor dijo que el Espíritu Santo redargüiría al mundo de pecado; «de pecado, por cuanto no creen en mí» (Juan 16:9). No somos «del mundo» y con todo, ¿no es verdad que hay mucha incredulidad práctica entre nosotros? Santiago escribiendo a los creyentes dice: «Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la ola del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, este hombre, que recibirá cosa alguna del Señor. » (Santiago 1: 6,7). Algunos no tienen porque no piden. Otros «no tienen» porque no creen. ¿No le pareció un poco raro que pasáramos tanto tiempo hablando de adoración y acción de gracias antes que pasáramos a hablar de «pedir»?
Pero, indudablemente, si conseguimos una mirada a la gloriosa majestad de Nuestro Señor, y las maravillas de su amor y gracia, la incredulidad y la duda desaparecerán como la niebla al levantarse el sol. Esta es la razón por la que Abraham «no vaciló, por incredulidad, ante la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer lo que había prometido» (Romanos 4:20,21). Sabiendo lo que puede hacer el estupendo amor de Dios, ¿no es sorprendente que tengamos alguna duda? ·
2) Luego tenemos el yo, la raíz de todo pecado.
¡Cuán egoístas somos y dispuestos a serlo incluso en nuestras «buenas obras»! Como vacilamos en renunciar a aquello a lo que se aferra el yo. Y, sin embargo, sabemos que una mano llena no puede recibir regalos ni aun de Cristo. Fue por esto que el Salvador en la primera oración que enseñó, puso el «yo» o «nosotros» por todas partes: «Nuestro... danos..., perdónanos..., líbranos... ».
El orgullo impide la oración, porque la oración es algo que nos pone en una posición de humildad. ¡Cuán odioso debe ser el orgullo a la vista de Dios! Es Dios que nos da todas las cosas, para que disfrutemos de ellas. «¿Qué tienes que no hayas recibido?» (1ª Corintios 4: 7). Cierto, cierto, no vamos a dejar que el orgullo, que es aborrecible eche a perder nuestra vida de oración. Dios no puede hacer grandes cosas con nosotros si estas cosas han de hacernos «perder la cabeza». A veces insistimos equivocadamente, porque si obtuviéramos lo que pedimos sería en perjuicio de nuestra santidad. «Y les dio lo que le pidieron, mas envió mortandad sobre ellos» (Salmos 106: 15). Oh, Dios, sálvanos de esto, sálvanos de nuestro yo.
¡Oh, Dios! Sálvanos de nosotros mismos. El yo se afirma criticando a los demás. Que este pensamiento quede incrustado en nuestra cabeza. Cuanto más una persona es como Jesús, menos juzga a los demás. Esta es una prueba infalible. Los que siempre critican a los demás se han apartado de Cristo. Puede que todavía sean suyos, pero han perdido el Espíritu de amor.

Querido lector, si usted tiene una naturaleza criticona, es mejor que trabaje sobre usted mismo que sobre el vecino. ¡Estoy seguro que tendrá mucho trabajo que hacer! ¿Es esto un comentario cáustico? ¿No significa una tendencia a cometer el mismo pecado -porque es un pecado- que estoy condenando? Lo sería si lo dijera a un solo individuo. Pero, mi objetivo es perforar una armadura que parece invulnerable. Por otra parte, nadie que, durante un mes, ha conseguido abstenerse de «comprometer» la reputación de otra gente volverá a tener el deseo de murmurar. «El amor es paciente, es servicial» (1ª Corintios 1: 4). ¿Lo somos nosotros?

Nosotros no hemos mejorado en nada cuando hemos criticado a otros y les hemos hecho quedar «feos». Pero, cuando, al contrario, rehusamos pasar información que rebaja a los otros, aumentamos nuestro propio gozo espiritual y nuestro testimonio personal de Cristo. Hemos de abstenernos de juzgar la vida y obra de las otras personas. Puede que sea difícil al principio, pero es luego causa de satisfacción y aumenta el bienestar común. Cuando es más difícil callarse es ante las «herejías modernas». ¿No se nos dice que «contendáis ardientemente por la fe que ha sido transmitida a los santos de una vez por todas» (Judas 3)? Algunas veces hemos de hablar alto, pero siempre en espíritu de amor. «Es mejor dejar vivir al error que matar al amor»

Incluso en nuestras oraciones privadas el hallar faltas en los otros debe ser evitado en absoluto. Léase otra vez la historia de John el que ora en su plegaria por el «hermano enfriado». El espíritu de crítica destruye la santidad de la vida más fácilmente que cualquier otra cosa, porque es un pecado considerado respetable, y es tan común que nos hemos contagiado todos.

Apenas hay que añadir que cuando un creyente está lleno del Espíritu de Cristo -que es amor- nunca hablará a otros de un comportamiento no cristiano que haya notado en otros. «Se comportó de un modo ordinario conmigo»; «se da ínfulas»; «no lo puedo tragar»; y cosas semejantes son innecesarias y poco amables, aparte de ser muchas veces falsas.

Nuestro Señor sufrió la contradicción de pecadores contra sí mismo, pero nunca se quejó o esparció noticias sobre los otros. ¿Por qué hemos de hacerlo nosotros? El yo debe ser destronado si Cristo ha de reinar supremo. No debe haber ídolos en el corazón.

Recordemos lo que Dios dijo de algunos líderes religiosos: «Estos hombres han puesto sus ídolos en su corazón... ¿acaso he de ser consultado yo en modo alguno por ellos?» (Ezequiel 14:3.)

Cuando nuestro objetivo es sólo la gloria de Dios, entonces Dios puede contestar nuestras oraciones.

Cristo mismo, y no sus dones, es lo que deseamos. «Pon tu delicia en Jehová, y él te dará las peticiones de tu corazón» (Salmo 37:4).

«Amados, si nuestro corazón no nos reprocha algo, tenemos confianza ante Dios; y lo que le pedimos, lo recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él. » (1ª Juan 3:21,22).

Es tan verdadero hoy como lo era en los primeros días del Cristianismo que los hombres piden, y no reciben, porque piden mal, para gastarlo en sus deleites, es decir, en su yo (Santiago 4:3).

3) La falta de amor en el corazón es posiblemente el mayor obstáculo a la oración. Un espíritu amante es una condición para la oración de fe. No podemos estar mal con los hombres y bien con Dios. El espíritu de oración es esencialmente un espíritu de amor. La intercesión es simplemente el amor en oración.

Ora mejor aquel que mejor ama
todas las cosas pequeñas o grandes.

Dios creador fue el que nos hizo a todos
Y ama también a todos por igual.

¿Podemos atrevernos a aborrecer a aquellos a quienes Dios ama? Si lo hacemos no poseemos el Espíritu de Cristo. Hemos de encararnos con estos hechos elementales en nuestra fe si la oración ha de ser algo más que mera forma. Nuestro Señor no sólo dice: «Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen »; sino que dice luego: «Para que así lleguéis a ser hijos de vuestro Padre que está en los cielos» (Mateo 5: 44,45).
Mucho tememos que gran número de cristianos nunca han considerado este punto. Cuando se oye hablar como algunos obreros cristianos -y no siempre oscuros- hablan de otros con los cuales no están de acuerdo, uno debe piadosamente suponer que nunca han leído esta orden del Señor.
Nuestra vida cotidiana en el mundo es la mejor indicación de nuestro poder en la oración. Dios trata mis oraciones no según el espíritu y tono que muestro cuando estoy orando, sea en público o en privado, sino según el espíritu que muestro en mi vida diaria.
Las personas de carácter agresivo sólo pueden ser personas retraídas en la oración. Si no obedecemos las órdenes de amarnos los unos a los otros, nuestras oraciones serán prácticamente sin valor. Si albergamos un espíritu que no perdona, es prácticamente perder el tiempo el orar. Con todo, un decano prominente de una de nuestras catedrales se dice que hizo la afirmación de que hay gente a la que no podemos perdonar nunca. Si es así, supongo que usará una forma abreviada del Padre nuestro, porque Cristo nos enseñó a orar. « Perdónanos... como nosotros perdonamos... »
Y aún dice más. Dice: «Si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas» (Mateo 6,15). Ojalá que mostremos el Espíritu de Cristo, y no nos perdamos el perdón que nosotros necesitamos tanto. ¿Cuántos lectores que no tienen la menor intención de perdonar a sus enemigos, o incluso a sus amigos que le han ofendido, han repetido el Padre nuestro hoy?
Hay muchos cristianos que impiden toda oportunidad de que su oración sea contestada por esta causa.
No por insinceridad, sino porque no piensan que es tan importante. La culpa la tenemos realmente los que predicamos y enseñamos. Tenemos tendencia a enseñar doctrinas en vez de mostrar ejemplos. Hay muchos que desean hacer lo recto, pero consideran sólo las cosas básicas sin fijarse en los pequeños fallos en la vida de amor.
Nuestro Señor va tan lejos que dice que incluso si estamos presentando nuestras ofrendas sobre el altar, y allí nos acordamos de que nuestro hermano tiene algo en contra nuestro, Dios no aceptará las ofrendas, por lo que antes hemos de reconciliarnos. Tampoco es probable que acepte las oraciones. Cuando Job dejó de contender con sus «amigos» (cuando hubo orado por ellos, Job 42: 10) entonces el Señor aumentó al doble todos sus bienes anteriores.
¡Cuán lentos somos, para ver que nuestras vidas estorban nuestras oraciones, y con cuán mala gana lo vemos! Y cuán poco deseamos ser amables.
Deseamos «ganar» hombres. El Señor nos muestra una manera de conseguirlo: no publicar sus faltas. Habla con tu hermano a solas, y «si te escucha has ganado a tu hermano» (Mateo 18: 15). La mayoría lo que hacemos es agraviarles. Incluso la vida de familia puede estorbar la vida de oración. Ya conocemos lo que dice Pedro sobre vivir en el hogar de tal forma que nuestras «oraciones no sean estorbadas» (lª Pedro 3: 1-10). Quisiéramos apremiar a cada lector a que pida a Dios que escudriñe su corazón otra vez para mostrarle si hay alguna «raíz de amargura» contra alguien. Sería una ganancia

inmensa en nuestra vida espiritual si decidiéramos hacer el intento de no orar hasta que hayamos hecho todo lo que está en nuestro poder para hacer la paz y restablecer la armonía con cualquiera con el cual estuviéramos en pugna. Hasta entonces, nuestras oraciones no podrán ser contestadas. Los sentimientos hostiles hacia otro son un obstáculo para que Dios nos ayude en la forma que desea.

Una vida de amor es una condición esencial para la oración de fe. Dios nos reta hoy a hacernos aptos para recibir sus abundantes bendiciones. Muchos hemos de decidir si queremos un espíritu agrio y no perdonador, o las misericordias benignas y tiernas de nuestro Señor Jesucristo. ¿No es sorprendente que alguien pueda estar sopesando por qué lado decidirse, cuando los platillos de la balanza son tan desiguales?

Porque la amargura causa más daño al amargado que a nadie más.

«Y siempre que os pongáis de pie a orar, perdonad, si tenéis algo contra alguien, para que también vuestro Padre, el que está en los cielos, os perdone vuestras transgresiones». (Marcos 11:25.) Esto es lo que dijo el bendito Salvador. No podemos, pues, hacer otra cosa que perdonar o dejar de orar. ¿De qué le beneficiará a un hombre si dedica todo el tiempo a orar, pero alberga una falta de amor en su corazón que hace imposible la oración verdadera? ¡Cómo se ríe el diablo de nosotros cuando no vemos esta verdad!

Tenemos la palabra de Dios que nos dice que la elocuencia, el conocimiento, la fe, la generosidad y aun el martirio no son de ningún beneficio para uno, a menos que su corazón esté lleno de amor (lª Corintios 13). «Por tanto, preferimos el amor.»

4) La negativa a hacer nuestra parte en la obra de Dios obstaculiza que Dios conteste nuestras oraciones.

El amor mueve a compasión y servicio, ante la vista del pecado y el sufrimiento, tanto el de nuestra nación como en las misiones, de la misma manera que el corazón de San Pablo fue «conmovido, provocado, indignado» al contemplar la ciudad llena de ídolos (Hechos 17: 16). No podemos ser sinceros cuando oramos «Venga tu reino» a menos que estemos haciendo todo lo que podamos para apresurar la venida de este reino -nuestras ofrendas, nuestras oraciones, nuestro servicio-.

No podemos ser sinceros al orar por la conversión de los impíos a menos que estemos dispuestos a hablar una palabra, escribir una carta, o hacer algún esfuerzo para llevarlos bajo la influencia del Evangelio. Antes de uno de los grandes viajes misioneros de Moody, se hallaba el gran evangelista presente en una reunión de oración en que se pedía la bendición divina. Había varias personas ricas allí. Una empezó a orar para que Dios enviara suficientes fondos para costear los gastos. Moody al punto le paró. «No tenemos por qué dar trabajo a Dios sobre esto», dijo quedamente, «¡nosotros mismos podemos contestar esta oración!»

5) El orar sólo en secreto puede ser también un estorbo. Los hijos en la familia no se reúnen sólo con el padre separadamente. Es notable con cuánta frecuencia nuestro Señor se refiere a la oración unida u «oración concertada»: «Cuando oréis decid: Padre nuestro»; «Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidan, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos» (Mateo 18:19,20).

Estamos seguros que la debilidad en la vida espiritual de muchas iglesias puede ser achacada a la ineficiencia de la reunión de oración, o a la ausencia de reuniones de oración. La reunión de oración no puede ser sustituida por ninguna otra forma de reunión o ritual. En ella todos pueden tomar parte. ¿No podemos hacer de nuestra reunión semanal de oración algo vivo, una fuerza viva?

6) La alabanza es tan importante como la oración.

Debemos «entrar por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con alabanza, alabarle, bendecir su nombre» (Salmo 100: 4). En una ocasión en su vida, Hyde el que ora fue dirigido a orar por cuatro almas diarias para ser traídas al redil por medio de su ministerio. Si algún día el número bajaba era una causa de dolor y ni aún podía comer o dormir. Luego en oración, le pedía a Dios que le mostrara cuál era el obstáculo que había en él. De modo invariable encontraba que era falta de alabanza en su vida. Confesaba su pecaminosidad y oraba por espíritu de alabanza. Dijo que cuando alababa a Dios, le entraba el deseo de buscar almas. Esto no sugiere que debemos limitar a Dios a números o maneras específicas de obrar; pero, sí que hemos de exclamar «¡Gocémonos! Alabemos a Dios con el corazón, la mente y el alma.»

No es casualidad que se nos dice con tanta frecuencia: «Gozaos en el Señor ». Dios no nos quiere tristes y desgraciados; y ninguno de sus hijos tiene razón para sentirse así. San Pablo, el más perseguido de los hombres, era un hombre de cánticos. Himnos de alabanza salían de sus labios en la prisión y fuera de la prisión: día y noche alababa a Su Salvador. El mismo orden de sus exhortaciones es significativo: «Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque ésta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús» (1ª Tesalonicenses 5: 16-18).

¡La voluntad de Dios! Recuerde bien esta idea: no es algo sobre lo que se pueda escoger.

GOZOSOS - ORANDO - DANDO GRACIAS

Este es el orden, según la voluntad de Dios, para cada uno de nosotros. Nada agrada tanto a Dios como nuestra alabanza, y nada bendice al hombre que ora, como la alabanza que pronuncia. «Pon asimismo tu delicia en Jehová, y Él te concederá las peticiones de tu corazón.» (Salmo 37:4).

Un misionero que había recibido malas noticias de su país estaba abatido y deprimido. La oración no le servía para poder aliviar la oscuridad de su alma. Fue a ver a otro misionero para que le diera aliento, sin duda. En la pared de su habitación vio un cuadrito: «¡Prueba de dar gracias!» Lo hizo, y en un momento la sombra se había desvanecido, para no volver más.

¿Damos bastante alabanza para que nuestras oraciones sean contestadas? Si verdaderamente confiamos en El, siempre le alabaremos. Porque

Dios no hace, ni permite que ocurra,
sino lo que tú mismo escogerías
si pudieras
ver de las cosas las postrimerías,
como Dios ve el mañana
antes de que el hoy transcurra.

Alguien que oyó una vez a Lutero cuando estaba orando, dijo: «¡Santo Cielo! ¡Qué espíritu y qué fe había en sus expresiones. Hace sus peticiones a Dios con tanta reverencia como si estuviera en su Divina presencia, y lo hace con una confianza y seguridad como si se dirigiera a su padre o a un amigo». Este hijo de Dios parecía inconsciente de que existieran «obstáculos a la oración».

Después de todo lo que hemos dicho, vemos que todo puede ser resumido en un punto. Todos los obstáculos a la oración proceden de la ignorancia de las enseñanzas de Dios en su Santa Palabra respecto a la vida de santidad que ha planeado para todos sus hijos, o bien de la resistencia a consagrarnos totalmente a El.

Cuando podemos decir verdaderamente a nuestro Padre: «Todo lo que soy y tengo es tuyo», entonces, y sólo entonces, Él puede decirnos: «Todo lo que es mio es tuyo».

12

¿QUIENES PUEDEN ORAR?

Hace sólo un par de siglos que seis estudiantes de Oxford fueron expulsados de la Universidad por el mero hecho de que se juntaban en la habitación de uno de ellos para orar. George Whitefield, escribió al vicecanciller de la universidad una nota: «Sería de desear que, así como algunos estudiantes han sido expulsados por dedicarse a orar a la hora no prescrita, hubiera algunos que, al otro extremo, fueran expulsados por jurar y usar profanidades a horas no prescritas». Hoy, gracias a Dios, nadie en nuestro país es molestado por su prójimo por dedicarse a la oración. Todo el mundo tiene derecho a orar. Pero, volvamos a preguntárnoslo, ¿tiene todo el mundo el derecho de orar? o, de otro modo: ¿Escucha el Señor las oraciones de cualquiera? ¿Quién puede orar? ¿Es el privilegio - o derecho- sólo de unos pocos? No todo el mundo puede reclamar el derecho de acercarse a la reina en nuestro país (Inglaterra). Pero hay ciertas personas, por su título o por pertenecer a alguna corporación, que tienen el derecho de acceso inmediato al soberano. El Primer Ministro tiene este privilegio. La antigua Corporación de la Ciudad de Londres, puede en todo momento presentar su petición a los pies del soberano. El embajador de un país extranjero. Basta con que se presente a la puerta de Palacio, de la Reina, y nadie puede interponerse entre él y el monarca. Sin embargo, ninguna de estas personas tiene un acceso tan fácil a la reina como sus propios hijos.

Pero, aquí tenemos al Rey de reyes, Dios y Padre de todos. ¿Quién puede presentarse ante El? ¿Quién puede ejercer este privilegio -sí, este poder- de estar con Dios? Se nos dice, y hay mucha verdad en ello, que en el hombre o en la generación más escéptica hay debajo de la superficie la oración, aguardando. ¿Tiene derecho de hacer acto de presencia en cualquier momento? En algunas religiones, tiene que aguardar. De los millones que en la India viven bajo la servidumbre del hinduismo, sólo los brahmanes pueden orar. Un negociante o un personaje de cualquier otra casta, tiene que recurrir a un brahmán -a veces un simple chico de edad escolar-, para que le diga las oraciones por él. El mahometano no puede orar a menos que haya aprendido algunas frases en árabe, porque su «dios» escucha sólo las oraciones presentadas en este lenguaje, que ellos creen ser sagrado. Demos loor a Dios que no hay estas restricciones de casta o de lenguaje entre nosotros y nuestro Dios. ¿Puede, por tanto, orar todo el mundo?

Sí, va a responder alguno. Pero la Biblia nos lo confirma: Sólo un hijo de Dios puede orar verdaderamente a Dios. Sólo un hijo de Dios puede entrar en su presencia. Es gloriosamente verdad que todo el mundo puede clamar a Dios pidiendo ayuda, perdón y misericordia. Pero, esto apenas se puede llamar oración. La oración es mucho más que esto. La oración es entrar en el «lugar secreto del Altísimo» (Salmo 91: 1). La oración es mostrar a Dios nuestros deseos y necesidades, presentando la mano de la fe para recibir lo solicitado. La oración es el resultado del Espíritu Santo del que estamos revestidos. Es comunión con Dios. Es natural que no pueda haber mucha comunión entre un rey y un ciudadano en rebeldía. ¿Qué comunión hay entre la luz y las tinieblas? (2ª Corintios 6: 14). En cuanto a nosotros no tenemos el derecho de orar. Tenemos acceso a Dios sólo por medio de nuestro Señor Jesucristo (Efesios 2: 12-18).

La oración es mucho más que un grito de socorro; el grito de socorro de un hombre ahogándose arrastrado por el remolino del pecado: «¡Señor, sálvame! ¡Estoy perdido!

¡Redímeme! ¡Sálvame!» Esto lo puede hacer todo el mundo, y esta es la petición, que nunca ha dejado de ser contestada, y que, si es sincera, nunca deja de ser contestada inmediatamente. Porque el hombre no tiene que estar desterrado, si quiere regresar a su país. Pero, esto no es oración en el sentido bíblico. Sabemos lo que dijo nuestro Señor: «Todo aquel que pide recibe» (Mateo 7:8). Dijo esto, ¿de quién? Estaba hablando a sus discípulos (Mateo 5:1,2). Sí, la oración es comunión con Dios: la «vida de familia» del alma, como la llama alguien. Y tengo muchas dudas si nadie puede tener comunión con El a menos que el Santo Espíritu viva en su corazón, y haya «recibido» al Hijo, teniendo por tanto el derecho a ser llamado «hijo de Dios» (Juan 1: 12).

La oración es el privilegio de un hijo. Los hijos de Dios solamente pueden reclamar del Padre celestial las cosas que Él tiene preparadas para aquellos que le aman. Nuestro Señor nos dijo que al orar debíamos llamar a Dios «nuestro Padre». Es indudable que sólo los hijos pueden usar esta palabra. San Pablo dice que «Por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!» (Gálatas 4:6). Es lo que pensaba Dios al tratar con los «consoladores» de Job. Les dijo «Mi siervo Job orará por vosotros; porque de cierto a él atenderé» (Job 42:8). Hemos de interpretar que ellos no iban a ser considerados «aceptos» en materia de oración.

Pero, tan pronto como uno pasa a ser «hijo de Dios» debe entrar en la escuela de la oración. «He aquí, él ora», dijo Jesús de un hombre tan pronto como fue convertido. Y este hombre había «dicho» sus oraciones toda su vida (Hechos 9: 11). Los conversos no sólo pueden orar, sino que deben orar -cada uno por sí mismo- y, naturalmente, por los demás. Pero hasta que puedan llamar a Dios «Padre» verdaderamente, y lo hagan, no tienen derecho a reclamar que se les trate como hijos -como «herederos de Dios y coherederos con Cristo» - no tienen derecho alguno. ¿Considera esto duro? No lo es. ¿No tiene un «hijo» privilegios?

Pero, no quiero que se me entienda mal. Esto no significa que la puerta del cielo esté cerrada para nadie. Todos y todo el mundo puede exclamar: «¡Dios, sé misericordioso a mi pecador!» Toda persona que está fuera del redil de Cristo, fuera de la familia de Dios, por malo que sea, o por bueno que crea que es, puede en este mismo momento pasar a ser hijo de Dios, incluso mientras está leyendo estas palabras. Una mirada a Cristo en fe es suficiente: «Mirad y vivid».

Dios ni aun dijo «ved»: sólo dijo, ¡mirad! Volved vuestro rostro al Señor.

¿Cómo pasaron los gálatas cristianos a ser «hijos de Dios»? Por la fe en Cristo. «Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús» (Gálatas 3:26).

Cristo hará a toda persona hijo de Dios por adopción y gracia en el momento en que se vuelva a El en verdadero arrepentimiento y fe. Pero no tenemos ningún derecho con relación a la Providencia, a menos que ya seamos sus hijos. No podemos decir con confianza y seguridad «Nada me faltará», a menos que podamos decir, con la misma confianza y segundad: «el Señor es mi Pastor»

Un hijo, sin embargo, tiene el derecho al cuidado de su padre, a su amor, protección y provisión. Pero un hijo sólo puede entrar en la familia por el hecho de nacer en ella. Pasamos a ser hechos hijos de Dios al «nacer de nuevo», «nacer de arriba» (Juan 3: 3-5). Esto es, creyendo en el Señor Jesucristo (Juan 3: 16).

Después de haber dicho todo esto como una advertencia, o quizá como una explicación de por qué algunos encuentran que la oración es un completo fracaso, nos apresuramos a añadir que Dios oye con frecuencia y aún responde a las oraciones de aquellos que no tienen derechos legales a orar, aquellos que no son sus «hijos», e incluso que niegan que El existe. Los evangelios nos hablan de no pocos incrédulos que acudieron a El para que los curara; y Él nunca envió a ninguno sin la bendición deseada, nunca. Llegaron como «mendigos», no como «hijos». Incluso si los «hijos deben ser alimentados primero»,

estos otros recibieron las «migajas», es decir, mas que migajas, puesto que fueron librados. De modo que hoy Dios escucha con frecuencia el clamor de personas no creyentes y las hace objeto de misericordias temporales. Un caso bien conocido por mí puede ser dado como ilustración. Un amigo mío me dijo que había sido un ateo durante muchos anos. Aunque era un infiel, había estado cantando en el coro de una iglesia porque le gustaba la música. Su anciano padre se puso seriamente enfermo hace dos o tres años, y estaba sufriendo mucho. Los médicos eran impotentes para aliviar al paciente. En su angustia por su padre, esta persona incrédula cayó de rodillas y exclamó: «¡Oh Dios, si existes, muestra tu poder suprimiendo el dolor de mi padre» Dios oyó esta lastimosa petición y quitó el dolor inmediatamente. El «ateo» alabó a Dios, y corrió al vicario, y allí encontró la salvación. Hoy es un cristiano fiel, que dedica todo su tiempo al Salvador que ha encontrado. Sí, Dios es mayor que sus promesas incluso, y está mas ansioso de escuchar que nosotros de orar.

Quizá la más extraordinaria de todas las oraciones procedentes de los labios de no creyentes es la que relata Carolina Fry, autora de «Cristo nuestro ejemplo»

Aunque en posesión de belleza, riqueza, posición social y amigos, encontró que ninguna de estas cosas la satisfacía, y al fin, en su desesperación, empezó a buscar a Dios. Sin embargo, la primera expresión que dirigió hacia Él fue de rebeldía abierta y de aborrecimiento. Leamos esta oración, que no tiene nada que ver con la de un «hijo»:

«Oh, Dios, si eres Dios: no te quiero; no te amo;
no creo que haya felicidad en ti; pero,
tal como soy, me siento desgraciada. Dame lo que
no busco; dame lo que no quiero. Si puedes,
hazme feliz. Tal como soy, soy una desgraciada.
Estoy harta de este mundo; si hay otra cosa mejor,
dámela.»

¡Qué oración! Sin embargo Dios la contestó. Dios perdonó a la oveja descarriada, y la hizo feliz en un servicio fructífero y radiante.

Aun el hombre de mente más hostil
Siente anhelos, difusos, inquietantes
Por algo que no puede comprender.
Un bien que busca desasosegado.
Se arrastra a gatas en la oscuridad,
Con mano incierta va palpando a tientas
Y un día acierta en sus devaneos
A topar con la diestra del Eterno:
Y Dios da un tirón, y lo pone de pie
¡Es el comienzo de una vida de fe!

Será por tanto, preciso, alterar un poco la pregunta inicial y decir: «¿Quién tiene derecho a orar?» Solo los hijos de Dios, en los cuales reside el Espíritu Santo. Pero, incluso así, hemos de recordar que nadie, puede acercarse a su Padre Celestial, sin sentirse avergonzado y con confianza a menos que viva como un hijo de Dios debe vivir. No podemos esperar que un padre llene de favores a sus hijos descarriados. Sólo un hijo fiel y santificado puede orar con el Espíritu y orar con conocimiento (1ª Corintios 14: 15).

Pero, si somos hijos de Dios, nada puede impedir nuestras oraciones, excepto el pecado. Nosotros, hijos de Dios, tenemos acceso al Padre en todo tiempo y en todo lugar. El comprende toda forma de oración. Puede que tengamos el don de la palabra y de nuestros labios salga un torrente de acción de gracias, peticiones y alabanza, como San Pablo; o bien puede que nuestra comunión sea quieta, profunda, sosegada, con ternura, como la de San Juan. Tanto el erudito brillante como John Wesley, como el humilde zapatero remendón William Carey son bienvenidos al trono de la gracia. La influencia en la corte del cielo depende no del linaje, inteligencia, hazañas, ni nada de eso, excepto la humilde y total dependencia en el Hijo del Rey.
Moody atribuyó sus maravillosos éxitos a las oraciones de una inválida. Y verdaderamente los santos inválidos de Inglaterra podrían dar origen a avivamientos, como los que con él se originaron. Y aún podrían ser causa de otros, hoy. ¡Ojalá que oraran todos, recio y alto!
No nos equivocamos al pensar que algunos tienen el «don» de la oración. Un inteligente estudiante de Cambridge me preguntó si la vida de oración no era un don, algo que sólo unos pocos poseen. Insinuaba que, del mismo modo que algunos son nacidos músicos, no puede esperarse de todos que sean buenos «orantes».
Yo creo que George Müller era excepcional, no porque tuviera el don de la oración, sino porque oraba. Aquellos que «no pueden hablar bien», pueden trabajar en secreto por medio de la intercesión, junto con aquellos que pueden presentar la Palabra porque hablan bien como Dios dijo que Aarón podía hacer. Hemos de tener gran fe, si hemos de tener poder con Dios en la oración, aunque Dios en su misericordia, va muchas veces más allá de nuestra fe.
Henry Martín era un hombre de oración, y con todo su fe no era equiparable a sus oraciones. Una vez declaró que «le parecía que vería antes a un muerto resucitado que a un brahmán convertido a Cristo». Santiago diría de él: «No piense pues, ese hombre, que recibirá cosa alguna del Señor» (Santiago 1: 7). Pues bien, Henry Martín murió sin ver ningún brahmán que aceptara a Cristo como su Salvador. Y con todo, Martín acostumbraba, cada día, a retirarse a una pagoda desierta para orar. Pero, hoy se retiran a esta misma pagoda, brahmanes y mahometanos que se han convertido a Cristo de todas partes de la India, Birmania y Ceilán, y que ahora son cristianos. Se ve que otros con más fe que Henry Martyn oraron por ellos.
¿Quién puede orar? Nosotros podemos; pero ¿lo hacemos? ¿Nos mira el Señor con ternura y afecto, como cuando pronunció por primera vez las palabras: «Hasta ahora, nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis para que vuestro gozo sea completo»? (Juan 16:24). Si el Maestro dependía de la oración para el poder que necesitaba en su obra, ¡cuánto más lo necesitamos nosotros! A veces oraba con «gran clamor y lágrimas» (Hebreos 5: 7). ¿Lo hacemos nosotros también? Bien podríamos exclamar: «Vida nos darás, e invocaremos tu nombre» (Salmo 80: 18).
La exhortación de San Pablo a Timoteo puede hacérsenos a todos: «Aviva el fuego del don de Dios que está en ti» (2ª Timoteo 1: 6). Porque el Espíritu Santo es el gran ayudante de la oración. Nosotros somos incapaces de traducir nuestras necesidades reales en forma de oración. El Espíritu Santo lo hace por nosotros.
Nosotros no pedimos cómo deberíamos. El Espíritu Santo lo hace por nosotros.
Es posible incluso que el hombre no dirigido pida aquello que le sería perjudicial. El Espíritu Santo nos detiene. No debe una mano temblorosa y vacilante poner en marcha fuerzas potentes, arrolladoras. El Espíritu Santo en todo caso debe afirmar mi mano y controlarla.
Sí, necesitamos ayuda divina para orar... y la tenemos. ¡Cómo se deleita la Trinidad en la oración!

Dios Padre escucha; Dios Espíritu Santo dicta; el eterno Hijo de Dios presenta la petición; él mismo intercede por nosotros, y la respuesta desciende hacia nosotros.
La oración es nuestro mayor privilegio, nuestra más grave responsabilidad, el poder más grande que Dios ha puesto en nuestras manos.
La oración, la verdadera oración es el acto más noble, más estupendo, más sublime que puede ejecutar la criatura creada por Dios.
Es, como dijo Coleridge, la mayor energía que puede poner en marcha la naturaleza humana.
El orar, con todo el corazón y con toda la fuerza, es la mayor hazaña que puede realizar el cristiano en su campaña sobre la tierra.

«¡SEÑOR, ENSEÑANOS A ORAR!»



EL CRISTIANO DE RODILLAS

AUTOR ANÓNIMO

Edición especial sin fines de lucro de

Diarios de avivamientos



para cualquier comentario, sugerencia o pedido de material gratuito, escríbenos a:

diariosdeavivamientos@gmail.com

ABRIL DE 2014